

Nelly Ortiz Pérez &
Yolanda Ramos Lacasta

Pretérito Presente

"Aguas pasadas (no) mueven molinos"

PRETÉRITO PRESENTE

Nelly Ortiz Pérez

Yolanda Ramos Lacasta

Este libro va dedicado a los millones de personas que no conocemos pero que, como nosotras, se vieron confinadas en sus hogares por la pandemia. Al igual que ellos nos quedamos en una especie de limbo: las rutinas, las relaciones, los planes fueron abortados de un día para otro, y no quedó más remedio, que poner en marcha la creatividad para poder aplacar tanta soledad, tanta confusión.

Una llamada telefónica a 8.000 kilómetros, una conversación un tanto disparatada entre una abuela y su nieta fue el arranque del proyecto, ¿cuánto duraría el ímpetu primero?, ¿la ilusión inicial?, ¿un escrito corto?, ¿unos días? Nos pareció suficiente para paliar la terrible situación mundial que solo desgranaba cifras inmensas de contagios, de muertos. Así que empezamos, llamadas diarias, donde las risas se alternaban con pequeñas discusiones, donde el proyecto parecía tambalearse, pero los cimientos eran fuertes: una abuela y su nieta, por ello llegamos al final, asombradas, felices, casi incrédulas, ¡lo habíamos conseguido! La finalidad para lo que estaba concebido este proyecto era la compañía, escapar de la soledad y de la angustia que provocaban las noticias..., aunque fueran por unas horas al día.

Por todo ello, nos consideramos afortunadas, siendo esta la razón de que nuestra dedicatoria sea para los millones de personas que han sufrido la pandemia; por la enfermedad, por la pérdida de tantos seres queridos y que aún continúan luchando por su salud o por salvar vidas, por esto, un especial recuerdo a todo el personal sanitario, por su gran esfuerzo y entereza.

Nuestros agradecimientos, se quedan como es de suponer, muy cercanos.

Agradecemos su interés, su trabajo y esfuerzo para rematar nuestra novela COVID-19 a Carlos Lacasta (marido y abuelo), Alain Lacasta (hijo y padre), Adriana Ramos (madre). Todos ellos han aportado algo importante: corrección, maquetación, es decir horas de trabajo altruistas para dos escritoras improvisadas, pero en ningún momento pusieron en duda la seriedad de la aventura literaria profiláctica ante tanta amenaza. Agradecemos igualmente a Lucas Alves de Souza (amigo) por su colaboración en el diseño de la portada que da al libro una presencia imponente. Todo nuestro amor para ellos por creer en nosotras.

También queremos agradecer a la «tecnología», la oportunidad que nos ha dado para llevar a concluir el proyecto a 8.000 kilómetros de distancia, algo impensable hace unos pocos años, y con lo que la abuela, no para de pelearse, pero la nieta solventó dicho escollo, porque ella con sus 17 años es especial y única.

Prólogo

Si la gente nos oyera los pensamientos, pocos escaparíamos de estar encerrados por locos.

Jacinto Benavente

Los rayos de sol, de un sábado de primavera, inciden alternativamente cada vez que aparece ante mí uno de mis pies, que se bambolean sin que yo tenga conciencia de ello, han adquirido su propio ritmo pausado, pero a la vez parecen irradiar una energía, que manifiestan su propósito, que de un momento a otro van a salir en estampida a su libre albedrío, sin tenerme en cuenta; ¿cómo sería quedarme allí sentada en el alféizar de la ventana?, viendo como mis pies emprenden un camino desconocido del que yo no voy a formar parte.

Pies, ¿a dónde queréis ir?, cuando elaboro en mi cabeza esta pregunta, me siento ridícula, pero, así y todo, los pongo paralelos y los contemplo, por supuesto no obtengo ninguna respuesta, los miro, me miran y nada, nula comunicación.

La sola idea me pone furiosa, a la vez que me parece injusto ser troceada de esa manera, por ello cuando desaparece un pie y reaparece otro, me esfuerzo y lo detengo de su constante oscilación, lo contemplo, veo un pie, nada más, me afano en enfocarlo con más detalle, a ver si aparte de los cinco dedos, me dice ese apéndice lejano algo más, lo primero que siento es que está caliente, es agradable, pero este hecho me hace tomar conciencia de las diferentes temperaturas de mi cuerpo, la espalda, la siento helada, es la misma trampa que sucede cuando nos situamos delante de una chimenea porque estamos gélidos y sentimos un fuerte calor en el rostro, las manos que nos quema, pero el resto del cuerpo continúa glaciando.

Levanto la mirada y me sorprende un cielo aborregado que se aproxima, es evidente que en pocas horas se va a producir un cambio de tiempo, seguro que esta noche habrá tormenta. Me giro sobre mí misma y de un salto, entro en la habitación. La cama está cerca de la ventana, así, cuando me despierto el sol roza mis mejillas, estoy tentada a tumbarme, miro la cama, para finalmente ceder y caer atravesada. Contemplo el cuadro de Wassily Kandinsky, «Línea Transversal», al volver la cabeza veo el que yo misma había hecho para honrar a mis padres que no están entre nosotros, cierro los ojos y me quedo muy quieta, boca arriba, cuando los abro me centro en el techo que está cubierto por un papel especial que se parece al cielo por la noche con sus estrellas. Mi madre siempre decía que, cuando morimos, nos convertimos en una estrella, por eso al dormir me sentía más cercana a ellos.

Los minutos pasan, siento lo cómoda que es mi cama, es como estar en las nubes, le doy cuerda a mi imaginación, y pienso ¿cómo sería vivir en el cielo?, ¿estará el Olimpo allí, junto con todos los dioses?, ¿seríamos ángeles?, ¿la gente dormiría en las propias nubes? y ¿vería a mis padres otra vez? Pero, mientras entro en el mundo de la fantasía, reflexionando todas estas remotas utopías, alguien me llama:

—¡Olimpia!, baja que ya es hora de cenar.

Es mi abuela, que desde que yo era peque me mimaba mucho como si aún fuera una cría, ahora vivimos juntas y cuidamos la una de la otra.

Me pongo una ropa más abrigada porque se ha levantado un viento frío y los pies se me han quedado helados. Bajo y me topo con mi perro, Percy, que, como siempre, está tumbado como una alfombra al pie de la escalera, he de tener cuidado para que no haya accidentes pues, es enorme, todo blanco como la nieve, parece un oso y le encanta el agua, su nombre ya lo dice todo, teniendo en cuenta que es un homenaje al hijo de Poseidón, el dios de los mares.

Entro en la cocina, veo a mi hermano, Miguel, que ya está sentado a la mesa. Como de costumbre, su pelo rubio está todo alborotado y con un pijama viejo lleno de agujeros, me recuerda a mí de más joven, despreocupada, toda tirada, sin problemas existenciales alguno. La mesa ya está puesta, vasos de cristal, platos y la comida distribuida en medio y, como de costumbre, me invade un olor que es una divinidad, y aunque parezca exagerado, lo podría sentir a kilómetros de distancia, pero esta tarde no ha ocurrido, creo que estaba muy ensimismada en mis pensamientos para haberlo notado.

Miro, tras la cena por la ventana, los rayos del sol que antes incidían, han desaparecido y la tormenta llega de golpe, hemos tenido la suerte de haber cenado pronto esta noche, porque en pocos minutos se fue la luz. Oscuridad total, no se ve nada, así que nos liamos a poner velas por toda la casa y después de haberlo hecho, nos sentamos en el sofá, propongo un juego hasta que vuelva la luz. Consiste en dibujar, yo hago un trazo y mi abuela lo sigue, esperando que surja algo al final, que suele resultar harto difícil pero algunas veces nos sorprendemos con los resultados. Es una tarea que a las dos nos gusta mucho: dibujar y pintar, ella me conectó con el mundo del arte y después, incluso, hice un curso de dibujo.

Amor eterno

No es la carne ni la sangre, sino el corazón, lo que hace una buena convivencia.

F. Schiller

Mientras ellas se afanan en la tarea que se traían entre manos, con risas y protestas más fingidas que reales, Miguel se ha despatarrado en el sofá y parece totalmente concentrado en su móvil.

—Miguel, ¿por qué no juegas con nosotras?, venga tío, mira que eres soso...

Por respuesta se escucha el silencio, la tormenta parece que se va alejando, pero el repiquetear de la lluvia es constante, justo en ese momento regresa la luz, Olimpia se levanta y comienza a apagar velas.

—Abuela, ¿quieres tomar algo?

—No voy a decir que no, me he quedado algo destemplada, estos cambios tan bruscos de temperatura...

—Estamos en primavera abuela, vale, ¿un té?, pero tú sigue ¿eh?

—¡Uf!... pero si tenemos un atasco de mil demonios.

—Pues a desatascarlo.

Según pronuncia estas palabras se aleja hacia la cocina, se escucha una risa mal sofocada.

—¡Te escucho! ..., un té, un té... Lo que tú querías era dejarme con el tinglado sola, ¡qué morro tienes Olimpia!

A los pocos minutos reaparece en el salón, aparta hojas y lápices y coloca la bandeja en la mesa, para tomar después asiento.

—¿Qué vas a hacer mañana, hija?

—Pues está claro abuela, todo lo que no he hecho hoy, que me he pasado el día vagueando. — Emite un largo y sonoro suspiro—.

—Ya, ya, ¿se puede saber que hacías sentada en la ventana?

—Pensar.

—Vale, pero para pensar no hace falta partirse la crisma.

—¿Cómo te has enterado?

—Mis pajaritos, ya sabes...

—De pajaritos nada, «las cotillas», y punto.

—Hija, habría que estar ciega para no verte sentada en un doceavo piso, en el alféizar de una ventana y no me ha avisado un «pajarito», sino tres, ¡figúrate!, y me he visto obligada a tildarte de «rarita», para borrar el estigma de «suicida», porque eso era lo que parecías, ¿no?

—¡Que tontería!, ¿ves?, cotillas, y tú, que ni te has molestado en ir a verme.

—Porque algo te conozco y seguro que estabas al sol y sentada en la poyata de dentro, pero esto no lo saben los que te ven desde fuera, por eso porfa no lo vuelvas a hacer, la próxima vez me llamará todo el vecindario y de rarita puedes pasar en un pispas a loca y a alguno se le puede ocurrir llamar a la policía, figurarte el follón. «No, no pasa nada señor agente, es que la niña tiene prisas por ponerse morena...», vamos, que nos encierran a las dos.

—¿Y a ese? «Hace un gesto con la barbilla señalando a Miguel».

—También, seguro, seguro, ¿no lo ves?, tiene una pinta bastante apropiada para acompañarnos al manicomio.

Las dos se ríen sonoramente sin ningún control, Miguel ni se inmuta, Olimpia piensa que no se entera de nada, porque está escuchando a todo el volumen el típico pachán-pachán de la música disco, mientras está liquidando supuestos enemigos, terrestres o marcianos.

—Ahora en serio, ¿qué planes tienes?

—No voy a salir, solo por aquí a correr un rato a primera hora, después tengo que hacer ejercicios de elasticidad. El lunes tenemos ensayo general y estoy un poco bluf..

—Claro, este lunes, y al otro, tu trabajo te obliga a estar en plena forma, mira que meterte en musicales.

—¿Qué vas a hacer cuando tengas mi edad?

—Bailar, bailar, siempre bailar.

—Ja, Ja, ya veremos, esto es un decir, pero esté donde esté, te echaré un ojo para verte, bailar...

—¡Qué cosas dices!

De polvo a las cenizas

El sol de los vivos ya no calienta a los muertos.

A. Lamartine

El fin de semana ha pasado como una flecha, y ahora todos vuelven a sus tareas cotidianas. Olimpia se tiene que ir al ensayo general, Miguel a la Universidad y Lola que ya está jubilada por lo que nunca se sabe qué hace en realidad.

Los hermanos se despiertan pronto y juntos se marchan al metro.

—Miguel, ¿cómo te van las clases?, ¿te están gustando?

—Ahora estamos haciendo prácticas sobre Epidemiología Veterinaria.

—¡Ay madre!, solo a ti podría gustarte esas cosas, recuerdo que yo no soportaba biología cuando iba al colegio.

—No solo a mí me gusta, ¿y la abuela?, ¿te has olvidado de que era profesora de biología?

—¡Qué no, hombre!, es solo una manera de hablar, a veces eres tan serio. Hay que tener un poco más de humor

—Vale, lo que digas. Olimpia, ya estamos en tu estación, prepárate para bajar, nos vemos en casa esta tarde.

—De acuerdo, qué tengas un buen día.

Ella se toma su tiempo caminando sin prisas por las calles de Madrid, un leve viento le alborota el pelo y el sol le templará las mejillas, como a ella le gusta, admira el entorno. Hoy hace un día estupendo para dar un paseo, pero no puede darse el lujo de retrasarse en llegar al trabajo, su jefe por supuesto le echaría una bronca pues es una de las protagonistas de la obra, no le queda más remedio que ser el ejemplo para los demás, como dice el director.

En el ensayo no ha habido muchos problemas, solo algunos desacuerdos por aquí y por allá, como de costumbre suele pasar. Olimpia hace el papel de una joven campesina, llamada Blanca, que vivía a finales del siglo XIX, donde aún existía la esclavitud. En los descansos se comenta cuál será la reacción de los espectadores, pues ignoran que la historia está contada al revés, así que es difícil averiguar cuál es el final y, aunque a algunos de los miembros de la compañía este hecho les produzca ambivalencia, a Olimpia no, el misterio siempre es algo bueno.

La tarde lentamente va dando paso a la noche, Olimpia regresa a casa, ha estado todo el día enfrascada en los ensayos, piensa que en cuanto llegue tendrá que repasar alguna de las letras, pero se siente exhausta y por eso, cuando se acerca a la intersección de las calles, decide cruzar el parque, el trayecto se reduce a la mitad, además aún hay luz, y se ve gente...

Cuando ya lleva un rato caminando, nota en la pierna derecha un tirón a la altura de los gemelos, mira en su entorno y localiza un banco, duda, pero finalmente toma asiento y se masajea con vigor la pierna, se reprende a sí misma, pues últimamente no está dedicando el tiempo necesario al ejercicio. Parece que se le pasa el dolor, pero mientras tanto se queda allí y contempla el entorno, la primavera ha traído consigo color, olor y ruido, una multitud de pajarillos comienzan a anidar en los árboles en un gran jolgorio.

Se pone en pie tras consultar el reloj y reanuda la marcha. Al pasar justo a un parterre inmenso se detiene y contempla la multitud de flores que se esparcen formando figuras que se les asemejan a un baile sin fin, se agacha pues ha creído ver algo... como un destello, levanta con cuidado unas hojas y se

queda petrificada, una mano, sí, sí, es una mano de verdad que luce un anillo de oro, se muestra sin pudor a su ojos, se levanta de un salto, ¿qué hacer? Busca su teléfono, primero en un bolsillo, luego en el otro, cuando lo localiza llama a Lola.

—Abuela, estoy en el parque.

—Vale, ¿tienes pensado llegar en algún momento?, tu hermano ya está aquí preguntándome por ti, se ha extrañado de haber llegado antes.

—No, abuela, no puedo... me he encontrado con un muerto.

—Pero, ¿qué dices?, criatura, ese tipo de bromas me parecen un pelín macabras.

—No te engaño, aquí hay un muerto...

La cara de Lola palidece, traga saliva y con esfuerzo consigue que las palabras broten.

—Llama a la policía, voy enseguida. ¿Me has dicho dónde estás?, no, ¿verdad?

—En el parterre grande, junto a la estatua de Botero.

—No te muevas, voy para allá.

Cuando llega la ve allí parada, con la mirada perdida, se abraza a sí misma como tratando de protegerse de no sabe muy bien de qué. Lola se acerca y la estrecha contra sí.

—Tranquila amor, ¿has llamado a la policía?

En ese preciso momento ven acercarse dos coches patrulla por la vereda, y como las abejas que acuden al panal, lenta pero inexorablemente se va formando un corrillo de personas, en su mayoría deportistas que andaban aún por allí.

—Abuela, y ¿Miguel?

—Le dije que se fuera a pasear a Percy, aquí se va ha montar un follón hay ya mucha gente, y sería mejor que él estuviera en casa.

Los policías se acercan a ella, uno esgrime un bloc de notas, y comienza a hacerle preguntas que ella no sabe cómo contestar.

—Mire, sé lo mismo que ustedes, que hay un cuerpo ahí. Y no, no he visto a nadie y nada sospechoso, solo he visto la mano.

La ambulancia llega para recoger el cuerpo, al sacarlo de debajo de las hojas, es cuando Olimpia lo ve, por fin lo ve, y se queda en estado de shock, se lleva automáticamente las manos hacia la boca, casi no puede respirar.

—¿Conoce a este hombre?

—Sí, trabaja conmigo en el teatro, pero hoy ha salido más pronto de los ensayos, no sé porqué.

—¿Y sabes de alguien que haya podido hacerle esto?

—La verdad es que no, pero creo que todos tienen un poco de envidia de los que son protagonistas, no sé si eso le ayudará en algo.

—Supongo que él tendría un sustituto, ¿no?

—Sí, Lorenzo, pero no pienso que haya sido capaz de hacerle esto, es un chico bastante normal y agradable.

—De momento pasa a la lista de sospechosos, todos seréis interrogados. Me había dicho que él salió más pronto hoy, ¿hubo otra persona que hizo lo mismo o que no haya ido?

—Seguro, sin embargo, no sabría decirle quién estuvo y quién no. Si van al teatro pueden hablar con el director que lleva el control de esas cosas, él suele ser muy organizado y no se le escapa una.

—Muchas gracias, solo un par de preguntas más y se puede ir. ¿Cómo se llama el hombre que ha muerto? y ¿dónde queda ese teatro?

—Arturo Santiago Iglesias, y el teatro está en la Gran Vía, 78, es el Coliseum.

Olimpia resopla aliviada tras pasar por el aluvión de preguntas, lo único que quiere hacer ahora es irse a casa, comer la comida rica de la abuela y darse una ducha calentita para templar el cuerpo y aclarar las ideas, aunque aún no haya asimilado bien lo que ha acabado de ocurrirle. Al llegar a casa el silencio entre las dos es hermético.

—Mi amor, te veo rara, ¿quieres hablar sobre lo ocurrido?

—Creo que...

—Por fin habéis llegado, ¿queréis matarme de preocupación?, os espero desde hace una hora, ¿qué ha pasado?

—He encontrado a un compañero muerto en el parque.

—¡Joder!

—¡Miguel! —La abuela le llama la atención.

—Perdón, ¿estás bien?

—No sé decirlo, aún lo estoy procesando asimilando, no todos los días uno encuentra un muerto y menos un conocido.

—Niña, ve a ducharte mientras hago la cena y hablamos mejor sobre lo ocurrido en otro momento, creo que necesitas un tiempo para ti.

—Tienes razón abuela.

Piedras preciosas

La amistad es una cantidad a cuenta de dulzura sobre los rigores de la vida.

Stendhal

Lola entra a la cafetería y barre el entorno con la mirada, cuando se convence de que su amigo Raúl aún no ha llegado aún, busca una mesa que le proporcione algo de intimidad.

—¿Qué desea tomar, señora?

Cuando levanta la vista ve al camarero y duda.

—Le importa esperar un poco, he quedado con un amigo y...

—No se preocupe señora, vuelvo en un rato.

Al apartarse, Lola descubre a Raúl que le sonrío socarronamente.

—¿Y tú qué hacías escondido detrás del camarero?, pobrecillo le he hecho irse y tú estabas aquí.

—No te disgustes mujer, así tenemos más tiempo para pensar.

—Claro, lo que tú digas, ¿a que adivino lo que vas a pedir?

—Atrévete.

—Un café con leche, largo de café y un croissant a la plancha.

—¿Y usted señora?

Ambos se vuelven y comprueban que el camarero está allí nuevamente y ha escuchado su conversación.

—Pues yo, un zumo de naranja y un sándwich mixto.

—Te has fijado Lola, más que un camarero parece un fantasma, yo ni me había dado cuenta que estaba aquí de nuevo.

—A eso se le llama eficacia, estar sin estar, que no se note su presencia, esas cosas, ya sabes.

—Me vas a contar que ha pasado, este improvisado desayuno que has montado no es propio de ti.

—Tienes razón, pero me ha parecido que eras la persona más adecuada para pedirte opinión, por aquello de que eres psicólogo y esas cosas.

—Desembucha pues.

Cuando se dispone a hablar, aparece el camarero.

—Señor los croissants se han agotado, tenemos otros bollos.

—¿Trenza?

—Sí.

—Pues tráigame una. ¿Y tú Lola, no vas a tomar nada caliente?

—Ya sabes que cuando desayuno fuera, tomo lo que normalmente no hago en casa, por variar.

—Cuéntame.

Raúl adopta una postura de escucha.

—Ayer mi nieta se encontró un muerto en el parque.

—¡Qué me dices!, será una broma, ¿no?

—Nada de bromas, eso mismo pensé yo cuando me llamó. Real como la vida misma, pero en

muerto.

—Qué susto se llevaría la chiquilla.

—Me imagino que sí, pero lo que me preocupa es otra cosa.

—¿El que?

—Que el muerto era el bailarín principal de la obra, donde actúa Olimpia.

—¿Tenía alguna relación con él?

—Que yo sepa no, solo compañeros. Lo que ocurre es que ahora la policía va a estar trasteando días y días por el teatro, interrogando a todo Dios y...

—Bueno, eso me parece normal, es lo que suelen hacer, por aquello de la proximidad, amigos, compañeros, familia.

—Pues eso es lo que me tiene inquieta. La que se encuentra el cadáver es Olimpia, y ahora el suceso la va a estar merodeando una larga temporada y no creo que le venga nada bien.

—¿Por qué lo dices?, ella, si no me equivoco tiene 25 años, es una mujer hecha y derecha, ¿por qué entonces?

—Desde siempre todo lo que huelga a muerte le pone bastante nerviosa, figúrate encontrar un muerto que además conoce.

Raúl se arrellana en la silla, y medita. En ese momento reaparece el camarero que deposita en la mesa el pedido y se va.

—No pongas tanta cara de pensar, qué tú bien sabes por dónde van los tiros.

—Sí, claro ¿Pero no crees que volver una y otra vez al mismo tema es ya es exagerado?

—No, sinceramente no, tanto Olimpia como Miguel tienen aún muy presente el fallecimiento de sus padres, cada uno a su manera, pero sé a ciencia cierta que se mueren de ganas de tener más información y como comprenderás ni remotamente se la voy a dar.

—Ese es tu error Lola, estuvo bien por tu parte ocultar entonces lo sucedido, eran muy pequeños, pero ya no lo son y con tu actitud lo único que logras es aumentar su curiosidad y me atrevería decir, que el morbo, ya sabes, la imaginación lo desboca todo de manera asombrosa, vete a saber qué películas se han montado.

Lola se queda pensativa, bebe un trago de zumo, levanta la mirada.

—Tómame el café, se te va a enfriar.

—Te veo guapa y más cuando estás preocupada.

—No seas majadero, ¡coño!

—No me digas eso, ¿qué pasa? ¿no me vas a dar una oportunidad?, llevo años esperándola.

—Pues ya puedes sentarte, que te vas a cansar, te he dicho mil veces que en mi vida, no entra un hombre,... ni muerto.

—Exagerada, yo no soy un hombre normal, además sé que me quieres.

—Claro que te quiero, eres mi amigo de toda la vida y por eso, me quedo con el amigo, si intentamos otra cosa, no será ni lo uno ni lo otro.

—Vale, seguiré esperándote, por si acaso.

—Tú mismo, y ahora desayunemos ¿Cómo crees tú que podría sofocar sus curiosidades?

—Tal cual...

—¿Qué es eso de tal cual?

—Sencillo, narras lo sucedido, sin entrar en detalles escabrosos, eso si ellos te dejan claro, que quieren saberlo, no hay que meter el dedo en la llaga, ni en ellos, ni en ti, que ya pasaste sola lo tuyo.

—Mira Raúl, tú todo lo ves fácil, quizás por tu profesión te has visto en situaciones duras y sabes afrontarlas, pero yo...

—Todo el mundo no va al psicólogo para resolver sus conflictos, creo además que tú puedes hacerlo muy bien a pesar de tus dudas, no obstante, sabes que puedes contar conmigo, aunque sinceramente creo que sobro.

—De acuerdo, lo intentaré si surge la oportunidad.

—Así me gusta mi reina.

—No me llames así, que sabes muy bien que no me gusta.

Se levantan, Raúl paga la cuenta con el pretexto de que le tocaba a él, para que Lola no proteste. Salen a la calle.

—¿Te apetece un paseo?, el día lo pide.

—Pues sí, me vendrá bien, luego tengo que ir a la Facultad, un excompañero quiere que le eche una mano en no sé qué.

—A ti lo de la jubilación te queda grande, tengo la sensación de que estás trabajando más que antes, eso está bien, ¡alhaja!

—¡Lo que me faltaba!, ahora voy de joya.

Los dos se ríen, se cogen del brazo y se encaminan hacia el paseo de la Complutense, sin prisa. Lola a pesar de lo que le ha manifestado, aún no lo tiene claro, pero de alguna manera sabe que un día u otro esa conversación llegará. Cuando llegan a la facultad de biología se detienen.

—Cuantos recuerdos me trae esta entrada, tantos años viniendo aquí todos los días y ahora me siento como un extraña.

—Mujer, es normal, yo sí que lo voy a tener complicado.

—¿Por qué?

—Voy de la facultad a la consulta, de la consulta a la radio, vamos que, cuando me jubile, voy a ser un extraño en un montón de lugares, tú lo tienes todo concentrado aquí.

Se miran y se ríen, se dan un beso y se despiden.

—Te llamo mañana Lola, recuerda que el sábado es la cena de jubilación de Carlos, tenemos que ir a recoger la placa y comprarle el regalo.

—Ya, yo no estoy tan desmemoriada.

Se aleja agitando la mano en un adiós.

Remolino

Quien dice lo que sabe, dice también lo que ignora.

F. Bacon

Amanece, la alarma repiquetea sin parar, y por un segundo Olimpia se ha olvidado de todo lo ocurrido el día anterior, estaba soñando tan profundamente que, cuando se despierta, llega a sentirse mal por haber olvidado la pérdida de su compañero, parece que su cabeza niega lo sucedido. Se levanta y comienza a arreglarse para ir al trabajo, pero hoy le apetece ir sola, no quiere que nadie la agobie con el tema.

Cuando se acerca al cruce, ve el parque y decide dar la vuelta e irse por otro camino, el lugar del suceso permanece clausurado por las cintas de aislamiento policiales. Al llegar al teatro Coliseum nota que algo raro ocurre, las puertas están cerradas y hay un coche de patrulla aparcado delante. Olimpia no sabe qué hacer, se queda inmovilizada en la acera, y retrocede dando un paso atrás, incluso se le pasa por la cabeza regresar a casa y fingir que no ha visto nada, pero no lo hace, se sentiría culpable, por lo que entra mostrando un coraje que a todas luces no tiene.

—Buenos días señorita, necesito su identificación.

—Me llamo Olimpia y trabajo aquí. —Lo dice mientras saca el carné del bolso—.

—¿La que encontró el cuerpo ayer?

—Sí, ¿puedo entrar?

—Espere un momento, tengo que llamar a mi superior.

...

—Buenos días, soy el inspector Ramírez y me he hecho cargo del caso, ahora estamos interrogando a sus compañeros, y necesitaríamos que después fuera a la comisaria para registrar su declaración.

—¿Entonces puedo irme?

—No, aún no, espere por favor.

Se dirige a la sala de ensayo y por el camino ve a algunos policías, los compañeros de Olimpia permanecen sentados sin hacer nada, la mayoría no sabe lo que está pasando, así que cuando la ven se dirigen hacia ella.

—Oye, ¿tú sabes algo?, te hemos visto hablar con el poli.

—Desgraciadamente sí, lo sé. Ayer, después de los ensayos, encontré a Arturo muerto en el parque.

—¡Coño!, ¿estás bien?

—Supongo que no mucho, pero es lo que hay.

Un policía se acerca al grupo.

—Por favor, Lorenzo Ortiz, acompáñeme.

Los dos caminan hacia la sala donde se encuentra el inspector, entra y toma asiento, el inspector se dirige a él.

—Me puede informar ¿dónde estaba ayer a las doce del mediodía?

—Aquí mismo, en ese momento yo ensayaba mi parte de la obra.

—¿No es usted su sustituto?

—Sí, pero todos tenemos ensayos a distintas horas, la mía empieza a las doce, y después se realiza un simulacro de la obra completa hasta las cinco de la tarde.

—Gracias, puede irse.

El inspector solicita a un policía que localice al director, mientras tanto Lorenzo es acompañado fuera de la sala, en el que se llevan a cabo los interrogatorios. Al rato llega, Manuel Serrano y tras las presentaciones, el inspector se interesa por todos los componentes de la compañía.

—¿Tiene usted el control de la asistencia del personal?

—Sí, por supuesto. Suelo llevar ese registro.

—¿Usted me lo podría dejar?, por favor.

—De acuerdo. —Le da su cuaderno con toda la información de los miembros de la compañía.

—Muchas gracias, por su colaboración, si necesito algo más me pondré en contacto con usted.

Después de que el último interrogatorio termina, el director se dirige a la compañía y les informa que hoy no habrá ensayo, pero que mañana vuelven a la normalidad. Todos, que ya estaban agotados de tantas preguntas, deciden pasar el resto de la tarde juntos en un bar, menos Olimpia que tiene que ir a comisaria. Mientras tanto, la policía recoge todas las pistas que posee: Arturo Santiago Iglesias de 26 años, protagonista de la obra “Mundo Paralelo”, fallece al mediodía de lunes, 18 de mayo, tras recibir siete puñaladas en el abdomen, según la autopsia, no se encontró el arma del crimen y tampoco huellas, la lista de sospechosos se ha reducido por las anotaciones del director y la información dada por Lorenzo Ortiz, pero aún hace falta interrogar a los familiares y amigos próximos de la víctima; todavía hay mucho trabajo por delante.

—Olimpia, ¿viene con nosotros o va por su cuenta a la comisaria?

—Voy con ustedes.

Ella se dirige al coche patrulla, y durante el trayecto se podía notar un clima tenso en el aire, solo quería que todo aquello se terminara para estar con su abuela y hermano... Su teléfono suena.

—¿Sí?

—Niña, ¿dónde te encuentras?

—Estoy yendo con la policía a la comisaria de la calle Leganitos, para la declaración.

—¿Quieres que te vaya a recoger?

—Sí, por favor.

Llegan en pocos minutos y una vez solucionados todos los detalles burocráticos, Olimpia sale de la sala de interrogatorio y ve a Miguel sentado en una silla hablando con un policía.

—¡Miguell!, ¿qué haces aquí?, y ¿la abuela?

—Es que yo tenía el coche, ella me llamó y me preguntó si podía pasar por aquí a recogerte ¿Nos vamos?

—Sí, por favor.

Recuerdos ocultos

Hay mucho que saber, es poco del vivir, y no se vive si no se sabe. Hombre sin noticia mundo a oscuras.

B. Gracián

—Olimpia, despiértate, nos vamos de paseo.

—Abuela..., ¿qué hora es? ..., sólo cinco minutitos más

—Ni cinco minutos, ni hostias, venga, fuera esa pereza.

—Vale, me voy a cambiar.

Hoy Lola se despertó dispuesta a hablar con su nieta sobre sus padres, averiguar lo que ella sabía y lo que quería descubrir. Estuvo pensando toda la noche en lo que le dijo su amigo Raúl y se quedó preocupada porque a lo mejor estaba aumentando el morbo, por eso quiere aprovechar que hoy Olimpia no tiene trabajo y hace un bello día para irse a pasear.

Cogieron el coche y se fueron a Alcalá de Henares, donde nació el escritor Miguel de Cervantes, autor de «Don Quijote de la Mancha», la ciudad es conocida como «complutense», debido a su nombre romano, Complutum, que significa confluencia de aguas, el nombre era bastante apropiado puesto que esta ciudad se encontraba entre la intersección del río Henares y el de Camarmilla. Cuando llegan, Lola se para delante de un monumento enorme con una fachada plateresca, y en su interior hay bellos claustros, patios renacentistas y barrocos.

—¿Sabes dónde estamos?

—¿Dentro de una Universidad?

—Muy bien, fue fundada por el Cardenal Cisneros, un hombre muy poderoso en la época de los reyes católicos y ahora es uno de los monumentos históricos más importantes y antiguos de España, que ha hecho que la Unesco lo haya declarado patrimonio de la humanidad.

Continuaron hacia la Catedral. Allí Lola le explicó que era una construcción gótica a la que se le adosó una torre herreriana en el siglo XVII, y que en su interior trabajaron insignes imagineros barrocos. Su campanario, al igual que el de otras torres alcalaínas, han sido elegidas por las cigüeñas para hacer sus nidos. Después se encaminan hacia la Casa Museo de Cervantes, admiran la construcción típicamente castellana con su patio y dependencias alrededor de este. El mobiliario y utensilios enseñan cómo era la vida en aquella época.

—¿Sabías que aquí estudiaron muchos escritores famosos? De hecho, el eslogan de la ciudad es «Ciudad del saber»

—Me imagino, allí veo un teatro.

—Sí, es el Corral de Comedias, se ponían en escena obras de Lope de Vega y Calderón de la Barca. ¿Ves esta hermosa plaza?, es conocida como la Plaza de Cervantes. —Olimpia afirma con la cabeza. — Vuestros padres se conocieron aquí, a tu madre como a ti, le gustaba mucho el arte dramático, este era uno de sus sitios favoritos, venía aquí siempre que podía, unos de esos días vio a tu padre perdido por la ciudad y cuando llegó a casa no paraba de hablar sobre el hombre misterioso que había conocido. Yo no sé mucho de los detalles, ella quiso guardarlo para sí, ese momento fue para ella muy especial, fue el día que conoció al amor de su vida, con él que después de algunos años se casó y tuvieron a dos hijos preciosos a los que tengo la suerte de llamar «nietos».

Olimpia se emociona y unas lágrimas caen por sus mejillas, ella no entendía el porqué de esta conversación después de tantos años, Lola nunca hablaba así de sus padres, durante toda la vida ha

estado ocultando ese tipo de información.

—Abuela, ¿a qué viene todo esto ahora?

—Creo que necesitas tener más detalles para que puedas aceptar sus muertes. Estuve hablando con Raul y me hizo pensar: cómo mis nietos van a seguir adelante si no saben nada sobre ellos o sobre lo que les pasó ¿Cómo superar eso?, ¿cómo ...? —Las palabras se trastabillan en la boca de Lola, porque ahora son las dos que lloran en mitad de la calle.

—Tranquila abuela, Miguel y yo lo sabemos todo sobre ellos, a principio no sabíamos nada, pero después nos enteramos de que ellos eran muy conocidos, ya que siempre que decíamos nuestro apellido nos preguntaban si éramos los hijos de Liliam y Axel Velasco. Así que un día nosotros nos pusimos a buscar en internet y fuimos descubriendo todo.

—Pero, —Lola sigue sollozando, entonces Olimpia se acerca, la abraza y le canta la canción que solían cantarle cuando estaba triste.

—«A veces me siento bien. A veces me siento mal. Estar alegre o triste es normal, muy normal... Si estoy alegre sonrío y a carcajadas me río. Cuando estoy triste solo quiero que me den cariño. Si estoy alegre yo bailo y más si bailas conmigo. Cuando estoy triste un abrazo es lo que más necesito...» — Lola empieza a reírse mientras aún soltaba algunas lágrimas.

—Gracias mi niña, creo que era eso lo que necesitaba. Y perdóname por no haber hablado sobre tus padres antes.

—No te preocupes, nunca te culpamos, pensábamos que tú aún necesitabas tiempo para aceptar su pérdida y que cuando estuvieras lista nos lo contarías. Y si te sientes mejor, yo no sabía como se habían conocido, gracias por decírmelo, ha sido muy especial para mí.

—Me alegro, y ¿qué te parece si ahora nos vamos a una cafetería a tomar algo?

—Esa es una gran idea, vamos.

Las dos se cogen del brazo y caminan por las calles sonrientes hasta encontrar un sitio agradable para relajarse un largo rato. En el transcurso de la comida, Olimpia le cuenta anécdotas de su trabajo, lo que normalmente conocemos como cotilleos, y Lola la enlaza con algunas que otras batallitas de su juventud, tras el postre y el café, muy a su pesar tienen que emprender el regreso.

—Abuela, si te parece bien te dejaré en casa y me pasaré a recoger a Miguel a la Universidad

—Me parece muy bien, yo mientras tanto os prepararé una merienda para que os chupéis los dedos

—¡Hum! ... creo que voy a cambiar de idea y me iré a casa directamente.

—Deja de decir tonterías, pobrecito tu hermano.

—No es un pobrecito, ya es adulto, tiene 20 años, abuela.

—Para mi, siempre será mi niño.

—De acuerdo, le recojo.

La vuelta a casa fue muy entretenida, ponen la música a tope y fueron cantando como locos todo el trayecto. Una vez que Olimpia deja a Lola en casa se va a la Universidad, a mitad del camino le llama para avisarle que iba a recogerlo, así no habría ninguna confusión.

—Qué milagro, tener a mi hermanita esperandome, podías hacer eso todos los días, ¿verdad?

—Vaya morro que tienes.

—Ah... es que no me cuesta nada pedirlo, el no, yo ya lo tengo.

—Vale, vale, me lo pensaré, si te portas bien.

—Así me gusta, hermanita.

—Te tengo que contar algo, hoy la abuela me llevó a dónde se habían conocido papá y mamá, en Alcalá de Henares.

—¿Por qué ahora?

—No sé, creo que por fin ha aceptado la muerte de mamá, y no tuve más remedio que contarle que ya lo sabíamos todo.

—Bien.

—Ahora vamos a casa, que la abuela está haciendo la merienda.

—¡Pues entonces por qué sigues parada aquí!

—Es que de verdad eres un payaso.

—Lo aprendí contigo. —Miguel le saca la lengua y los do-s se ríen como cuando eran pequeños.

Particularidades

Lo que hace falta es tratar de someter a las circunstancias, no someterse a ellas.

Horacio

Baja corriendo a los camarines para cambiarse, lo único que escucha es su propia respiración ahogada. Ha salido de casa con suficiente tiempo, pero en Moncloa se ha encontrado a una compañera del colegio que hacía siglos que no veía, y sin darse cuenta, queriéndose poner al día, ha ido pasando el tiempo, y cuando se han dado cuenta, no ha podido hacer otra cosa que precipitarse en el metro para intentar llegar menos tarde.

—¿Dónde te has metido Olimpia?, hace diez minutos que estamos aquí de plantón.

—Perdona, es que las cosas se me han torcido y...

—Venga todos en posición, que empezamos.

Olimpia a pesar de no haber hecho los estiramientos de rigor, siente que su cuerpo responde con facilidad y sigue la danza como de costumbre.

...

—Bien, por ahora hemos terminado, pero esta tarde comenzamos los ensayos generales, ya sabéis lo que esto supone, os quiero aquí puntuales, vestidos, maquillados, vienen los fotógrafos para montar la publicidad; y en una semana estrenamos, os veo bien, ánimo, que ya queda menos para la prueba de fuego.

Olimpia baja nuevamente a los camerinos, pero lo hace despacio, se seca el sudor de la cara y del cuello. Cuando empezaron los ensayos veía el estreno muy lejano y ahora ya estaba ahí, sus sentimientos parecen encontrados, lo desea y no, al mismo tiempo.

—Te veo muy pensativa.

—No tanto Beatriz, solo pensaba en cómo vuela el tiempo.

—¿Lo dices por el estreno?

—Claro, por un lado, tengo muchas ganas, por otro..., pero esto me pasa siempre, tengo que aprender a no hacerme caso.

—¡Huy!, que buena idea, «no hacerse caso a uno mismo», me tienes que enseñar cómo se hace eso, no me parece fácil.

—Tienes razón, no lo es.

—¿Señorita Olimpia, tendría unos minutos?

—Buenos días inspector Ramírez, no lo había visto, parece usted un fantasma.

—Me han llamado muchas cosas, pero «fantasma», creo que es la primera vez, siempre hay una primera vez para todo, ¿verdad?

—Verdad, inspector, pero necesito cambiarme... una ducha y...

—Sin problemas, la espero en el vestíbulo.

Olimpia se dirige al camarín, Beatriz ya está en la ducha, y comienza a desvestirse, las mallas, el body, todo parece formar parte ya de su piel de lo muy adherido por el sudor que estaba, esta tarde piensa que va a ser peor..., se queda pensativa. ¿qué querrá el poli?

—¿Oli ya has terminado?, date prisa que tienes a un pretendiente esperándote.

—Si tú lo dices... ¡Qué imaginación te gastas!

Las dos se ríen, Olimpia se apresura, aunque no sabe muy bien porqué.

— ¡Lista!, usted dirá.

—¿Tiene tiempo para un café?

La proposición le extraña, pero ella no sabe cómo se llevan estas cosas, para la poli eso será normal, piensa.

—De acuerdo.

Salen del teatro y bajan hacia plaza España, es el inspector el que toma la iniciativa y entra en una cafetería.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, dentro de lo que cabe, hoy en los ensayos me ha dado la impresión de que todos estábamos un poco raros, estrenamos en una semana y ver a Lorenzo en vez de Arturo en el papel principal, pues eso, es raro, aunque lo hace estupendamente; pero no es eso..., me estoy liando.

El camarero ha traído la consumición que habían pedido y se quedan en silencio mientras remueven lentamente sus cafés.

—Me parece bastante normal lo que me dice, pero yo quería comentar con usted otra cosa.

Olimpia se ha perdido, lo mira y espera que continúe. El inspector carraspea y continúa.

—Ayer, estando en la comisaría, un compañero veterano me comentó cuando repasaba la lista de los nombres de los componentes de la compañía que usted es la hija de Axel Velasco, al parecer él llevó la investigación hace años de lo que sucedió a sus padres.

Olimpia no entiende nada, por lo que se limita a guardar silencio para ver a dónde quiere llegar.

—Aquellos sucesos de entrada no tienen relación alguna, de momento, con los actuales, pero me preocupa que usted, no sé cómo decirlo...

—Inténtelo, —dice Olimpia sonriéndole, y con un punto de curiosidad creciente—.

—Es sumamente raro, me refiero a estadísticamente que alguien en el transcurso de su vida se encuentre involucrado en dos casos de asesinatos, a no ser que pertenezca a la mafia o algo similar, ellos lo viven como algo natural este tipo de acontecimientos y he pensado que usted no enfocará lo sucedido como sus compañeras, y quería saber cómo le está afectando.

—¿Tiene la policía por costumbre cuidar tanto a sus testigos?

El tono con que ha realizado la pregunta no está exento de un retintín que surge espontáneamente, y que asombra a la propia Olimpia, ¿tendrá razón Beatriz?, este poli ¿le está tirando los tejos?, sacude la cabeza como en un intento de dejar de hacer suposiciones tontas.

—Pues sí, aunque le parezca raro, nuestra tendencia es unir datos y todo es importante, nunca se sabe.

—De momento lo sobrellevo, y tiene razón, claro que lo sucedido ha removido hechos que parecían ya dormidos, pero como usted lo ha dicho, en la vida todo está relacionado, aunque sea en nuestra cabeza, pero creo que según pasen los días, seré capaz de poner cada pieza del puzle en su lugar.

—Me alegro, pero si necesita aclarar algo cuente conmigo.

—Gracias, se lo agradezco de verdad.

Guardan silencio unos instantes.

—¿Va a venir al estreno?

Héctor sonríe por la ocurrencia.

—La verdad no lo había pensado, pero puede ser interesante.

—Pues hecho, no hay problemas, hablo con el director y le dará una de las mejores localidades, ¿le parece?

—Estupendo, muchas gracias.

Se levantan y al pie de la cafetería se despiden.

La triste memoria

Los recuerdos son cuernos de caza cuyo sonido muere en el viento.

G. Apollinaire

—Mamá, papá, jugad con nosotros, porfa.

—De acuerdo... ya vamos. —Me dice mamá, los dos están en el despacho, y a nosotros siempre nos molestaba el poco tiempo que ellos tenían para estar con nosotros.

Es el último fin de semana antes de que Miguel y yo partamos de viaje a Brasil, vamos a visitar a nuestros abuelos paternos en las vacaciones de verano, ya habíamos hecho las maletas deprisa para, así, pasar más tiempo con nuestros padres antes de viajar. Estaremos allí veinte días en Copacabana, lejos de casa y lo que queríamos era aprovechar ese momento.

Por fin nuestros padres se reúnen con nosotros, nos vamos al parque, y pasamos un buen rato jugando alternativamente al baloncesto, fútbol y voleibol, hemos hecho todo lo que queríamos, y a la hora de la comida nos llevan a nuestro restaurante favorito, el VIPS. Como de costumbre pedimos el sándwich Vips Club y de postre una malteada de chocolate. Por la noche damos un paseo con nuestro perro Apolo, mientras charlamos sobre qué haremos en las vacaciones. Al llegar a casa vemos una película todos juntos, fue un día muy divertido y memorable.

Al día siguiente cogemos el avión por la tarde, eso quiere decir que aún teníamos tiempo para hacer algo chulo por la mañana. Mamá va a nuestra habitación y nos canta una canción que ella misma había creado:

—«Mi princesa, mi príncipe, mis amores, mis amores. Eres mi Olimpia, eres mi Miguel y mi flor, mi amor. Yo os amo, yo os amo, mis amores, mis bebés. Yo os quiero tanto, yo os quiero tanto, mis amores y mis flores. Duerme mi niña, duerme mi niño, dormid mis amores. Dormid mis flores. Yo os quiero tanto, yo os quiero tanto, mis amores y mis flores, mis amores, mis bebés.»

—Buenas noches, mamá. —Le damos un beso y nos disponemos a dormir.

...

Amanecemos alegres y listos para pasar un buen día, vamos a la habitación de nuestros padres para despertarlos y nos ponemos a saltar en la cama, entonces mami y papi nos agarran y empiezan a hacernos muchas cosquillas hasta que nos rendimos. Agotados nos dirigimos a la cocina a preparar el desayuno, papá nos hace tortitas con nocilla, que nos encantan, la mañana pasa volando y la hora de irse al aeropuerto llega. Nos despedimos de nuestros padres con una lagrimita que se nos escapa de los ojos, aunque sabemos que nos vamos a divertir mucho con los abuelos.

El vuelo tarda diez horas, por suerte hay tele en el avión y nos ponemos a ver muchas películas sin parar, hasta que en un momento nos quedamos fritos, pasando dormidos, el resto del vuelo. En cuanto llegamos a Brasil, esperamos dentro del avión hasta que aparezca la chaqueta roja a recogernos, ya que somos menores, yo podía ir sola porque tengo 13 años, pero entonces tendríamos que ir separados, por eso lo decidieron así, sería más práctico.

Cuando nos encontramos con nuestros abuelos, salimos corriendo a abrazarlos y nos vamos en busca del coche, pero nada más salir del aeropuerto sentimos mucho calor.

—¿Aquí, ahora no es invierno?

—Sí, pero estamos en Río de Janeiro y es por la mañana por eso hace tanto calor, veréis que por la noche refresca un poco, pero nada comparado al frío de España. ¿Y cómo va vuestro portugués?, ¿lo

habéis practicado?

—Papá tiene la costumbre de hablar con nosotros solo en portugués, así no lo perdemos: «Oi, tudo bem»

—Ja, ja, ja..., quitando el acento está perfecto, vámonos a casa, os va a encantar, ahora vivimos en un ático con vistas a la playa, y nuestra urbanización tiene todo lo que podáis imaginar y desear para pasarlo bien.

...

Han pasado unos días cuando una mañana mi abuela, Mariana y mi abuelo, Leonardo, reciben una llamada, de Lola. Miguel y yo los observamos a escondidas, y vemos a la abuela caer al suelo de rodillas con una mano en el corazón y nos quedamos sin entender nada, corremos para ayudarla y es cuando nos damos cuenta de que los abuelos están llorando, por eso nos miramos desconcertados, desconocemos los motivos para que estén así. Cuando se tranquilizan, mi abuelo respira hondo y dice:

—Chicos, nos vamos a España.

—Pero ¿por qué?, ¿qué ha pasado?

—Creo que no soy yo quien os debe contar lo que ha ocurrido, es mejor que habléis con vuestra abuela Lola. Voy a comprar los billetes, arreglad vuestras maletas.

...

La vuelta a casa fue lo más parecido a un funeral, nadie dijo nada y así como ya lo intuíamos aquello era realmente un entierro, porque cuando llegamos, vimos a Lola toda vestida de negro y empezamos a llorar, no hacía falta que nadie nos dijera nada, ya lo sabíamos, nuestros padres habían fallecido, solo que no sabíamos cómo. Todos vamos directamente del aeropuerto al tanatorio, ese momento fue traumatizante para nosotros, pero en cuanto finaliza, los abuelos se reúnen para hablar sobre nuestra guardia y custodia.

—Mirad, sé que esta conversación es delicada, pero necesitamos saber lo antes posible vuestra opinión sobre un asunto: ¿Dónde queréis vivir, aquí con vuestra abuela Lola o con nosotros en Brasil?

Nos miramos, aunque ya sabemos la respuesta:

—Aquí, queremos seguir con nuestros amigos, clases...

—De acuerdo, lo entendemos.

...

Olimpia se despierta sobresaltada y llorando de desesperación, se seca las lágrimas de la cara e intenta volver a respirar con normalidad, no sabe por qué está reviviendo todo esto ahora, debe de ser por los acontecimientos recientes. En cuanto logra tranquilizarse, sale corriendo de su habitación y va a la de Miguel, necesita a alguien con quien hablar.

—¡Miguell!, despierta.

—Olimpia, ¿qué haces aquí?, ¿estás bien?

—No, no lo estoy, he soñado con todo, ...—Ella le cuenta el sueño. — Y además no han descubierto nada sobre el caso de nuestros padres.

—Ya, eso también me preocupa, los policías no tienen ninguna nueva prueba, creo que es muy

posible que lo hayan cerrado, han pasado doce años ya ...

—Es verdad, pero el otro día el inspector Ramírez me invitó a tomar un café y me comentó sobre el caso de nuestros padres, creo que es eso lo que me está haciendo revivir toda esta tormenta.

—¿El inspector?... ¿y qué quiere él contigo?... hum

—Estás pensando chorradas como Beatriz, no pasa nada entre nosotros, él solo quería saber cómo estaba, pues me veía tensa, por haber vivido dos experiencias tan duras.

—¡Hum!... esa fue una buena excusa, pero creo que él está interesado en ti y tú también en él, estás poniendo esa cara de enamorada bobá.

—¿Cara de enamorada?, y ¿qué es eso?

—Cuando te gusta alguien, te quedas sonriendo como una tonta, pones todo el rato el pelo detrás de la oreja y te despiertas contenta.

—Ja, ja, ja, déjate de tonterías, y vuelve a dormir, mañana hablamos más.

—Alguien se está poniendo a la defensiva e intentando huir del tema.

—Lo que tú digas, besitos, te quiero hermanito.

—Yo también te quiero Oli.

Estrella

El éxito es hijo seguro de la perseverancia y firmeza en el trabajo

S. Marden

Al llegar al teatro, con más que tiempo suficiente, Olimpia se relaja, salir de casa ha sido un caos, una odisea, al final no ha tenido más remedio que ceder y tomar el taxi que Miguel tan diligentemente ha solicitado a estancias de Lola.

Al entrar en el camerino se deja caer en la butaca, su mirada choca con los tres vestidos que usará en la representación, ya están allí, colgados, esperando el debut, parecen tres presencias fantasmagóricas. Unos suaves golpes en la puerta la sacan de su divagar.

—Sí, pasa. —Es Candela.

—Hola Olimpia, has llegado pronto, mejor, ¿no?

—Sí, mejor, ¡pero no me maquillarás ya!

—No, pero podemos hacer una última prueba del vestuario por si hay que hacer algún reajuste.

—De acuerdo, pero ni te imaginas la pereza que me da.

Según habla ha comenzado a desvestirse, Candela la ayuda con las prendas y con una precisión asombrosa hace ajustes, hasta que considera que es suficiente, Olimpia se limita a girar como una muñeca, levanta un brazo, después otro, se agacha...

—¡Listo!, ¿qué opinas?

—Perfecto, yo en tu terreno no me meto, tu palabra es la última y la que vale.

—Gracias Olimpia, me da mucha satisfacción tu fe ciega, pero tenemos que continuar, ponte la bata, no vayas a resfriarte.

—Sí mami Candela, que haría yo sin ti, es imposible estar nerviosa contigo, como todo Dios en un momento como este, mis compañeros no lo entienden y es que desconocen mi secreto: tú.

—Anda, anda..., déjate de zalamerías, ¿te apetece que te traiga algo?, un té, una tila..., antes de continuar.

Candela es una mujer madura, que ronda la cincuentena, tranquila, nunca se altera, y de una profesionalidad encomiable, su presencia es un halo de paz y seguridad, que proyecta de manera tan natural haciendo que Olimpia se sienta como cualquier otro día.

—¿Una tila?, nunca viene mal, asienta el estómago y esas cosas.

—No, no quiero nada, pero gracias ¿Comenzamos?

Olimpia toma asiento, Candela inicia el arreglo del pelo, mientras mantienen una charla intrascendental sobre el último capítulo de una serie, tratando de adivinar qué ocurrirá en la siguiente temporada, y como de costumbre con supuestos guiones dispares.

La representación ha rodado tan perfecta como un reloj suizo, entre escena y escena Olimpia cambia comentarios con sus compañeros, ya relajados y entregados por entero a la función.

Tras bajar el telón por tercera vez, se abrazan entre ellos llenos de alborozo, los aplausos aún resuenan tras él, por ello se vuelve a subir y se apresuran a saludar y agradecer al público, el atronador aplauso. Los espectadores comienzan a salir de la sala cuando el telón cae definitivamente. El alborozo continúa entre bastidores y es el director el que, con gestos apremiantes, los empuja hacia la

sala de reuniones donde les espera un pequeño ágape, la mayoría se limita a brindar entre risas nerviosas y comentarios atropellados que no van a ninguna parte, pero la alegría se palpa en el ambiente.

—A ver tropa, un poco de silencio. —Reclama Manuel dando unos toques en su copa con una sonrisa de satisfacción imposible de disimular.

Cuando por fin se hace el silencio, Manuel le agradece todo lo que se puede agradecer a un grupo tan entregado, interrumpido constantemente, por comentarios jocosos y chanzas oportunistas.

—Como no hay manera de seguir hablando, ¡mucha mierda!, por mucho tiempo, y no os olvidéis de mirar mañana las críticas, a ver cómo han ido. Mañana a las diez os quiero a todos aquí, haré una reunión sobre lo que se puede mejorar, hablaremos de las críticas y haremos un ensayo, pero ahora a festejar.

—¿Cómo van a ir jefe? —exclama Beatriz con el descaro y el desparpajo que la caracteriza— ¡Espléndidas, maravillosas!, ha sido un gran triunfo, no cabe duda.

—Me alegra mucho tu gran optimismo, y aprovecho ahora que nadie nos escucha para decirte que lo comparto. Lo dicho, mañana a las diez os quiero a todos aquí.

Las risas y la algarabía no se hacen esperar ante sus palabras. Después los corrillos se van disolviendo y cada uno se encamina perezosamente a los camerinos. Aún chorreando adrenalina que transfigura sus semblantes.

Cuando Olimpia traspasa el umbral del suyo, se encuentra a Candela con una sonrisa de oreja a oreja y se funden en un abrazo. Unos toques en la puerta las hacen volver a la realidad. Candela abre y se encuentra a un joven que trae un hermoso ramo de rosas que se lo entrega.

—Como sigan llegando flores vas a tener que cambiarte en el escenario o en medio de la Gran Vía.

—¡Qué cosas dices!, déjame ver quién ha enviado este. —Toma el ramo y saca una pequeña tarjeta y la lee.

—¿Un admirador?

—No lo sé, dice de lo más confusa, sin dejar de mirar la rúbrica «Héctor Ramírez».

—Mira Olimpia, qué bonitas son estas rosas, rojas, como la sangre.

—Éstas, ya sé de quién son sin ninguna duda. «Lola-Miguel», ¿a qué sí?

Las dos se ríen, tras acertar lo obvio, ese ramo nunca falta tras un estreno, Olimpia juguetea con la tarjeta del inspector sin saber muy bien qué pensar.

El jardín sombrío

De todos los peligros, el mayor es subestimar al enemigo.

S. Buck

Olimpia se despierta relajada y orgullosa por su trabajo de ayer en el estreno, se levanta y baja corriendo preguntando si ya ha llegado el periódico.

—Aún no mi niña, son las seis, ¿te has caído de la cama?

—¿Las seis?, no me había dado cuenta, es que estoy muy ansiosa.

—Ya, me lo imagino, pero tranquila, estuviste increíble.

—Gracias abuela, veré las noticias en internet, no quiero esperar más.

—Ja, ja, ja... tú misma ¿Te preparo el desayuno?

—Te lo agradecería mucho.

Ella coge el móvil y empieza a ver las críticas del estreno y se alegra al ver que son muy positivas, solo un comentario allí y aquí de una cosita que nos les gustó mucho a los críticos, pero en resumen, son buenas.

—¡Abuela!, estoy tan contenta.

—Te dije que no había nada por qué preocuparte, ahora come, venga.

—¡Me has hecho tortitas con nocilla!, gracias.

—Sé que a ti te encantan, y hoy es un día especial.

—Y Miguel, ¿por qué no baja?

—Cariño, aún es muy pronto, él tiene clase a las nueve de la mañana.

—Perdón, es verdad, ja, ja, ja, ... Volveré a la habitación, tengo que hacer unas cosas antes de ir al teatro.

Olimpia va a la habitación, se tumba en la cama, y empieza a ver los mensajes que ha recibido de sus amigos, entonces, ve que hay un número desconocido, cuando entra al chat ve la foto de perfil y se extraña, no sabe cómo él tenía su contacto, el mensaje decía: «Me ha encantado la representación, gracias por invitarme, espero que te gusten las flores»; será el inspector Ramírez, supone que su número lo habrá obtenido del sistema policial o del director Manuel. Se acuerda de que en la salida lo vio, llevaba un traje muy elegante, y llegaron a saludarse, pero no mucho más que eso, porque en ese momento llegaron Miguel y Lola y se fueron a casa.

Se distrae tanto tiempo con sus pensamientos que se le hace tarde, y se apura para llegar un poco antes. Cuando entra en el teatro va directo a los camerinos, quería ver todas las flores que le habían mandado, y de quiénes eran, antes de que empezara la reunión. Olimpia sabe que Beatriz también tiene esa costumbre de llegar antes y por eso llama a la puerta de su camerino.

—Bea, ¿vemos las flores juntas?

—De acuerdo, primero tú.

—Vale, ese no sé de quién es, es anónimo, pero dice: «de tu príncipe azul, que un día te va a rescatar, te quiero hoy y para siempre»

—¡Huy!, qué romántico, ¿no será del inspector?

—No seas tonta, él me mandó unas flores también, pero no ponía nada, solo la firmó. Venga, te

toca.

—Ok, esa es de mis padres: «para mi niña hermosa».

—¡Ay!... que envidia.

—Me figuro que también has recibido una de tu hermano y tu abuela ¿a qué sí?

—Pues sí, dice: «te queremos mucho, eres una estrella».

—¡Qué mono!, vale, ahora veo esa, es anónimo también, dice...—La cara de Beatriz cambia de alegre a espanto.

—¿Qué pasa?, déjame verla. —Olimpia coge la tarjeta y la lee— «Aprovecha mientras puedas porque tu fin está próximo». Esto es una amenaza, y esto no es lo más raro, esa letra es la misma de aquella tarjeta.

—Entonces, creo que tienes a un lunático que anda detrás de ti, ten cuidado.

—¿Yo? ¿tener cuidado?, ¿estás loca?, eres tú quien debes tener cuidado, es mejor que vayas a la policía, ellos pueden darte protección.

—Ahora que pienso, ¿y si fue él quien mató a Lorenzo?

—Pero, ¿por qué?, ni siquiera éramos amigos.

—Tal vez no en la vida, pero en la obra, erais una pareja.

—Y ¿cómo él podría saber eso?, a no ser que...

—... sea de la compañía.

—¡Joder!, y ahora, ¿qué hacemos?

—Lo ideal es que hables con el inspector, pero recuerda, no te puedes fiar de nadie de la compañía, estamos solas.

Llega el momento de la reunión y las dos se dirigen a la sala, se quedan calladas y lo observan todo, a ver si hay alguien que las mire o algo parecido, pero no ven nada sospechoso.

—Enhorabuena chicos, habéis estado increíbles y las críticas solo corresponden a las expectativas. Pero algunos críticos dieron unas sugerencias que pueden ser productivas para la obra, por eso hablaremos de ellas y después ensayamos a ver como queda, ¿de acuerdo? Pues venga a trabajar.

La mañana fue agitada, pero en cuanto termina todo, el director los libera para comer y después tendrán que volver a las cuatro, para prepararse para la próxima representación.

—Oli, ¿quieres comer conmigo?

—Me encantaría, y creo que lo mejor es que estemos juntas.

—También lo creo, sin contar que tengo un poco de miedo.

—Eso es normal, me extrañaría si no lo tuvieras, yo también estoy un poco acojonada.

Comen y se acercan a la comisaría de Leganitos.

—Buenas tardes, estoy buscando al inspector Ramírez.

—Esperen un momento. —Le contesta una policía.

—Olimpia, ¿qué hace aquí?

—Necesito hablar con usted, ¿le importaría tomar un café con nosotras?, tenemos algo que contarle.

—De acuerdo, recojo mis cosas y voy.

Caminan todos en silencio hasta llegar a la cafetería más cercana.

—Muy bien, cuéntenme qué ha pasado. —Ellas le cuentan todo lo que saben e intuían—.

—¿Están seguras de que es alguien de la compañía?

—No exactamente, ¿pero de qué otra manera sabría que Lorenzo y Olimpia eran compañeros en la obra?

—Pero si él es de la compañía también sabrá que ellos no eran tan amigos.

—Es verdad, pero creo que, con tantas escenas de besos y románticas, tal vez eso le afectara mucho, incluso porque en los ensayos todo se repite varias veces hasta llegar a la perfección.

—Una cosa Bea, ¿por qué estás tan segura de que es un lunático que está detrás de mí?, ¿eso no puede ser una coincidencia?

—Como mis superiores decían cuando había varias concomitancias en algunos casos: «la 1ª es un accidente, la 2ª es coincidencia, la 3ª es un patrón y la 4ª es suficiente para un mandato judicial». Eso quiere decir, que lo de Lorenzo puede haber sido un accidente, lo de Beatriz una coincidencia, pero al juntarlo con el tuyo vemos un patrón, por eso creo que estamos buscando al mismo hombre en los tres casos.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Daré protección policial a las dos hasta que encontremos al sospechoso, pero intenten no llamar mucho la atención, así el criminal no se alertará.

—¿No cree que, si él ve a policías siguiéndonos por ahí, no va a sospechar?

—Por supuesto, por eso tendrán a un policía de paisano acompañándolas, yo estaré con una de ustedes, así me entero de todos los sucesos de primera mano.

—Es mejor que esté con Olimpia, ella es la verdadera víctima o eso parece.

—Si ella no tiene ninguna objeción...

—De acuerdo.

—Quedamos así entonces, ahora es mejor volver a la comisaría para que pueda designar a alguien para Beatriz...—Caminan hacia la comisaría y cuando llegan les presenta a Jorge López que se encargará de la vigilancia de ella—. ¿Cuáles son los planes para hoy?

—Tenemos que volver al teatro para la próxima representación.

—Pues muy bien, pero a partir de ahora nos trataremos con informalidad para que nadie desconfíe.

—Héctor, si estás seguro de que es alguien de la compañía, ¿no le reconocerá?, ha estado interrogando a todos... —Se alarma Jorge.

—Si yo hubiera interrogado a todos no hubiera terminado nunca, estuve solo con Manuel y Lorenzo, ellos eran los que tenían la información más esencial, y dos detectives se encargaron de las demás declaraciones.

—Es verdad, quién me interrogó fue el detective García, él solo me preguntó: «¿dónde estaba a las doce del mediodía de ayer?»

—Él confirmaba su coartada, porque con las notas del director teníamos casi toda la información, entonces eso fue más una cosa de rutina que había que cumplimentar.

—Ah, vale.

León amenazado

La violencia no deja de tener cierto parentesco con el miedo.

Graf

El telón baja tras el segundo acto, tras él los tramoyistas realizan cambios en el escenario, los actores se dirigen a sus camerinos, algunos a cambiarse y otros simplemente a realizar retoques de peinado y maquillaje.

Olimpia se ha quedado sin ser consciente de ello mirando al personal que pulula por allí atareados; por más que mira, ninguno le parece sospechoso.

—Olimpia, vamos, que no nos va a dar tiempo, pareces un pasmarote ¿pasa algo?

—No, nada, solo miraba por si veía..., no me hagas caso Beatriz, son mis tonterías.

—Sí, un poco sí, ¿qué estás esperando?, que aparezca con una tarjetita como las que acompañan a los ramos de flores pegada en la frente que ponga: «soy yo».

—Pues no estaría mal, eso facilitaría bastante las cosas, y tú y yo nos quedaríamos de lo más tranquilas.

—De acuerdo, pero como eso no va a ocurrir, vamos.

Se dirigen al camerino, en el pasillo se encuentran a Jorge, que por su semblante parece preocupado.

—No las encontraba, el inspector Ramírez las busca también.

Sin más, reemprenden la marcha, cuando bajan a la planta inferior se lo encuentran.

—Esto es un auténtico laberinto. —Comenta—. Tenía que decirles algo o más bien recordarles, que a partir de ahora ustedes deben llamarnos por nuestro nombre y nosotros igual, y de tú, ya lo habíamos hablado, creo que es una buena estrategia para pasar desapercibidos, sobre todo nosotros dos.

—De acuerdo «inspector Ramírez» —dice Olimpia.

—Ya..., o no te has enterado o me tomas el pelo.

—Yo creo que lo segundo «inspector», opina Beatriz.

—No está mal que no perdáis el sentido del humor, tú Jorge, quédate con ellas, yo voy a hablar con Manuel Serrano, como sabréis él está enterado de que andamos por aquí.

Se aleja por el pasillo, pero cuando aún no ha dado media docena de pasos escucha a Olimpia.

—¡Candela, Candela!

Olimpia ha entrado precipitadamente tras abrir la puerta y ve a Candela en el suelo, tras ella Beatriz y Jorge, el inspector Ramírez vuelve sobre sus pasos, se agacha junto a Olimpia, que toma el pulso de la mujer.

—Tranquila, está viva, parece que alguien la ha golpeado y ha perdido el conocimiento.

—Candela, despierte; Jorge, llama una ambulancia.

La mujer comienza a hacer esfuerzos por abrir los ojos, todo parece girar a su alrededor, pero en un parpadeo ha comprobado que está allí Olimpia, trata de hablar, pero solo emite balbuceos incomprensibles.

—Tranquila, te vas a poner bien. —dice Olimpia mientras le acariciaba las mejillas.

—Olimpia tenemos que cambiarnos, no falta nada para que comience —Se miran, Beatriz ha descolgado el nuevo traje que ha de lucir Olimpia en el tercer acto. Ven a mi camerino.

—Sí, dice el inspector, id a cambiarnos, nosotros nos ocupamos, estad tranquilas; parece que sufre una conmoción cerebral, la llevaremos al hospital, yo iré con ella, por si al despertar del todo puede contarnos algo. Tú Jorge te quedas solo, ocúpate de ellas en todo momento y ahora llama al director, tenemos que sacar a esta mujer en cuanto llegue la ambulancia con el menor jaleo posible, él nos indicará por dónde.

Nuevamente están las dos allí, se han cambiado a la velocidad del rayo, cuando escuchan la llamada a escena.

Se miran inquietas sin saber qué hacer. Manuel que llega en ese momento las arenga para que suban ya, las sigue Jorge.

—La ambulancia debe de estar al llegar, la señora tiene una conmoción, no parece grave, pero es mejor que la vea un médico, no vaya a haber complicaciones, yo me voy con ella, asegúrese usted de que las dos jóvenes no se quedan solas ni un minuto, mi compañero estará con ellas, pero no vendría mal que usted esté al tanto, seguro que ellas le tienen más confianza.

—¿Llamó a sus familiares?

—No, no les alarme, a los que si va a llamar es a los de ella, y hace un gesto señalando a Candela, que ha dejado de luchar por despertarse; les dice que vamos hacia la Fundación Jiménez Díaz, es el hospital más cercano.

Se escuchan unos pasos por el pasillo, que tras la desbandada de los actores ha quedado en completo silencio.

—¡Aquí! —Grita Manuel.

Dos sanitarios entran. Manuel sale para dirigirse al escenario y comprobar que todo marcha bien, después hará la llamada, su semblante no oculta la preocupación que siente. Tras desplegar una camilla, los sanitarios siguen al inspector para salir del teatro sin llamar la atención. Lo hacen por una puerta lateral. La ambulancia ya ha dado la vuelta tras la llamada de uno de ellos. Una vez acomodada, tras el enfermero sube Héctor, se queda junto a la puerta para no molestar las maniobras que realizan. La ambulancia se pone en marcha.

Mientras, el tercer acto ha comenzado. En cuanto ambas sienten los focos, la música y los aplausos se entregan como las dos verdaderas profesionales que son.

Un médico se asoma a la sala de urgencias y hace una señal a Héctor para que le siga.

—La señora Candela ha recuperado el conocimiento, puede pasar, pero no la agobie demasiado y sea breve por favor.

—No se preocupe doctor, solo un par de preguntas.

Cuando entra en el box se cruza con la mirada de ella.

—¿Cómo se encuentra?

—Como un cacharro viejo; pero inspector, tiene que regresar al teatro, el que me atizó, estaba buscando algo, lo oí, hasta que todo se puso negro cuando entré y lo sorprendí.

—¿No pudo verlo?

—Apenas, fue todo tan rápido, pero era un hombre, de eso estoy segura, por lo menos me sacaba

una cabeza, ya sé que soy bajita, pero algo es algo... ¡Ah!, y olía igualito a mi exmarido, con ese dichoso olor a «varón-dandy» que ya ni Dios lo utiliza.

—Pues para haber ocurrido todo tan rápido, captó usted datos muy interesantes, ¿no se habrá confundido de profesión?

—Le aseguro que no, precisamente mi trabajo me obliga a estar pendiente de mil y un detalles, no se me escapa nada, o por lo menos es lo que pretendo.

—De acuerdo, me ha ayudado mucho, pero yo que usted me lo pensaría. —Dice mostrando una amplia sonrisa a la vez que le da unos ligeros golpecitos en la mano—. Su familia llegará en cualquier momento, el médico que la atiende quiere tenerla un tiempo en observación, hágale caso y sin prisas por volver.

—Vale, vale, pero váyase, igual..., dígame a Olimpia que revise todo y vea si falta algo.

—Cúidese Candela, no se preocupe por nada.

Sale del box. Cuando llega a la calle para un taxi «a toda hostia al teatro Coliseum». —Mostrándole la placa.

—¡Ya era hora! —Exclama el taxista que lo mira por el espejo retrovisor—. Algunos compañeros me han contado que como en las pelis... «siga ese coche», a mí no me había ocurrido jamás, hasta ahora.

Héctor se ríe, esa risa siente que le hace bien, le conviene estar relajado cuando pise el teatro, ha llamado por teléfono, cuando salía a toda prisa del hospital, para que no se muevan de allí, hasta que él llegue.

Inquietud y tormento

Lo que me preocupa no es el grito de los malos, es el silencio de los buenos

M. Luther King

—Miguel Velasco, es el momento de tu presentación. —Le dice la profesora.

—Yo he hecho el trabajo, pero me falta el informe de la investigación que hice, ¿se lo puedo entregar mañana?

—¿Porque no lo has hecho antes?

—Están pasando algunas cosas en mi familia, pero se que no es excusa, fue falta de responsabilidad, perdón...

—¡Hum!, pues presenta tu trabajo y mañana me das el informe, sin falta.

—Muchas gracias.

«Yo tenía que hacer un trabajo de Anestesiología Veterinaria, pero no estuve muy centrado estos días por todo lo que le está ocurriendo a mi hermana, y también estoy en un mal momento, recordando a mis padres, cuando por fin parecía que habíamos superado sus muertes, vuelve a surgir la pesadilla. Espero que logre ir bien en mi presentación, solo quiero ir a casa y dar un paseo con Percy, que es lo que me está tranquilizando estos días, respirar un poco de aire fresco.»

—Mi amor, ¿tu clase ha terminado ya?

—Sí abuela, ¿por?

—Tu hermana me ha llamado, parece importante, yo voy de camino al teatro, te veo allí.

«Y ahora, ¿qué habrá pasado?, eso no huele bien, yo que pensaba que ahora podría relajarme un poco de tanta tensión, creo que me he equivocado.»

La representación del teatro ya había terminado y Héctor esperaba a Olimpia en su camarín para darle el recado de Candela.

—Héctor, ¿qué haces aquí?, pensé que estabas en el hospital.

—Lo estaba, y Candela se ha despertado, puedes estar tranquila. Estoy aquí por otro motivo, ella me dijo que tal vez el hombre que la golpeó estaba detrás de algo, ¿podrías mirar a ver si falta alguna cosa en tu camerino?

—Por supuesto, lo miro ahora, solo deja que me cambie antes, este vestido que ya me está picando. —Olimpia lo analiza todo con atención y nota que hay dos cosas que han desaparecido, primero las tarjetas de las flores y segundo su peine, ¿qué tienen esas dos cosas en común?, no sabe, se lo cuenta al inspector.

—Él pudo haber cogido la tarjeta para que no tuviéramos su caligrafía, pero como se llevo todas él debe de querer saber quién te mandó flores y como le sorprendió Candela, se sobresaltó, y lo quiso hacer rápido, el peine, puede ser por un capricho o como un recuerdo tuyo, supongo que había pelo y lo quiere guardar, no sé...

—¿Me estás diciendo que se trata de un psicópata?

—Lo más probable es que sí.

—Cuando pensaba que no podía ir a peor me...

—Tranquila, estoy aquí.

—Ya, pero no puedes multiplicarte y estar con todas las posibles próximas víctimas, porque ni siquiera sabemos quién puede ser.

Héctor la abraza y ella deja escapar unas lágrimas, y en este momento llega Lola y Miguel.

—Niña, ¿estás bien?

—Más o menos, ¿me podéis llevar al hospital?, habéis traído el coche, ¿verdad?

—Sí, y ¿quiero saber qué pasó? —dice Miguel.

—Es un poco complicado, te lo puedo contar en el camino.

—Olimpia, te lo digo en serio, tu vida está pareciendo cada vez más a un culebrón mexicano.

—Ni que lo digas.

—¿Puedo ir yo también?, en realidad solo volví al teatro para darte el mensaje, pero tengo que regresar por ver si Candela recordó algo más.

—De acuerdo.

«Mientras conducía procesaba toda la información que me había contado Olimpia, que aún estaba en shock. Tendré que idear unas largas vacaciones cuando todo esto termine, que espero que sea pronto. No soporto más, esta incertidumbre, sin contar que tengo miedo de que algo malo le pase a mi familia, no me puedo imaginar sin mi hermana o mi abuela, ellas son las únicas personas que me quedan. Llegamos al hospital, nos dirigimos a la habitación de Candela, dejamos a Oli tener un momento a solas con ella. Cuando sale se la ve más tranquila y comenta que en pocos días tendrá el alta».

—Oli, ¿estás mejor?

—Más o menos, me alegro de que ella esté bien, pero me temo que algo peor puede pasar.

—¿Por qué no paras un poco?, tu sustituta te puede reemplazar.

—Ya, pero el teatro es lo que me mantiene viva.

—Te entiendo, solo quiero lo mejor para ti, ¿Nos podemos ir?, tengo que sacar a Percy a pasear.

—Sí. ¿Puedo ir contigo?, creo que me hará bien estar un rato con mi hermanito.

—Me encantaría.

«La vuelta a casa no tiene tanta tensión en el ambiente, es más plácida, aunque estemos lejos de descubrir quién está detrás de todo, por lo menos hemos tenido una victoria hoy, Candela está viva, y mi hermana ha sonreído, algo que no veo que haga últimamente. Hemos crecido gran parte de nuestras vidas sin padres, e incluso cuando estaban vivos, apenas permanecían en casa, éramos solo nosotros dos, y con el tiempo aprendimos a comunicarnos sin necesidad de hablar, sabemos lo que el otro siente sin tener que preguntar, logramos comunicarnos solo con la mirada, y con el tiempo nos hemos convertido en los mejores amigos, no teniendo ningún secreto el uno con el otro. Así que yo sé que Olimpia no está bien, pero me encantó ver su sonrisa otra vez, es preciosa y la extrañaba.»

Aparcaron el coche en la calle y subieron para coger a Percy.

—No tardéis mucho, haré la cena.

«Hemos ido al parque y me quedé pensando, ¿será mejor hablar con ella sobre lo que está ocurriendo o intentar distraerla?»

—¿Te apetece hablar sobre lo que esta pasando y como te sientes?, sabes que siempre estaré aquí

para ti.

—Yo quiero desahogarme, pero es que ni yo sé muy bien lo que estoy sintiendo, es una emoción rara, no sé explicarla.

—Es lógico que estés afectada y por eso te está siendo difícil entender todas las ideas que te rondan, creo que debes parar de pensar tanto en lo que está pasando, y relajarte mentalmente, no es fácil, pero...

—Tienes razón, estoy tan enfocada en todo esto que me cuesta pensar con claridad. Sabías que me encanta que seas mi hermano, y que nos entendamos tan bien.

—A mí también, una propuesta, ¿a dónde te gustaría ir después de que todo acabe?, creo que necesitamos unas vacaciones y como aún tenemos toda la herencia de nuestros padres, podemos darnos ese capricho, ¿no te parece?

—Es una excelente idea, quiero conocer el Caribe, debe de ser precioso.

—Yo también.

—Pues está decidido.

—Una última pregunta, ¿y el inspector?

—¡Uf!, tenías razón, creo que hay algo entre nosotros, pero aún no sé lo que es.

—Me alegro, es bueno que seas feliz.

—Yo ya soy feliz.

—Ya tonta, es una manera de hablar, es que hacia tiempo que no veía tu cara de enamorada.

—¿Y tú?, no me cuentas nada de tu vida amorosa.

—Si quieres saberlo, estoy saliendo con una chica, pero hace pocos días.

—Estoy tan ensimismada en mis problemas que ni siquiera me he dado cuenta de tu «cara de enamorado».

—Ja, ja, ja, ... que graciosa. Venga, mejor volver, la abuela ya debe de estar preocupada, ya sabes cómo es.

—Tienes razón, vámonos.

De tal palo tal astilla

La maldad no necesita razones, le basta con un pretexto.

W. Goethe

—¿Todavía por aquí, Fernando?

—Si, pero ya me marchaba, don Manuel, he estado comprobando todo el atrezzo y reorganizándolo.

—Estupendo, con usted estoy seguro que todo queda en perfecto orden, yo ya me voy, salgo por la puerta «C»

—No se preocupe, ya cierro yo.

Manuel se aleja por el pasillo pensativo, los últimos acontecimientos por su gravedad le hacen dudar sobre la conveniencia de continuar o no con las representaciones, pero si las suspende el caos económico que tal decisión conllevaría es enorme, sacude la cabeza en un gesto inútil de hacer desaparecer todas sus preocupaciones de un solo golpe. Fernando le ve alejarse, espera un rato, para finalmente tomar la dirección opuesta, baja a los camerinos, entra en cada uno de ellos, solo se escucha sus pasos, mira y no ve a nadie, pero él está seguro que le ha visto, y no ha sido la primera vez en los últimos días.

Cuando finaliza se queda parado al fondo del corredor, vuelve sobre sus pasos y va apagando luces, cuando llega a las inmediaciones de la puerta «C», conecta las alarmas y sale, tiene prisa por llegar a casa. Las ideas que le vienen rondando desde hace un tiempo le preocupan, no cree que se le esté yendo la cabeza y que solo son visiones, baja apresuradamente las escaleras del metro, ya no puede retrasar más la conversación, quiere saber, le urge saber.

—¡Hola! ¿Ramón estás en casa?

El silencio es la única respuesta, deja las llaves en el cestillo, comprueba la hora y tras un gesto de extrañeza va a la cocina, saca de la nevera los cubiletes de hielo que vuelca generosamente en un vaso ancho para después llenarlo de whisky, se dirige al salón arrellanándose en el sillón, en completa oscuridad a esperar, bebe un largo trago y cierra los ojos, al rato escucha el sonido inconfundible de una llaves que abren la puerta de entrada.

—¿Ramón?

—Si papa, soy yo ¿Qué haces aquí a oscuras?

—Esperándote.

—¿Y eso?

—Tenemos que hablar.

—¿Qué tomas?

—Una copa.

—Me preparo una y hablamos.

Al rato está de vuelta, lleva un vaso idéntico al de su padre en la mano, enciende una lámpara de pie y toma asiento.

—Cuéntame.

—¿Por qué estás yendo al teatro?

—¡Que dices!, ¿para qué iba a ir yo allí?

—No me mientas Ramón, estoy viejo, pero de momento ni estoy tonto ni ciego. —Fernando ha decidido ir directamente al grano, siente que le hierve la sangre por la respuesta de su hijo, nunca ha soportado la mentira. —Te lo vuelvo a preguntar, y no me vuelvas a mentir, que te estampo un par de hostias que no te levantas de ese sillón en una semana.

—Papa, que tengo treinta años ¿Y si te las devuelvo?, no crees viejo, que él que no se levanta en un mes, puedes ser tú.

—¡Atrévete!

Por toda respuesta Ramón bebe un largo trago para después mirar fijamente a su padre.

—Haber, ¿qué quieres saber?, ¿qué historia te estas montando en esa cabeza de borrachuzo?

—¡Quién fue hablar!

El tono va subiendo, la intensidad con la que uno y otro esgrime las palabras como cuchillos afilados prestos a herir.

—Sé que estás haciendo algo, no hay casualidades, tú pululando por el teatro a escondidas y no hay día que no ocurra algo.

Ramón da, una, dos, tres palmadas, mientras una sonrisa falsa asoma en su rostro.

—¡Bien!, ahora eres Sherlock Holmes, yo creía que allí, tu cometido era de traidor: «Tráeme esto, traerme lo otro».

Cuando sus palabras finalizan son sustituidas por una risa sin ninguna carga de alegría.

—No me parece que sea para reírse, pareces un descerebrado como mínimo, haber que te ha hecho la señora Candela para que la atacaras así, y ya puestos, ¡qué coño tenías con Arturo!, no entiendo nada, ¿me lo podrías explicar de una puñetera vez?

—Así, sin más me acusas, de no sé qué cosas..

—Sin ninguna duda ¿Tu eres consciente de la situación que estás creando y hacia dónde nos podría llevar?

Nuevamente la voz impostada de Ramón se deja oír.

—Eso si me lo sé, nos vamos a la cárcel a vivir de gratis a cuenta del estado, tú por lo menos, porque lo que tú afirmas de mí, está por demostrar.

—¿Que te parecería si hablase con el inspector Ramírez?, ¿te seguiría haciendo todo tanta gracia?

El rostro de Ramón se contrae de rabia.

—No te atreverás y además no te conviene, pues tú solito te pondrías la sogá al cuello.

—¿Y si te digo que no me importa?, cabrón.

—Lo dudo viejo ¿Crees que vas a convencer a alguien que lo que hiciste hace doce años era lo correcto?

—Por supuesto que no, un asesinato, jamás tiene justificación, es un crimen.

—Dos, papi, dos, por mucho que cacarees que cargarte a Liliam fue un gran error, que fue circunstancial, que era el amor de tu vida, bla, bla, bla. la cantinela que llevo escuchando todos estos años, entre tragos y tragos, eso cala papá. Todo es culpa tuya.

—¿Me estas queriendo decir que todo lo que está ocurriendo es por Olimpia?

—¿No está claro?, al fin y al cabo, es hija de tu gran amor, pero tranqui, papi, yo a ella no le haría

nada ni por todo el oro del mundo, no soy un chapuzas como tú, yo conseguiré mi objetivo y si me vuelves a amenazar el siguiente fiambre eres tú, ándate con ojo, y ya está bien de charlas estúpidas, me voy a la cama.

Sale del salón dando un portazo y la casa queda en completo silencio. Fernando no se mueve.

Fuera de control

Un arma es un enemigo para su dueño.

Pensamiento turco

Ramón permanece escondido tras una de las columnas que enmarcan la entrada del teatro, su padre le ha comentado que en el transcurso de la mañana habrá ensayos, por eso se extraña al ver salir a Arturo temprano, duda si seguirle o quedarse como tenía pensado, a esperar que salga Olimpia. No se la puede quitar de la cabeza, ha ido al teatro día tras día solo por contemplarla unos segundos en los ensayos, no tiene ni la menor idea de cómo abordarla, en ocasiones se ha entretenido mirando las imágenes de la obra que actúa como reclamo, lo ha dejado de hacer, pues la rabia se lo come por dentro cuando contempla a Olimpia en brazos de Arturo, él se repite que es una obra, que no es real, pero ese beso que ha contemplado una y otra vez le parece tan real como la vida misma, desde entonces ha ido creciendo en él un odio profundo hacia Arturo, algo así sería el que sintió su padre por Axel, para llegar hasta donde llegó, matarlo.

La historia de amor de su padre la ha escuchado a lo largo de su vida en repetidas ocasiones, su padre estaba tan obsesionado que le refirió el doble asesinato como el que comenta un acto normal intrascendente, y esa obsesión le llevó al teatro hace unos años, al enterarse que la hija de Liliam iba a trabajar allí, y como una madeja que se enreda y desenreda, Fernando siguió tejiendo su historia en un largo monólogo, donde ahora no paraba de hablar de Olimpia, hasta que Ramón comenzó a hacer coro con él y su obsesión, nunca le ha referido su amor por ella, ni lo hará. Mira el reloj, es pronto, ¿donde ira Arturo?, cuando está a punto de perderlo de vista se decide y lo sigue.

Aprieta el paso hasta que se queda a una distancia prudencial. Arturo baja por la calle Preciados, antes de llegar a Sol, tuerce por un callejón y se adentra en un bar; Ramón duda, para finalmente cruzar el umbral, echa una ojeada y ve cómo Arturo se dirige a una mesa y saluda efusivamente a un hombre que se parece mucho a él, por lo que Ramón deduce que pueda ser un hermano, toman asiento, los escucha hablar atropelladamente, decide quedarse en la barra y pide una caña, eso sí, se aproxima lo máximo a la mesa que ocupan Arturo y su acompañante.

—Me tienes que contar mogollón de cosas, ¡menudo año!

—Tienes razón, muchas cosas han pasado, pero no vayas a figurarte que todas han sido idílicas.

—Me imagino, pero lo importante es que el equipo ha cubierto los objetivos, ¿para cuándo la próxima expedición?

—¡Uf!, a saber, ya sabes como son las cosas, el dichoso dinero lo empaña todo, tendremos que comenzar de nuevo a comerles la oreja a los patrocinadores, un fastidio.

—Ya, a ti no te gusta nada, a ti solo marcha, marcha.

Los dos ríen y continúan la charla, uno pregunta, la otra cuenta. Ramón está a la escucha y no hay nada de su interés.

—Me tengo que marchar Juan —comenta Arturo mirando el reloj—, me he escapado con una excusa, ya sabes, papeleo de un asunto importante, y no tengo más remedio que hacer la gestión, que es real por otra parte.

—De acuerdo, no te preocupes, yo me voy a casa, nos vemos al mediodía a comer, tu vete a arreglar ese papeleo.

Se levantan, tras pagar la cuenta y salen del local.

Ramón los contempla a través de la cristalera, se han parado en la acera y continúan hablando, hasta que por fin se despiden fundiéndose en un abrazo con sus consiguientes palmadas en la espalda.

Paga su consumición, se demora hasta que ve que se separan emprendiendo la marcha; sale del bar, enciende un cigarrillo. No tiene ningún plan, pero así y todo le sigue.

Tras más de media hora a buen paso, ve como Arturo se adentra en un parque, piensa que debe contactar con él, echa un vistazo al entorno, el recinto está prácticamente vacío; decide dar una vuelta para situarse en el sentido contrario a la marcha de Arturo y así hacerse el encontradizo. Le ve acercarse de frente, se palpa el bolsillo del pantalón, sus dedos acarician la navaja automática que siempre lleva, cuando ambos coinciden...

—¡Hola!, ¿tú no eres el actor de la obra musical, esa que echan en la Gran Vía?

Arturo se frena, no es la primera vez, ni será la última que le abordan en la calle es un actor conocido, es lo último que esperaba en esos momentos, el encuentro con su hermano se ha alargado y si le entretienen no va a llegar antes de que cierren, pero, así y todo, se para y exhibe una amplia sonrisa.

Ramón ha iniciado un parloteo confuso, se apoya en las imágenes de propaganda que ha contemplado una y otra vez. A Arturo le parece un tipo raro, por ello sigue caminando aminorando algo la marcha para no parecer descortés, ante el supuesto admirador, que apenas respira en su incesante parloteo sin fin.

—Muchas gracias por sus elogios, pero me va a perdonar, es que tengo prisa.

Están parados junto a un inmenso parterre repleto de flores. Arturo mira el reloj tras su disculpa, piensa que a veces los fans son un fastidio, de poco le va a servir haber cruzado el parque como atajo; cuando siente un dolor punzante en un costado, se lleva la mano instintivamente, la sorpresa es tal que no ve venir el siguiente navajazo que llega casi inmediatamente y le hace doblarse sobre sí mismo, levanta la mirada y ve cómo ese hombre que minutos antes se mostraba tan cordial, le mira con profundo odio, la vista se le nubla, es incapaz de reaccionar, los siguientes navajazos ni los siente, se desploma, un manto negro le envuelve.

Ramón contempla su mano y la navaja cubierta de sangre, no es consciente en qué momento ha decidido sacarla, pero ya no hay marcha atrás; recorre con la mirada el entorno, nadie, se agacha y comprueba que ya no respira, se guarda apresuradamente la navaja en el bolsillo y agarrando por los sobacos a Arturo lo arrastra hasta el parterre, lo introduce, lo va tapando con hojas, cuando se levanta observa que el cuerpo ha quedado oculto, sale del parterre y con los pies remueve la tierra del entorno para cubrir rastros de sangre, cuando finaliza siente entonces como el corazón le golpea con fuerza su pecho, piensa: está hecho, una sonrisa se va abriendo paso en su rostro, toma asiento en un banco cercano, se imagina a la familia esperándolo a la hora de la comida, cuando se ha calmado el golpeteo de su pecho, se levanta y comienza a caminar sin saber hacia dónde dirigirse, se dirige, sin rumbo fijo.

Múltiples amistades

Una amistad noble es una obra maestra a dúo

P. Bourget

Olimpia ahora se va al teatro todos los días por la mañana porque tienen un ensayo corto, principalmente con los sustitutos, y ella tiene que orientar a la suya; se siente agotada, pero, por lo menos, nada irremediable ha ocurrido en estos días y pudo relajarse un poco el lunes y el martes, sus días libres. Manuel quería estar alerta por si algo le pasará a los actores, como se suele decir: «El show tiene que continuar», la típica cita de los directores.

—Olimpia, —le llama Manuel, — lleva a Laura a la sala de canto y ensaya un poco más con ella las canciones, creo que aún puede mejorar. ¡Ah!, casi me olvido, ¿su ropa ya está perfectamente ajustada? Confirma si está todo bien, pero no hace falta que ella ensaye las canciones con el vestuario, es solo para el baile. No quiero que nada salga mal esta noche.

—¿Qué podría pasar?, ensayamos todos los días.

—Vosotros sí, pero los sustitutos menos, hoy haré una prueba, van a debutar en el espectáculo, aprovecharé que es nuestra segunda semana de exhibición y no habrá críticos. Tú, como los demás protagonistas, estaréis en el patio de butacas, podéis invitar a quienes queráis, solo os pido un favor: estad a disposición por si pasa algo, y después haced comentarios constructivos a vuestros sustitutos, ¿de acuerdo?

—Más claro imposible, me aseguraré de que Laura brille, ¿a qué sí? —Mira a la chica que se encuentra un poco nerviosa.

—Sí, daré todo lo mejor de mi.

—Eso es lo que me gusta oír, ahora venga, a trabajar las dos.

—Laura, tenemos dos horas hasta el momento de la comida, creo que es mejor que nos concentremos en las canciones que tengas más dificultad, después vemos la ropa y hacemos directamente el ensayo de baile, ¿te parece?

—Sí, pero hay un problema, las canciones que no me salen muy bien son las del dúo.

—¿Por qué es eso es un problema?, que no soy un fantasma, ja, ja, ja... puedo cantar contigo.

—Es verdad, no me lo había planteado.

—Pues venga, empecemos con «I dreamed a dream», para que escuche mejor tu voz y seguimos con el dúo «At the end of the day»

Laura empieza, tiene una voz suave que alcanza notas altas, es casi como si un ángel las estuviera entonando. Olimpia no se acuerda de la última vez que la escuchó cantar, por lo menos no tan atentamente como lo está ahora, cierra los ojos y se permite dejarse llevar por la historia de la obra. La música termina y Laura tenía los ojos llorosos, en realidad las dos, esa canción es triste y las sienten profundamente.

—Muy bien Laura. Ahora a recomponerse, aún tenemos mucho trabajo por delante.

Siguieron con el dúo, y sus voces se acoplaron perfectamente. Olimpia logra hacer el coro a la vez que canta Laura, y la música en aquel momento gana vida, así que, cuando la terminan, se sienten orgullosas de su trabajo y sorprendidas del resultado.

—Me gustaría que estuvieras en el escenario conmigo, no sé si conseguiré cantar así.

—Imagínate que Lorenzo soy yo.

—Ja, ja, ja, tú con un poco de barba. ¿Y Lorenzo se presenta?, creía que él era el protagonista.

—Él es el protagonista hace muy poco tiempo, antes era el sustituto de Arturo, pero el director aún no sabe a quién dar ese papel de forma definitiva.

—Ah, vale.

—Seguimos..., que lo estás haciendo de maravilla.

Las dos continúan con el ensayo hasta el final; hicieron pocos cambios en el vestuario y no tuvieron ningún problema con el baile. Olimpia le explica unos últimos detalles y le deja su camarín a disposición para la hora de la representación, enseñándole el lugar de las cosas más esenciales que ella necesitará usar, como el maquillaje, por ejemplo. Candela ya había vuelto a trabajar, hacía cinco días desde que fue atacada, lo que deja a Olimpia más tranquila.

—Laura te dejaré en manos de mi mayor tesoro dentro de este teatro, Candela, así que no te preocupes que ella estará aquí para ayudarte, y si pasa algo estaré en el público para lo que necesites ¿Ok?, ahora voy a comer antes de que me desmaye, ja, ja, ja... nos vemos luego, besitos.

—Vale, y muchas gracias por todo tu apoyo.

Olimpia no ve la hora de salir del teatro y comer suculentemente, pero cuando sale del camarín se pega un susto de muerte, hay alguien al lado de la puerta y ella no lo había visto.

—¡Joder! ¿me quieres matar de un infarto?

—Ja, ja, ja...

—¿Te parece gracioso?

—Pues la verdad es que sí, te vengo siguiendo desde el momento en que has pisado el teatro.

—Me estás tomando el pelo. ¿Como no te he visto en ningún momento?

—Tal vez porque esté haciendo muy bien mi trabajo.

—Sí para ti el trabajo es ser mi sombra fantasma, lo haces de puta madre.

—Gracias.

—No me entiendas mal, pero de gracias nada, mi corazón sigue disparado.

—Ja, ja, ja... perdón, no era mi intención, pero te confieso que sí ha tenido mucha gracia. Sí no me crees pregúntaselo a tu amiga allí dentro. —Laura estaba teniendo un ataque de risa descontrolado.

—Perdón Olimpia, pero él tiene razón, ja, ja, ja, ...

—Me encantaría seguir discutiendo eso con los dos payasos, pero tengo que irme a comer.

—Te acompaño. —Olimpia lo mira con cara seria, diciéndole con los ojos que sí le asusta otra vez... lo «mata».

Los dos se dirigen a la salida.

—¡Oye!, ¿vosotros trabajáis aquí?

—Yo, sí.

—Soy Ramón, espero a mi padre, Fernando, ¿lo habéis visto?

—Encantada, yo soy Olimpia y él es Héctor. Y yo no lo he visto desde hace un par de horas. Pero creo que puedes entrar ¿no?

—A él no le gusta mucho que entre, me suele decir que lo incordio y que le espere fuera.

—Ja, ja, ja, ... y una curiosidad, si eres su hijo me figuro que ya has visto la obra ¿no?

—En realidad aún no, ¿es buena?

—Yo no te puedo contestar a eso, no seré objetiva, pero a él le gustó.

—Es muy ocurrente, y la protagonista es súper asustadiza, ja, ja, ja...

—¿Asustadiza?

—No le hagas caso, es que es muy bromista, pero tu podrías acercarte un día a verla.

—Es que es hartito difícil comprar las entradas, se agotaron en seguida.

—Si te apetece puedes venir hoy, el director me dejó invitar a quien quisiera, ya que estaré de espectadora.

—Y a mí no me invitas, ¿o qué?

—No seas picapleitos que tú ya la has visto y si bien recuerdo, tienes trabajo que hacer ¿no?

—Ya...

—Pues si no te importa, aceptaré esa invitación. ¿Y por qué no te actúas hoy?

—Es solo una prueba que quiere hacer el director con los suplentes.

—Ah vale, entonces nos vemos por la noche, empieza a las seis ¿verdad?

—Eso es.

Fernando estaba observando aquella conversación desde hacía rato, pero la rabia y la desesperación le impedían acercarse, aún más con el inspector allí, si se aproxima dejaría de forma muy clara su preocupación con respecto a su hijo, y podría empezar a sospechar cosas, que terminaría llevándolos a la cárcel, por eso prefirió mantenerse a distancia.

—Padre, ¿qué haces ahí parado?

Ramón nota al padre nervioso, y lo llama aposta, para echarle en cara que está hablando con Olimpia. Fernando se va aproximando despacio, intentando demostrar tranquilidad, en vez de espanto y preocupación, y pensando en las ganas que tiene de darle dos hostias cuando estén a solas.

—Hola Ramón, ¿qué haces aquí?

—Pues esperándote, ¿comemos?

—Sí, venga.

—Adiós Olimpia, nos vemos luego.

—Adiós.

—Como vuelvas a aparecer por aquí, te mato.

—¿Otra vez con esas? Pensé que ya se habían acabado tantas amenazas. Además, solo he venido para que vieras que era capaz de lograr mi objetivo sin necesidad de hacerle daño, como otros por ahí que yo me conozco.

—Mira, que la vas a cagar, ya verás, y lo peor de todo es que me arrastraras contigo.

—Ya veremos.

—Esa es la cuestión, no quiero estar aquí para verlo, deberías haber aprendido de mis errores. Es mejor que te alejes de ella antes de que sea demasiado tarde.

—Tranquilo, no seré el asesino de mi amor, ¿ves?, aprendí de tu error.

—Cada día que pasa te reconozco menos.

—Es que estoy muy “enamorado”, ahora vamos a comer, que estuve de pie una hora esperándote.

—Ese es tu problema..., sé que no viniste a verme, pues ahora te jodes.

—Uf, vamos.

...

—¡Madre mía!, mis tripas no paran de sonar... que día, cuándo me estoy muriendo de hambre no hago más que liarme, iremos al primer sitio que veamos, no me importa, con que haya comida me vale.

—Tu pedido es una orden “my lady”.

—¡Uy!, qué fino, lástima que no eres así cuando me asustas.

—Es que hay un momento para cada cosa.

Olimpia se detiene, mira hacia todos los lados y se imagina el mapa de la zona en su cabeza, pensando: ¿en qué dirección encontrara el restaurante más cercano?; después de analizar con atención, toma hacia la derecha y a dos metros hay un Spoleto, deciden que ahí mismo es donde van a comer, un sitio, que por suerte, es rápido para coger la comida. Después de servirse, los dos buscan un sitio para sentarse.

—Oli...

—Si sigues con esos apodos cariñosos me vas a mal acostumbrar.

—Es que te estoy recompensando por el susto.

—Ah, pues si es por recompensa me lo merezco.

—Pero ahora en serio, ¿estás segura de ir con Ramón hoy, al fin y al cabo, es un extraño?

—No hay por qué preocuparse, ¿qué podría hacerme o pasarme estando en mitad del público?

—Eso no es seguridad total y con tentaciones como tú, hay tantos pecadores como yo...

Olimpia casi se atraganta de tan pasmada que se queda, no esperaba esa respuesta, y le pilla de sorpresa y comienza a ponerse nerviosa por el rumbo que está tomando la conversación. Héctor debe de estar queriendo dejar claro sus intenciones, dejando entender que es un posible pretendiente para ella. Pero ahora no sabe cómo contestarle, y cuando se sosiega logra decir:

—¿Podrías prestarme un diccionario? Es que lo que has dicho me dejó sin palabras.

—Voy a ser sincero contigo, así que no me voy a andar con rodeos

—Tú dirás.

—Sí, es que yo no tengo la culpa de que me gustes, la culpa es tuya, por tener todo lo que a mí me encanta.

—Quién lo diría ja, ja, ja... Parece mentira que haya tardado veinticinco años en conocerte. Y no sé lo que es, pero he sentido algo increíble cuando te vi por primera vez.

Ahora ella, aclarada las intenciones de Héctor, siente que son recíprocas. Siempre supo que algo nacía entre ellos, pero este tipo de conversación no había surgido antes, solo algunas pequeñas indirectas, pero ahora estaban poniendo las cartas sobre la mesa, o por lo menos empezando a

hacerlo.

—Yo también, y la verdad, es que no quiero dejarte escapar.

—Seguro que tenemos muchas cosas en común, ¿qué te parece si nos tomamos un tiempo para averiguarlo?

—Me encantaría conocerte mejor.

—Me parece bien, porque eres una de las personas más atractivas que he conocido, con ese pelo negro y ojos castaños hipnóticos.

—Disculpa... eh... es que eres tan bella que se me olvidó lo que iba a decir.

—Somos dos entonces.

—Ja, ja, ja, pero ahora volviendo al tema anterior, ¿no crees que será mejor que esté contigo?

—Para decir la verdad, no. Como ya te lo he dicho no me va a pasar nada, por varios motivos, estaré en mitad del público y él lunático no me hará daño, si es que me quiere. Lo mejor es que estés por los camerinos vigilando a las personas que están más expuestas al peligro que yo.

—Tienes razón, es que no quiero que te pase nada. —Olimpia le coge la mano y la caricia, indicándole que todo está bien y que no hay por lo que preocuparse.

Mal presagio

No se puede confiar en las malas personas, no cambian jamás.

Esopo

Tras la comida, Olimpia y Héctor dan un paseo, esperando la hora para que comience la función.

—Olimpia, en la comida me he quedado confuso, te he expuesto claramente que me gustas, pero tú...

—Creo que he sido cristalina.

—¿Recíproco?

—Lo dicho: «Cristalina».

—De acuerdo, pero mientras dure la investigación nos toca disimular, mi superior podría retirarme del caso por conflicto de intereses.

—Lo entiendo, además egoístamente, prefiero que seas tú el que esté al frente de la investigación, así que de momento lo mejor es que los dos seamos muy profesionales y discretos.

Tras sus últimas palabras, ríe y ríe, se lleva las manos a la boca tratando de sofocar su hilaridad. Héctor la mira sin entender nada, pero sin proponérselo se contagia de la risa cantarina de ella.

—El chiste debe de ser muy bueno, ¿podrías contármelo?

—No es un chiste, es que de repente se me ha venido a la cabeza una imagen.

—¿Cuál?

—El soldadito de plomo tú, y la bailarina, yo.

—Buen chiste, no recuerdo muy bien el cuento, pero sí, así de pronto puede ser un buen símil.

Se ríen los dos al unísono, se cogen de la mano sin mediar palabra, y continúan caminando en silencio.

Cuando se acercan al teatro, al pasar por la boca del metro de Callao ven salir a la carrera, como de costumbre, a Beatriz.

—¿A dónde vas tan deprisa? la interpela Olimpia.

—No sé, tienes razón, tengo esa fea costumbre de ir acelerada siempre.

—Pues pisa el freno, que no es hora de entrenamiento.

Reemprenden los tres el camino más sosegadamente. Beatriz parlotea, Olimpia no la sigue, solo se pregunta: ¿Nos habrá visto cogidos de la mano? Héctor, sin embargo, ríe las ocurrencias de Beatriz, sin mostrar ni la más mínima preocupación, con tal naturalidad que tiene pasmada a Olimpia. Al llegar a la puerta, se despiden de Héctor y las dos se dirigen a los camerinos.

—Hoy nos toca ejercer de madres, ¿qué tal con Laura?

—Muy bien, es fantástica, la vi un poco nerviosa al principio, pero creo que lo va hacer estupendamente.

—Me alegro, a mí con María me pasa igual, pues vamos, «cada oveja con su pareja»

—Nos vemos luego en el patio de butacas.

—De acuerdo.

Olimpia da unos suaves toques en la puerta de su camerino, e inmediatamente la abre Candela.

—¡Qué pronto has llegado!

— Es que no he ido a comer a casa, me he quedado por aquí.

—Ya decía yo, pero pasa, no te quedes ahí como «una novia compuesta, pero sin novio».

—¡Qué cosas dices!, si ni siquiera tengo novio.

—Bueno..., no sé yo, eso está por ver.

Olimpia se extraña de la respuesta de Candela, y piensa, o esta mujer es bruja o ella lleva un cartel en la frente que la delata y del que no es consciente.

—¿Qué tal Laura?, veo que ya estás casi lista.

—De momento lo estoy por fuera, pero por dentro ya es otra cosa.

—No digas tonterías, eres toda una profesional, ¿verdad Candela?, tú la has visto en los ensayos, ¿a qué opinas igual que yo?

—Por supuesto, pero dejarnos de charla que tengo que finalizar y el tiempo vuela.

—¡Huy!, no le he dejado la entrada al hijo de Fernando, que despistada soy, voy y vengo enseguida.

Sale al pasillo, y cuando se dispone a subir las escaleras se encuentra con Fernando.

—¡Qué suerte!, ¿va usted arriba?

—Así es, señorita Olimpia.

—¿Me haría un favor?

—Eso está hecho.

Le da la entrada a su hijo, que me figuro que ya habrá llegado; bajé tan deprisa que se me olvidó dejársela en taquilla.

—No se preocupe, yo se la hago llegar.

—Gracias, es usted un ángel. —Dice tendiéndole el resguardo.

Regresa al camerino. Cuando le ha entregado a Fernando la entrada ha pensado que se había equivocado con la invitación, en el fondo le apetecía haber estado a solas con Beatriz, para así poder intercambiar impresiones, pero ya está hecho...

Cinco minutos antes de que comience la función, Olimpia y Beatriz abandonan las bambalinas, y se dirigen al patio de butacas.

—He dado el cambiazco a Pedro con la entrada, para estar juntas, —dice Beatriz.

—¡Qué bien!, eres una bruja, adivinaste lo que quería.

Toman asiento en sus butacas tras saludar subrepticamente a Ramón que ya ocupa su asiento.

—Un poco bruja soy, pero no tanto, así que me tienes que contar que te traes con el inspector bonita.

—¡Chis!, baja la voz, y no digas bobadas.

—Pues vale, voy a ver a quien le pillo por aquí cerca una mano y se la cojo ¿Es moda, si acaso?, ya sabes que me pirria estar a la última.

—Calla, luego te lo cuento, pero ahora, chitón.

Olimpia teme que los susurros de Beatriz lleguen a oídos indebidos, pero el timbre anuncia el comienzo y las luces van disminuyendo su intensidad, resultando un socorro oportuno.

El primer acto transcurre como la seda, solo unos momentos antes de que baje el telón, Olimpia observa algo raro en Laura; cuando se encienden las luces se levanta y va a los camerinos.

—Olimpia tenemos un problema, ya le he avisado a Don Manuel, Laura está muy mareada y se queja de calambres, no sé, no sé, si va a poder continuar.

Las palabras de Candela le ponen en alerta, se acerca a Laura y efectivamente se le ve pálida, en ese momento entra Manuel, un solo vistazo le es suficiente para tomar una decisión.

—Prepárate Olimpia, yo voy a llamar a un amigo que está en el patio de butacas que es médico.

Comienzan con los arreglos apresuradamente, sin problemas, ambas están acostumbradas a cambios repentinos de última hora, mientras Laura recostada en el sillón permanece con los ojos cerrados.

—¿Y esta botella?, ¿es tuya Laura?

—No, estaba ahí, pensé que la habías dejado tú, por si tenía sed

—¿La has bebido?

—Sí, lo que falta, ¿ocurre algo?

Olimpia, coge la botella, la abre y huele, no nota nada raro, pero...

—¿Qué ha ocurrido?, —dice Héctor asomándose a la puerta.

—No sé inspector, pero Laura no está bien, y he encontrado esta botella de la que ha bebido y que ha llegado misteriosamente aquí, no sé...

Héctor coge la botella y hace los mismos gestos que momentos antes ha realizado Olimpia.

Los primeros timbrazos de aviso, suenan.

—Lista, y tú que creías que ibas a estar de señorona esta tarde.

—No importa Candela, lo importante es que Laura se recupere.

Al levantarse se acerca a Laura y le hace unos cariños. El segundo aviso se escucha.

—Anda, vete ya, me pondré bien, no te preocupes.

—Se encamina al escenario, Héctor va a su lado, lleva la botella en una mano, su gesto es de preocupación.

—Cuando termine el segundo acto me esperas, mientras yo me ocupo de Laura y de saber si esto es algo más que agua.

Al finalizar el segundo acto en el atrezo se topa con Beatriz, que la mira extrañada.

—Ya me explicarás qué ocurre, cuando te he visto en el escenario me he fijado que tu invitado ha cambiado su gesto, cuando estábamos hablando, no te quitaba ojo, igual que cuando comenzó el primer acto, pero en el segundo ha enfocado la mirada al escenario y ni pestañeaba.

—Se habrá centrado en la obra. —Dice Olimpia para restar incertidumbre a todas las ideas que bullen en su cabeza.

—Puede ser, era solo una observación.

De camino a los camerinos Olimpia pone a Beatriz al corriente, al llegar ven a Ramón parado frente a la puerta, que la espera.

—Enhorabuena, has estado fantástica, menuda suerte he tenido, no te iba a ver actuar y al final...

—Sí, ha sido por casualidad, mi compañera se ha sentido indispuesta.

—Lo siento, ¿no será nada grave?

—No, para nada, y ahora si me disculpas, tengo que cambiarme.

—¿Te apetece tomar una copa?

—Lo siento, es que tengo prisa, he quedado.

—De acuerdo, otro día será.

Da media vuelta y se aleja por el pasillo, Olimpia y Beatriz se miran extrañadas.

—Ese tío está cañón, pero tiene un no sé qué, que no me termina de convencer.

—¡Apareció la bruja Pirula!, es el hijo de Fernando.

—Ya, ya, pero acuérdate «algo raro», mi sexto sentido me advierte, deberías hacerme caso.

—¿En que tendría que hacerme caso?

Héctor ha surgido de repente como por arte de magia.

—No le hagas caso a Beatriz, simplemente le ha dado esta tarde por ejercer de bruja. —La aludida se aleja riendo.

—Tenemos que hablar, Olimpia, pero mejor en el camerino. —Entran, está vacío.

—¿Dónde están?, —pregunta Olimpia.

—A Laura, el doctor la ha acompañado a su casa, no corre peligro, solo tiene que dormir veinticuatro horas y una resacón de muerte después. —Dice mientras agita la botella.

—Alguien ha elaborado un cóctel explosivo, me figuro que, para sacarla del escenario, pero sin intención de matar. Creo que ese alguien tenía interés en que subieras al escenario, de momento esta es mi hipótesis.

En ese instante entra Candela, y ambas miran a Héctor.

—Ya, no hace falta más, me indicáis que debo irme. —Las dos le sonríen, Candela hace un gracioso gesto con las manos como si pretendiera barrerle al exterior.

—La espero fuera Olimpia.

—Sí, inspector, no tardo.

Olimpia no se quita de la cabeza los comentarios de Beatriz respecto a Ramón, se los dirá a Héctor, aunque ignora si significan algo.

Cháchara instintiva

Son los problemas sin resolver, no los resultados, los que mantienen activa la mente.

G. Kolbenheyer

Deja que el agua resbale por su espalda, apoya las manos en los azulejos y se queda completamente quieta en espera de que su mente elabore una idea acertada, de momento todas son simples suposiciones, a veces sin sentido.

—Niña que te vas a quedar más arrugada que una pasa.

—Ya voy Candela, ¡se está tan bien bajo el agua!

Sale y se envuelve en el albornoz, comprueba que el pelo solo se ha mojado ligeramente, y con una toalla quita el exceso de humedad, y sale del baño.

Candela la espera sentada en el sillón, el camerino está perfectamente recogido.

—Perdona Candela, te estás retrasando por mi culpa, si quieres puedes irte, yo me visto y ya estoy.

—De eso nada, vístete, que salimos juntas.

—¿Y eso?

—Órdenes del inspector Ramírez que ha tenido que ir a no se qué, no me he enterado muy bien.

—¿Y?

—Nada, sólo eso, que te acompañe a la entrada principal que él estará allí, eso sí, me ha repetido insistentemente que no te dejara sola, y yo obedezco.

—Ya, ya, está bien, cinco minutos y en marcha.

—¿Quieres que te maquille?

—No, gracias Candela, voy a casa directamente, total...

—¡Huy niña!, eso nunca se sabe, déjame que te doy un toquecito sutil por si acaso.

—Como eres Candela, —dice Olimpia mientras toma asiento, no piensa contrariarla, cuando se le mete una idea en la cabeza a Candela es harto difícil rivalizar con ella.

Cuando llegan ambas al hall principal, Olimpia se alegra de la sugerencia de Candela. Allí parados en alegre parloteo está Héctor con su abuela y Raúl.

—Aquí se la traigo inspector, yo me marchó ya, si no les importa. Hola Lola, has venido a buscar a la niña, ¿no?

—No exactamente, estábamos dando un paseo y al ver la hora nos hemos acercado.

—Pues lo dicho, me marchó, y me alegro mucho de verte.

—Igualmente Candela.

Se despiden y tras salir Candela los cuatro se miran en silencio.

—Héctor nos decía que, si nos apetecía ir a tomar algo por ahí todos juntos, ¿qué opinas Olimpia?, a lo mejor estás muy cansada.

Olimpia mira a Lola, le extraña lo de «Héctor».

—Ya veo que estáis perfectamente organizados, que habéis hecho planes, ¡vamos que no perdéis el tiempo!, por mi perfecto, después de la ducha estoy como nueva.

—Pues entonces en marcha —dice Lola, a la vez que toma del brazo a Raúl y se dirige a la salida.

—Que majos, ¿verdad? —comenta Héctor cuando ellos se alejan.

—¡Y tu que liante!, dime inspector, pues estoy un poco confusa, ahora eres Héctor o inspector, es por no meter la pata.

La sonrisa de la cara de Olimpia desaparece de pronto, a través de las cristalerías de las puertas ha visto a Ramón en la acera de enfrente.

—¿Pasa algo?

Olimpia no sabe qué decir, siente que los comentarios de Beatriz han calado en ella sin enterarse, la sola visión de Ramón la ha puesto nerviosa, pero todo le parece demasiado ridículo, y cogido con alfileres.

—No, no pasa nada, solo que me ha extrañado ver a Ramón, el hijo de Fernando allí enfrente parado, debe de llevar más de media hora ahí, y no le encuentro sentido..., a lo mejor ha quedado con alguien.

—Puede ser, pero, ¿por qué te inquieta?

—¿Inquietarme?

—Si, si, no disimules, cuéntame que pasa en esa cabeza.

—Nada Héctor, son las tonterías de Beatriz, que se monta unas películas..., y yo voy y pico, vamos que me come el tarro y ahora yo..., pues eso..., me mosqueo sin ningún fundamento.

—Olimpia, de momento toda observación, aunque en apariencia parezca fútil, es mejor tenerla en cuenta, nunca se sabe, cuéntame esas suposiciones a las que ha llegado Beatriz con respecto a Ramón.

—Bobadas Héctor, solo bobadas.

Ambos están parados en las puertas de salida, pero ninguno de los dos las abre, es Lola la que vuelve a entrar, les conmina a que la sigan y que se dejen de charlas, que ya tendrían tiempo.

Se encaminan los cuatro a la zona de la plaza Mayor, al parecer Raúl ya ha decidido dónde ir. En el trayecto Olimpia pone al corriente a Héctor, y a él no le parece ninguna tontería.

—No sé Oli, pero el tal Ramón va a formar parte de la lista de sospechosos, así sin más, más vale prevenir.

—Lo que tú digas, tú eres el inspector.

—Eso lo tengo claro, me parece que lo más sensato es que no quedes con él, no hables con él, hasta que la situación se aclare.

—Tranquilo, a mi no me apetece nada intimar con él, por muy hijo de Fernando que sea, y mira que lo siento, pues su padre es un tipo fenomenal, pero así están las cosas.

—¡Chicos!, aquí! —Les indica Lola, antes de cruzar el umbral del restaurante.

—Héctor, ¿le has dicho algo a Lola?

—Para nada, pero tengo la sensación que a tu abuela no se le escapa nada, y mira que yo he estado de lo más profesional, pero me da que no ha colado ¡Te juro!, que he hecho mi papel, que ni de Oscar, cuando hablaba de ti, nada de tuteos, no me lo explico, la verdad...

—Puede..., yo siempre digo que Lola es pura bruja, desde pequeña era imposible colarle ni una mentirijilla, por pequeña que fuese, te miraba a los ojos y no había más que hacer.

—¿Qué hacemos ahora entonces?

—Seguir con nuestro papel formal, ella nos seguirá el rollo por lo menos hasta que regresemos a casa, donde me bombardeará sin piedad a preguntas.

—De acuerdo, pero..., ¿estás segura?

—Sí, del todo.

Han tomado asiento en una mesa redonda situada en un rincón, tras ojear la carta un rato, el camarero les toma nota.

—¿Y eso es todo lo que vas a comer?

—Sí abuela, hoy hemos comido fuera y creo que me he pasado, y apenas tengo apetito.

—¿Habéis comido?

—Sí, contesta Héctor, ha sido culpa mía que no fuera a casa al mediodía, quería cambiar impresiones sobre el caso.

—¡Ah claro!, el caso..., y hablando del caso ¿tiene ya algún sospechoso?, Héctor.

—Varios, pero solo son eso, sospechosos.

—Seguro que solo mira a hombres, ¿no cabría la posibilidad de que fuera una mujer?

—Por supuesto, pero desde el primer momento, prácticamente la idea ha quedado desechada, el cuerpo de la víctima, me refiero a Arturo, encontrado en el parque cercano a su casa, tuvo que ser trasladado por lo menos setecientos u ochocientos metros desde el lugar más cercano en que se puede estacionar un coche, donde suponemos que lo llevaron, para hacer ese recorrido con un cuerpo muerto auestas, hace falta una fuerza considerable, si además sabemos que el peso es de ochenta y cinco kilos..., solo una mujer muy fuerte y muy preparada sería capaz, eso si no lo mataron allí mismo, nuestra hipótesis apunta más a esta opción, por lo que tuvo que ser rápido, si fue in situ, tampoco el perfil de mujer es viable por la envergadura del fallecido y cómo murió.

—Lo que Héctor quiere decir Lola, que en la lista no hay mujeres.

—Gracias Raúl por tu resumen, pero ya lo había entendido.

Todos ríen al unísono. Mientras cenan hacen conjeturas sobre el caso, las más disparatadas las aportan Lola y Raúl, provocando una hilaridad que ha hecho que Olimpia se atragantara en dos ocasiones.

—Me parece Lola que debiera dedicarse a la escritura, tiene usted una imaginación desbordante, se lo digo en serio, cambie la ciencia por las letras, sería todo un éxito y además cuenta con la ayuda de usted, Raúl, que no se queda atrás.

La cena transcurre entre risas y chanzas, Olimpia se siente relajada y feliz, mirar a Lola y luego a Héctor, y piensa, se van a llevar estupendamente.

Pretérito presente

Cerrad vuestros corazones con más cuidado que vuestras puertas.

W. Goethe

Todo empezó con un simple romance infantil... hasta que se convirtió en una gran tragedia...

Hace años, dos niños, Liliam, y Fernando se conocieron, en el colegio de Educación Infantil y Primaria: Daniel Vázquez Díaz, es un centro educativo muy completo y bilingüe con un área artística, además de la académica y la deportiva.

—Buenos días chicos, este año lectivo tenemos a dos alumnos nuevos, me hacéis el favor de presentaros a los demás compañeros.

—Hola, me llamo Liliam Rojas y tengo 6 años.

—Y yo me llamo Fernando Giménez y tengo 7 años.

—Muy bien, ahora empecemos con las actividades.

Pasadas unas horas llegó el momento del recreo y los niños salen corriendo hacia el patio a jugar y a merendar. Fernando se acerca a Liliam que se encuentra sentada sola en una mesa del comedor:

—Hola, ¿me puedo sentar contigo?, es que aún no conozco a nadie.

—Sí, yo tampoco hice ninguna amiga.

—Podemos ser amigos, ¿verdad?

—Sería chulo.

Desde aquel día ellos se han vuelto inseparables, comían, jugaban, estudiaban, siempre juntos, excepto en las actividades extracurriculares, ya que Liliam se matriculó en las artes dramáticas y musicales, mientras Fernando al balonmano. Sin embargo, él empezó a interesarse por el teatro, queriendo pasar más tiempo con ella y así poder estar todo el día juntos.

Esos momentos de la infancia fueron pura diversión, ellos jugaban a que eran novios, pero solo eran grandes amigos. Sin embargo, aquello tan bueno duró poco, y cuando finalizaron la primaria, sus respectivos padres los ingresaron en distintas escuelas.

—Lili, yo no quiero que dejemos de vernos, ¿puedo llamarte? o si eso podemos salir juntos algún día de paseo.

—Claro que sí, yo te prometo que seguiremos siendo amigos.

En aquella época los niños no tenían teléfono para estar «whatsappeando», por lo que poco a poco, fueron perdiendo el contacto, según fue pasando el tiempo, a pesar de sus promesas. No obstante, la suerte aún podría golpear a sus puertas, haciendo que el mundo se volviera muy pequeño de repente.

Han pasado muchos años... cuando se encontraron en una fiesta de la Universidad Complutense de Madrid, ella estudiaba en la ETS de Arquitectura, y él estudiaba derecho, pero los dos iban con sus respectivos compañeros.

—¿Julia, vamos a por unas bebidas al bar?

Ellas caminan en medio de la multitud, Liliam se detiene cuando ve a un chico súper atractivo, al que nunca había visto antes, por eso le pregunta a su amiga

—Oye, ¿quién es aquel?

—Ah, yo ya lo he visto algunas veces por el pasillo, es de mi Facultad, pero no sé mucho sobre él,

solo que es brasileño. ¿Quieres que te lo presente?

—No, déjate de tonterías, solo quería saber quién era porque me llamó la atención, nada más, ahora venga que tengo sed. —Liliam le coge a Julia del brazo y la lleva al bar, cuando se choca con alguien familiar. —¿Fernando, eres tú?

Marco el amigo de Fernando lo miraba con un cara de extrañeza, sin saber qué es lo que estaba pasando en aquel momento:

—¿Quién es esa?

—Es una amiga de la infancia, Lili. Pero, joder..., cuánto tiempo, ¿verdad?

—Pues sí, tú no has cambiado nada, excepto que ahora estás más alto.

—Tú también sigues igual, estás preciosa, casi se me olvidada esos ojos verdes que tienes, que a mí me encantan. —Liliam empieza a ponerse sonrojada, se coloca el pelo detrás de la oreja como un gesto de timidez.

—Ah, no seas exagerado.

—Perdona, es que las mentiras no están en mi vocabulario.

—Liliam, ¿no vas a pedir nuestras bebidas? —Como ella se había quedado sin palabras, no se mueve, Julia tuvo que romper el hielo que se había creado en el ambiente, con intención de echarla un cable.

—Es verdad, por un segundo se me olvidó lo que vine a hacer. —Las dos cogen sus cócteles y se dan media vuelta con la intención de volver a donde estaban antes, pero Fernando las frenó.

—Oye, ¿no os apetece quedaros aquí con nosotros?

—Por mí vale, pero hay que preguntarle a Julia, ya que vine con ella. —Todos dirigen la mirada hacia ella, esperando una respuesta que al parecer aún no sabe cuál es.

—De acuerdo, no tengo ningún problema en estar por aquí.

Una vez que todos ya se habían presentado adecuadamente, hablan, bailan, beben, se ríen, divirtiéndose como si fueran un grupo de amigos como si se conocieran desde siempre. Al cabo de algunas horas de fiesta estaban bastante más alegres, Marco y Julia estaban en medio de la pista de baile besándose, Fernando y Liliam los miraban sonriéndose.

—Quién lo diría, mi amigo con tu amiga, ahora haciendo de carabina, a no ser que te apetezca bailar conmigo.

—De acuerdo, vamos.

Fernando le cogió de la mano llevándola a bailar y en ese momento la música cambió, de una marchosa a una balada, haciendo que los dos se acercaran más, entrando sus cuerpos en contacto.

—¿Sabías que desde pequeño yo tenía un “crush” por ti?

—Fue más que evidente cuando dejaste el balonmano por el teatro.

Él comenzó a susurrar cosas cariñosas al oído, dejándola sorprendida, la abrazó más fuerte, y ella se sintió atraída como un imán hacía él. Sus bocas se fueron acercando lentamente y se unen en un profundo e intenso beso que parece durar una eternidad...

Liliam se despertó abruptamente sin saber si lo había soñado todo o si aquello realmente había ocurrido, se sentía un poco mareada con una resaca de muerte. Cuando se recompuso un poco,

observó su entorno sin reconocer donde estaba, hasta que vio a Fernando saliendo del baño envuelto en una toalla, con tal confusión se frotó los ojos y los apretó con la intención de saber si aquello era real o solo un sueño.

—Buenos días, bella durmiente.

—Fernando, ¿qué ha pasado?, ¿qué hemos hecho? La noche anterior está un poco borrosa en mi cabeza, no me acuerdo muy bien de nada.

—Te entiendo. Yo también me desperté un poco así, pero después he analizado la situación y he visto: un condón en el suelo, los dos estaban desnudos, ... es más que obvio que hemos follado. — Liliam se llevó inmediatamente la mano a la boca no pudiendo creer que lo que había hecho, no era algo propio de su comportamiento.

—¿Y qué pasó con Julia y Marco?

—Creo que Julia se fue a casa de Marco o al revés no sé, lo último que me acuerdo es que me dijo: que cuidara de ti porque ella estaría muy ocupada esta noche. Y como no sabía dónde vivías te traje a mi casa, pero no recuerdo nada más.

—¡Pues que gracia tiene la cosa! Ja, ja, ja...

—¿De qué te ríes?

—De la vergüenza que supongo haber pasado ayer, creo que es mejor olvidar la noche anterior.

—¿Ni del sexo te quieres acordar?

—Solo querré recordarlo si fue bueno.

—Eso te lo puedo garantizar que sí, pero lo podemos repetir para refrescar nuestra memoria.

—No empieces con tonterías, la verdad es que no sé qué me pasó ayer, no suelo ser así.

—Ni yo, pero me ha gustado que haya pasado, y te lo digo en serio, cuando quieras aquí me tienes.

Amor amigo

En los celos hay más amor propio que amor.

Rochefocauld

Unos tenues rayos de sol se colaban a través de las rendijas de la persiana a medio bajar, Liliam se quedó unos instantes mirando el remolino que conformaba la claridad y los miles de partículas en movimiento, se dio la vuelta despacio para no despertar a Fernando, comprobando que aún estaba sumido en un sueño profundo, se levantó con sigilo y fue al baño.

Al terminar de lavarse la cara se contempló en el espejo pensando en la conversación de la noche anterior, aunque solo pensar en retomarla le produce angustia, no habrá más remedio, siente que la relación la asfixia por momentos.

—¿Prefieres té o café?

—Café, y bien fuerte, necesito despertarme.

—Yo te veo, Fernando, bien despierto.

—En apariencia, sólo en apariencia..., según habla va cortando naranjas y las exprime.

—Verás que en cuanto desayunamos recuperamos las energías.

—Tu no necesitas energía, te sobran.

—¿Por qué dices eso?

—Anoche lo dejaste bien claro.

—No empieces con eso.

—Yo, solo digo lo que hay, no paras de flirtear con cualquiera que se te ponga en tu camino.

—Eso es mentira, y tu lo sabes.

—¿Que estas diciendo?, ¿acaso soy ciego o tonto?, eso es lo que estás intentando nuevamente decirme, que estoy medio majareta y veo visiones.

—Sabes bien que no pienso eso, pero tienes una lectura de los hechos un tanto peculiar.

—¿A qué llamas tú peculiar?, te escondes en palabras rimbombantes y te quedas tan fresca.

Liliam no tenía ganas de discutir, se ha levantado a coger la cafetera para rellenar nuevamente la taza, antes de sentarse, se situó a la espalda y le pasó ambos brazos por el pecho, sus mejillas se unieron y ella le dio leves mordisquitos por el cuello.

—¿Aún dudas de que estoy totalmente subyugada por ti?, mira que eres tonto.

Él se giró, la tomó por la cintura y la sentó en sus rodillas, cuando fue hablar, Liliam selló su boca con un prolongado beso, que él recibió y lo devolvió a su vez, para luego con suma delicadeza escalar por debajo de la camiseta, por su espalda y atraerla más hacia sí, poco a poco sin prisa, le subió la prenda hasta sacarla y dejarla caer al suelo, las caricias se volvieron más apremiantes, ella le quitó la camisa del pijama muy despacio, cada botón fue acompañado de una nueva caricia.

Fernando mientras prosiguió, con la mano derecha va apartando los cachivaches del desayuno que estaban en la mesa.

—¿Que haces? —dijo ella fingiendo asombro.

—Vamos a jugar al cartero llama dos veces.

—¡Estas loco!

Pero él no la hizo caso, sonrió y prosiguió.

Ella se dejó llevar, sentía como todo el vello de su piel se iba erizando, y la cocina pareció haber cobrado vida. Fernando se puso en pie sin soltarla y la depositó en el filo de la mesa, para después tumbarla. Liliam al voltearse la cabeza su mirada se cruzó con la cafetera que momentos antes ella había dejado reposar sobre la mesa, con Fernando era siempre así, sus inquietudes, sus miedos, los empaquetaba con sexo que a ella le encantaba, pero...

Hicieron el amor allí mismo, acompañados por el tintineo de las tazas y los platos, se entregaron el uno a otro sin medida, ella entrelazaba sus piernas a la cintura de él y en cada embestida sentía que iba a perder el sentido de la realidad hasta que una taza acompañada de su respectivo plato cayó al suelo con gran estrépito, los dos se quedaron inmóviles por unos segundos para luego romper a reír.

Liliam está nuevamente delante del espejo del cuarto de baño, observaba su cara, siempre le había fascinado que, tras hacer el amor, su rostro se transfiguraba, los ojos relampagueaban con un brillo especial, su tez se volvía más luminosa, pero, sobre todo, estaba el sentimiento que una y otra vez se despertaba en ella tras el acto, era como estar completa, llena, la sensación de no precisar nada más en la vida.

Termino de arreglarse, escucho a Fernando recogiendo el desguisado de la cocina y una sonrisa apareció en sus labios.

Bajó corriendo las escaleras del metro, tenía el tiempo justo para llegar a clase, echó un vistazo por el vagón y vio un asiento libre, se dirigió hacia él y tomó asiento, colocó sobre sus piernas la carpeta y un par de libros que tenía que devolver a la biblioteca. El tren arrancó, vio pasar la estación hasta que son embebidos por la oscuridad del túnel, vio su imagen reflejada en la ventanilla y nuevamente pensó que debe hablar con Fernando, su vida se había convertido en una montaña rusa, y estaba preocupada, su convivencia con Fernando era de lo más paradójica, en momentos era el hombre que toda mujer desearía tener a su lado para siempre, pero en otras...

Ella observaba cómo él se transfiguraba por los celos sin ninguna razón, le mordían y veía fantasmas donde no había nada, solo amistades, y a todo más, simple cortesía o educación, pero en esos momentos no razonaba y cada vez estas escenas se hacían más frecuentes sin ningún fundamento, su amiga Julia, le insistió una y otra vez que dejara la relación, que iría a peor, y recito el mantra que la caracterizaba «nadie cambia a nadie», a estas alturas Liliam comenzaba a creer que su amiga tenía razón, sacudía la cabeza en un intento de alejar de su mente todas estas elucubraciones que la inquietaban, pero que aún no parecían calar lo suficientemente hondo en ella para tomar una decisión.

Destino

Cambiar de horizonte es provechoso a la salud y a la inteligencia.

A. Bécquer

—Fernando, voy a salir, tengo que pensarlo un poco y cuando vuelva me iré a mi casa, no me esperes hoy.

—¿Qué te pasa ahora?, ¿es sobre la misma conversación del otro día?, ¿quieres hablar?

—Creo que lo último que quiero ahora es hablar, solo necesito estar un tiempo a solas.

Liliam cogió su coche y se puso en marcha, varios sitios le venían a la cabeza en aquel momento, pero optó por el lugar con el que ella tenía más vínculo: Alcalá de Henares. Al llegar, hizo el mismo recorrido de siempre, empezaba por la Universidad hasta el Museo de Cervantes. Cuando llegó, se sentó en un banco del parque y se puso a escribir todo lo que le venía a la cabeza, ella tenía que sacar aquellos sentimientos para fuera de alguna manera.

«Querido Diario, ¿qué hago?, no sé por cuánto tiempo voy a soportar esta relación con Fernando, es buena a veces, pero hay días en los que no soporto ni mirarlo a la cara, es muy bipolar y se está convirtiendo en algo exhaustivo, y para empeorarlo todo me veo tan confundida... ¿me puedes dar una señal, algo, para que yo sepa qué camino tomar? ...»

—¡Mierda! —Los pensamientos de Liliam se interrumpen, miró hacia todos los lados para averiguar quién era el que estaba hablando, hasta que lo localizó, era un hombre que corría detrás de un mapa, el viento se lo debe de haber llevado, pensó. Pero tras ver la situación que estaba sucediendo, se puso a reír y no fue nada discreta.

—Perdona, ¿te ríes de mí?

—Lo siento es que no lo he podido evitar, pero tranquilo, te puedo ayudar, deja el mapa y por haberme reído te llevo a los lugares que quieras conocer.

—Pues muchas gracias. —Él se acerca a ella y se presenta: —Soy Axel Velasco. —Cuando ella lo mira atentamente reconoce aquellos rasgos faciales, y el pelo color caramelo, fuerza la memoria para recordar dónde lo había visto antes.

—Soy Liliam Rojas y creo que te conozco, ¿eres brasileño?

—Sí, lo soy, ¿cómo lo sabes?

—Es que tu nombre... Mi amiga Julia me habló de ti en la fiesta de la UCM, ella estudia contigo en la Facultad de Derecho.

—Ah vale, y sé lo que debes de estar pensando, que mi nombre no es ni un poco brasileño, es que mi padre es español.

—Ahora tiene más sentido, pero ¿por qué elegiste estudiar aquí?

—Como tengo la doble nacionalidad y aquí los estudios son más avanzados que allí...

—Ya pilló la idea, pero supongo que extrañarás mucho tu país, ¿no?

—Por supuesto... pues me encantaba vivir al lado de la playa...

—A mí también me encanta la playa, pero en Madrid no hay, por eso los veranos suelo ir al sur. Pero ahora cuéntame, ¿a dónde intentabas ir antes de que tu mapa saliera volando?

—Yo quería ver la Catedral.

—Es preciosa, ven que te llevo. —Se pusieron en marcha mientras proseguían conversando.

—¿Cómo conoces tan bien Alcalá de Henares?

—Es un lugar al que a mí me gusta mucho venir, vengo aquí para pensar y reflexionar un poco.

—¿Y a qué has venido a pensar hoy?

—Sobre mi relación, que creo que se está yendo al garete. Es que mi novio se está volviendo súper posesivo, él no era así antes, llevamos casi dos años juntos y de la nada cambio y ya no le aguanto más esas actitudes.

—Ninguna mujer debe vivir la vida como una prisionera, ya habéis sufrido mucho en los siglos pasados, ahora merecéis vuestra libertad, y lo que puedes hacer es intentar hablar con él, si no te escucha, tal vez esta relación no sea la mejor para tí.

—Yo intento hablar con él, pero él sigue diciéndome lo mismo, «no dejas de flirtear con cualquiera que se te ponga en tu camino», cuando no son más que amistades.

—Entonces creo que debes repensar si vale la pena seguir con esa relación.

—Ese es el problema, yo lo pienso, lo pienso, y no encuentro una respuesta.

—¡Huy!, eso sí que es un problemón.

—Ya ves, y lo que hizo que este día se arreglara has sido tú.

—Me alegro de que la pérdida de mi mapa haya sido útil para algo ja, ja, ja...

—Hemos llegado.

Axel se quedó perplejo delante de la construcción gótica con su torre herreriana, y con el interior que retrata claramente el barroco. Liliam observaba sus gestos y de vez en cuando notaba que se sentía bien y sonreía.

—Me gusta mucho, de todas las tendencias artísticas la que más me fascina es el barroco.

—A mí es el Romanticismo, la primera generación, la que retrata a los indígenas.

—¿Pero eso no es de Brasil?

—Ya, es que me gusta leer y así lo descubri.

—Ya, ahora que terminamos aquí, ¿te apetece tomar un café o algo?

—De acuerdo, pero yo elijo la cafetería.

—Sí señorita, como tú digas.

Los dos pasaron el resto del día juntos, charlando y riéndose. Liliam ya se había olvidado del porqué había ido a Alcalá de Henares y de alguna manera se sentía más auténtica estando con Axel, era como si ella pudiera contárselo todo, aunque lo hubiera conocido aquel día. Él era como un hombre amigo que había estado toda la tarde dándole buenas ideas, y ella pensó: «creo que acabo de conocer a un tío súper majo y tal vez podamos ser muy buenos amigos un día».

Cuando se hizo tarde, Liliam se ofreció para acercarlo a su casa ya que él había ido en tren y así descubrió que él vivía muy cerca de ella, la casualidad hizo que fuera mucho más fácil para que ellos se vieran y salieran más veces juntos. Después de dejarlo en su casa se fue a la suya, teniendo durante todo el trayecto una sonrisa colgada en la cara y cuando llegó a su apartamento, la madre la vio rara.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué?, ¿no puedo estar contenta?

—Por supuesto que sí, pero es que solo vienes a casa cuando te peleas con Fernando, o no me digas que por fin has cortado con él y esa sonrisa es de alivio, porque me parece que estuviste mucho tiempo cargando un peso pesado sobre los hombros.

—No digas chorradas, no he cortado con él, y sí, tienes razón, nos hemos peleado.

—Entonces... ¿por qué esa sonrisa?, es que aún no lo pillo.

—Como sabes, siempre voy a Alcalá de Henares cuando necesito un tiempo para pensar...

—Sí, lo sé, ¿y?

—Pues mira, había un tío que perdió su mapa, por eso lo ayudé y le enseñé la ciudad.

—¿Solo eso?, ¿qué hizo él para lograr está sonrisa descarada?

—No sé exactamente, solo sé que transformó mi día malo en uno bueno, nos hemos divertido mucho.

—Hum... no debes confiar en extraños.

—No era literalmente un extraño, yo ya lo conocía de vista, estudia con Julia.

—Pero....

—¡Ay madre!, deja de atormentarme con tantas preguntas, sé lo que estás pensando y no es nada de eso, aún sigo con Fernando, fue apenas una conversación.

—Una conversación cualquiera no tiene ese efecto, esto me está oliendo a otra cosa, hazme caso, que tu madre te conoce y sabe cosas que tu no.

—Uf, no empieces, él es como máximo un amigo y ya está. Buenas noches.

—Buenas noches cariño... —Liliam subió a su habitación y cuando estaba lejos, oye que Lola susurra: —¡Ay! ... niñas, niñas ...

Al día siguiente Fernando la fue a recoger a la Universidad, a ver si lograba resolver las cosas con ella.

—Mi amor, ¿estamos bien?

—Creo que sí...

—¿Dormirás esta noche en mi casa?

—No, voy a la mía, yo puedo haber dejado pasar tus celos por esta vez, pero no fuerces la situación.

—¿Podemos por lo menos salir a comer juntos hoy?

—Perdona, pero ya he quedado con un amigo.

—¿Qué amigo?

—No lo conoces.

—Liliam...

—No empieces, ¿qué es lo que acabamos de decir?, estos celos exagerados tienen que acabar, y si tú realmente me quieres tendrías que, por lo menos, confiar en mí, si no confías no sé qué hacemos juntos, o cambias esta postura o se acaba lo nuestro, tú eliges, ya estoy harta de tus actitudes, no eras así antes, no me enamoré de ese tío que eres hoy.

—De acuerdo, tienes razón, es que según va pasando el tiempo me enamoro aún más de ti y el miedo de perderte también aumenta.

—Pero mi palabra debería bastar, ahora me tengo que ir, no quiero retrasarme, nos vemos mañana.

Lilium camina decidida y sorprendida por lo que había acabado de decir, ella simplemente explotó y se sintió aliviada por haber sacado todo fuera, ahora le gustaría que Fernando cambiará de postura, creía que aún había esperanza para su relación. Pero estaba equivocada, porque aquella misma tarde él la siguió y vio todo el «encuentro» desde la distancia. Ella llegó y se sentó junto a Axel en una mesa de una terraza; la rabia crecía en los ojos de Fernando siempre que la veía reírse a carcajadas, él no sé acordaba de cuándo la había visto reírse así con él, «hacía años», los celos se reconvierten en odio, y ese odio le lleva a un deseo intenso de matar a ese tío o a otro cualquiera que se cruce en su camino, nadie se la va a robar, eso no lo podía permitir. Sin embargo, Lilium lo ha visto, escondido detrás de un árbol, y fue cuando tomó una decisión, aquella relación no era saludable, era tóxica y desgastada para ambos, por eso se levantó sin pensarlo de la silla, caminó hacia él con determinación y una mirada de decepción, Axel aún no se había enterado muy bien de lo que estaba pasando, pero la siguió.

—Lilium, te lo puedo explicar, no es lo que parece.

—No quiero oír tus excusas más, ya no lo aguanto... —Ella podía estar decidida, pero aún era algo difícil de hacer, por lo tanto, no pudo controlar las lágrimas, aquello era muy triste, pero en el fondo sabía que era lo mejor —Yo no quería llegar a esto, pero no me das otra opción.

—No hagas eso, piensa en nosotros, voy a cambiar, te lo prometo.

—Tú me has prometido eso hace diez minutos y mira cuál fue tu comportamiento, por más que quiera creerte, sé que no cambiarás nunca y esta decisión la tomo pensando en nosotros dos, esta relación no puede seguir adelante, está contaminada, y yo ya no confío en ti. Perdona, pero esa es mi decisión la que tú mismo has generado, hemos terminado.

—¡Lilium, espera!... —Él intenta argumentar, pero ya era demasiado tarde, ella ya se había dado media vuelta y ni tuvo la molestia de mirar hacia atrás. Axel quiso hablar con ella, sin embargo, le pidió que la dejara sola, necesitaba estar sola, quería estar sola.

Venganza

Muchos tragos es la vida y un solo trago es la muerte.

Miguel Hernández

Liliam después de aquel día se alejó de todos, aún se sentía un poco dolida por cómo las cosas habían terminado con Fernando, solo iba de la universidad a casa y de casa a la universidad, y poco más, quería un tiempo para asimilar todo lo que había acabado de suceder. Sin embargo, Axel estaba preocupado por la ausencia de Liliam, por eso decidió buscar a su amiga Julia para saber si ella sabía algo.

—Hola, ¿eres Julia, la amiga de Liliam?

—Sí, ¿y cómo la conoces?

—Nos encontramos el otro día, pero después que cortó con Fernando ha desaparecido, estoy empezando a preocuparme y como no sé ni dónde vive, ni dónde estudia se me hace un poco difícil contactar con ella.

—Ella tampoco ha hablado conmigo, pero te puedo decir dónde estudia, es en la Facultad de Arquitectura.

—Muchas gracias.

—De nada.

Axel se dirigió al edificio de la Facultad de Arquitectura a ver si tenía la suerte de encontrar a Liliam, pero no lo logró. No obstante, no desistió y pasaba por allí casi todos los días después de su clase, hasta que un día la vio saliendo de la universidad cabizbaja y con un montón de libros en los brazos, ella ni siquiera notó su presencia, iba distraída, él la llamó.

—¡Liliam!

—Axel, ¿qué haces aquí?

—He venido a verte, ya que no me contestas al móvil.

—Lo siento, es que necesito alejarme de todo y de todos cuando estoy de bajón. Los problemas de la vida hay que ir capeándolos como se pueda, digo yo.

—Eso es lo peor que puedes hacer, los amigos no están solo para los buenos momentos, sino también para los malos. Estoy aquí para lo que necesites, ¿vale?

—De acuerdo, muchas gracias, creo que realmente necesito tener a un amigo como tú en este momento.

—Me alegro.

...

Los dos siguieron cultivando la amistad a lo largo de unos meses, hasta que Axel decidió tomar la iniciativa y le pidió que fuera su novia, aunque se besaban y se tenían cariño no había sido nada serio, fue algo casual que ocurrió en algunas fiestas, nada más que eso. Y él en ese momento con su petición quería dar un carácter más formal, y por eso la llevo a un lugar especial para dar más relevancia a aquel momento.

—Lili, sé que no nos conocemos hace mucho tiempo, pero yo, desde el primer momento sentí una conexión muy fuerte contigo, y creo que tú también la has notado ¿verdad? —Ella se ruboriza de puro nerviosismo, pero le contesta sin más.

—Sí.

—Pues entonces, ... te quería preguntar una cosa...

—¡Déjate de rodeos!

—Vale... ¿quieres ser mi novia?

—Me encantaría.

Así empezó la segunda historia de amor de Liliam, con quién después de dos años tuvo a su primera hija a los 22 años: Olimpia, y después de un tiempo, tuvo a Miguel. Sus vidas estuvieron llenas de alegría, tuvieron éxito en sus respectivas carreras y fueron conocidos por todo el país, como un juez notable y una arquitecta valorada, el nombre Velasco dejó huella en todos, por eso, cuando murieron, muchas personas hicieron acto de presencia en los actos funerales para presentar sus respetos.

...

El día del viaje de los niños llegó, y ahora la pareja gozaría de un tiempo para estar a solas, sin embargo, no duró mucho, porque después de aproximadamente una semana algo ocurrió: el día 3 de julio de 2005 a las tres de la tarde.

Alguien llama al timbre alegando ser el cartero, Liliam se dirige a la entrada para abrir la puerta, pero se sorprende al mirar por la mirilla, y se aleja, Axel se aproxima para saber qué es lo que está pasando:

—Mi amor, ¿algún problema? —Liliam sigue inmóvil, sin saber qué hacer, su corazón se ha disparado y ella no deja de retroceder. Axel quiere saber qué pasa y va a la puerta, pero ella le sujeta del brazo, mientras el «cartero» sigue tocando el timbre, hasta que llega un momento en el que el hombre misterioso fuerza la puerta y entra apuntándoles con un arma.

—¿Qué quieres?, puedes coger todo lo que quieras, pero no nos hagas daño, por favor, tenemos dos hijos pequeños. —Liliam no deja de implorar y llorar, llega a arrodillarse, se siente indefensa y amenazada, Axel se mantiene de pie con las manos en la cabeza superado por la situación, frente a aquel hombre que se mantenía enmascarado.

Después, cuando está seguro de que tenía el total control de aquella situación, el hombre se revela: es Fernando.

—¿Qué haréis ahora?

—¿Fernando?, ¿estás loco? —Liliam no cree lo que está viendo y Axel se queda perplejo.

—No, yo estoy súper consciente, porque tengo más claro que el agua lo que quiero...

—¿Qué es?

—Dos cosas muy sencillas: primero venganza. —hace un gesto señalando a Axel— El te separo de mi; segundo quiero que vuelvas a estar conmigo.

—Él no me alejo de ti, fuiste tú el que me perdiste por tu comportamiento, no culpes a otra persona, ¡asume tus errores! Y solo una loca volvería contigo.

—Entonces creo que no me dejas otra salida... tendré que tomar una decisión drástica. —Apunta el arma a Axel quitándole el seguro. —¿tienes algo que decir?

—¡Para Fernando, no hagas eso!

Liliam desbordada en llanto corre en dirección a Axel, él le mira atónito, después vuelve su mirada

hacia Fernando y se lanza hacia él, con la intención de desarmarlo, tras realizar esta maniobra, Liliam queda expuesta, el arma se dispara impactando en el pecho de ella, cayendo a los pies de Axel. Él se agacha y la coge. Mientras lucha para mantenerse viva, ella levanta una mano que acaricia en la mejilla de Axel y le sonríe mientras unas lágrimas surcan sus mejillas.

—Axel, te amo...

—¡Noooo!, ¿por qué has hecho esto?, él no quería hacerte daño, tú podrías vivir con nuestros hijos... ¿por qué? —Axel no es capaz de contener el llanto, no entiende por qué ella se ha sacrificado por él.

—Si tú mueres no conseguiría vivir después... —Su mano cae y resbala, la respiración cesa: ha muerto.

—¡No, Liliam!, despierta, no me dejes. —La desesperación le invade, se vuelve hacia Fernando, sus ojos brillan de odio.

Fernando no se mueve, no puede creer que mató al amor de su vida y se deja caer en el suelo llorando, pero no le frena, levanta la mano que tiembla ostensiblemente y vuelve a disparar, Axel cae, finalizando lo que había ido a hacer... Se queda en shock, pasados unos instantes se levanta, yendo hacia Liliam, la abraza, no pudiendo controlar el llanto.

—Lo siento, lo siento, no quería que esto hubiera pasado, yo te amo... ¡No!, ¿qué he hecho?, ¿qué he hecho?

...

Liliam y Axel han tenido un final trágico, pero vivieron un largo tiempo juntos, quince años... y como ratificaron en su boda: «hasta que la muerte nos separe», en este caso, siguieron juntos por toda la eternidad.

Y es así como una historia de amor se convierte en una gran tragedia. «El mal es dulce al principio, pero amargo al final».

Enmascaramiento

¡Qué gran credulidad la de los embusteros!, incluso creen que son creídos.

Khorr

Ramón pasea por la acera de enfrente del teatro, trata de relajarse, pero apenas lo consigue, su plan ha de funcionar, al girar sobre sus pasos ve por el rabillo del ojo que Olimpia sale por una de las puertas, hace un gesto de fastidio cuando ve que la acompaña el inspector, con eso no cantaba, pero bien pensado puede que sea una ventaja; cruza la calle, situándose a pocos metros de ambos.

—¿Qué te apetece hacer?

—¿No te acuerdas?, te avise que esta noche celebramos el cumpleaños de Lola en casa.

—Tienes razón, no debí de archivar bien el mensaje.

—¿Algún problema?

—Para nada.

Cuando se disponen a ir hacia el metro, escuchan a pocos metros voces airadas, voces que piden ayuda y una mujer que pide socorro a gritos, «se van a matar»; Héctor se apresura hacia el tumulto que se ha formado en un momento, se abre paso a empujones, descubriendo en el suelo al hijo de Fernando y encima de él un tipo que le propina puñetazos sin tregua; los separa, o más bien le quita de encima al agresor, que nada más que se incorpora sale corriendo a toda velocidad.

Héctor duda, pero aparca la persecución en favor de echar una mano a Ramón que no presenta muy buen aspecto.

—¿Que ha pasado?, ¿quién era ese? —Ni idea, se ha abalanzado sobre mí sin mediar palabra. — Una ceja sangra profusamente, y el ojo ya morado se ha cerrado casi por completo.

—Tendríamos que acercarnos a urgencias, esa ceja necesita puntos dice Olimpia.

—Tienes razón Olimpia, quédate con él que voy a parar un taxi.

—¿De verdad no sabes quién era ese tipo?

—Para nada.

Cuando Ramón habla hace un gesto de dolor, se ha incorporado con dificultad, Olimpia lo sujeta, el presiona un pañuelo que le ha dado el inspector en la ceja, es la primera vez que tiene tan cerca a Olimpia, le llega el aroma de su piel fresca, tiene que hacer un esfuerzo por ocultar su gozo.

—Listo, vamos, el taxi nos espera.

—Se suben, Héctor se acomoda junto al conductor y le da la dirección del Jiménez Díaz, detrás Ramón no para de fantasear con ella, ¡la tiene tan cerca!, no obstante, de vez en cuando hace un gesto de dolor, lo que hace que ella se muestre más solícita y le preste toda su atención.

En la sala de espera están Héctor y Olimpia, mientras atienden a Ramón.

—Qué raro todo, ¿no?

—Quizás fuera un atracador.

—Lo dudo Olimpia, ese tío lo quería machacar, ¿por qué?, váyase a saber, Ramón insiste en que no lo conocía, cuando terminen la cura quiero hablar un rato a solas con él, si no te importa inventarte una disculpa, ya sabes, ir al baño, buscar agua...

—No te preocupes, y hablando del tema, por ahí viene, me voy.

—¿Qué tal Ramón?, ¿mejor?

—No ha sido nada, lo que pasa, que un poco escandaloso si que es. Tengo que decirle una cosa inspector, ahora que no está Olimpia.

—¿De que se trata?

—El tipo, el que me ha atacado, no paraba de proferir amenazas contra ella, Olimpia.

—¿Qué dices?, ¿qué es lo que ha dicho?

—Eran frases sueltas, el sabrá que mi padre trabaja en el teatro, decía que no iba a quedar nadie, que solo era cuestión de tiempo y mentaba a Olimpia, Arturo, Manuel..., era como si quisiera que yo fuera el que debiera dar la alerta, eso sí, no entiendo porque se ha liado a hostias conmigo, siempre se ha dicho que no se debe matar al mensajero.

—En eso tienes razón, gracias por tu información, creo que es de gran ayuda y esclarecedora.

—Ya estás aquí, ¿cómo te encuentras?

—Bien, he llegado justo cuando tu te ibas.

—¿Qué hacemos ahora?

—Llevamos a Ramón a su casa.

—No, de ninguna manera, ya pillo un taxi y ya.

—¿Seguro?, ¿y si te mareas o algo así?

—Tranquila Olimpia, de verdad que estoy bien.

Salen del Hospital, y en la plaza de Cristo Rey paran un taxi al que sube Ramón, le ven alejarse.

—¿Te ha contado algo más?

—Pues sí.

De camino a casa, Héctor le refiere la conversación que han mantenido, cuando Olimpia le escucha, se queda atónita.

—¿Y que vamos hacer ahora?

—Dirás, que voy hacer ahora.

—Si señor inspector, tienes razón, pobre chico que tunda le han dado, me da una pena..., ya lo puedes sacar de la lista de sospechosos, me imagino la cara que va a poner Fernando cuando le vea.

...

El taxi baja por Princesa al llegar a la Plaza España frena, Ramón se apea y a buen paso se dirige a la estación de Príncipe Pío y entra en el centro comercial dirigiéndose a la segunda planta.

—Llevo una hora esperando.

—Te has pasado tío, no hacía falta que te pusieras tan bestia, me han llevado al hospital y todo.

—No te quejes, yo soy un profesional, y venga la pasta que tengo prisa. La próxima vez que quieras que te zurre avisa si flojo o fuerte.

—No va haber próxima vez tío, ten tu dinero.

—¿Me invitas a una caña?

—Y una mierda, ¿no decías que tenías prisa?

El hombre suelta una carcajada más parecida a un gruñido, se mete el dinero en el bolsillo del vaquero y se aleja con andares chulescos.

—Ya sabes, si me necesitas de nuevo me llamas, este tipo de trabajos son rentables —nuevamente ríe.

Ramón se palpa el ojo dolorido por el que no ve nada, echa andar, maquinando la historia que le contará a su padre cuando le eche el ojo encima y le vea así.

...

Olimpia y Héctor suben en el ascensor.

—No le comentes nada a Lola de lo sucedido, ya bastante preocupada está.

—De acuerdo, además ahora vamos de fiesta, ¿no es así?

Al entrar en casa comprueban que son los últimos en llegar, pero nadie se lo recrimina. Tras la cena, y después de apagar la única vela que ha permitido Lola, se reúnen en la sala y conversan hasta bien entrada la noche. Los regalos que ha recibido Lola reposan en la mesa, todos se meten con todos por las adquisiciones realizadas, pero con los que Lola está encantada.

Chantaje emocional

La felicidad: un placer compartido con otra persona.

J. Dolent

—¿No tienes ensayo esta mañana?

—No abuela, hoy el director quiere trabajar solo con los suplentes.

—¿Eso quiere decir que comes aquí?

—Por supuesto, ¿te apetece que haga yo unas tortillas de patatas de esas que uno se chupa los dedos?

—Estaría bien, ponte de acuerdo con tu hermano y lo organizáis vosotros dos.

—¿Y tú?

—Yo hoy libro, ¿te parece mal?

—Para nada, pero es que como la cocina para ti es sagrada... ¿Nos vas a dejar a nuestra bola?

—Totalmente, yo quiero encerrarme en el despacho y terminar el cuadro, el tiempo vuela y el cumpleaños de Raúl ya está aquí mismo.

—¿Puedo estar contigo?, yo quiero leer, ¿te importa?

—¿Que estas leyendo?

—Americanah de Chimanda Ngozi Adichíe

—¿Quien?

Olimpia le hace un breve resumen de la autora y su obra.

—Parece interesante.

—¿Quieres que te lea mientras pintas?, yo te hago un resumen de lo que llevo, es un libro, creo, que se puede...

—Ya, venga, no te enrolles, de acuerdo, te dejo que me leas.

—Que cara tienes abuela, parece como si me hicieras un favor.

—Y así es, podrás practicar la declamación, ¿no?

Las dos se echan a reír. Parte de la mañana, las dos permanecen enclaustradas en el despacho, Olimpia ha leído un rato en voz alta, pero las constantes preguntas de Lola hacen casi imposible continuar...

—Abuela, ¿me dejas que te ayude?

—Lo sabía, lo de la lectura era una excusa..., vale, pero haces lo que yo te indique, que ya está casi terminado, no la vayamos a pifiar a última hora.

—De acuerdo..., pide por esa boca, estoy lista.

—¿Ves este tono?, pues lo quiero igual.

—Marchando una de tono tostado.

—Oye niña, ¿que te traes con el inspector?, a mi me parece que os miráis de una manera...

—Esto también lo sabía yo, te has cargado la lectura aposta para cotillear.

—Pues no, pero...

—Te mueres por saber.

—Eso sí, así que desembucha.

—No hay nada serio, solo hemos iniciado... no sé ni cómo llamarlo, a mi me gusta, y es recíproco, pero no podemos decir nada hasta que todo esto termine.

—Eso es lógico, le podrían separar del caso.

—Que puesta estas; ¡Huy!, es tardísimo, me voy hacer la comida. que está al caer Miguel.

—Ya, pero esta conversación aún no ha acabado.

Olimpia sale del despacho y se dirige a la cocina, en ese momento entra Miguel.

—Hola hermanito, suelta los cachivaches y a la cocina, hoy vamos de chefs.

—De acuerdo, pero quiero tortilla de patatas.

—Era lo pensado, tu pelas y picas y yo ponga el broche de oro.

—Hecho.

Miguel se dirige a su habitación, deja la mochila y se cambia de camiseta, para después ir presto a la cocina.

—¡Anda!, si te has cambiado.

—Era por si acaso, prefiero esta camiseta vieja.

—Ponte un delantal y así no habrá problemas.

Tras anudar el delantal a Miguel a ambos se enfrascan en picar patatas, cebolla, batir huevos y cuando todo está encaminado, Olimpia, que previamente ha preparado todos los ingredientes le sugiere a su hermano que vaya preparando la ensalada mientras ella cuaja las tortillas. No han parado de hablar en todo el rato.

—Hermanita... ¿qué me cuentas de Héctor?

—¡Tú también!

—Pero si es un secreto a voces, se ve tía, se ve a una legua.

—¿Que se ve?, a ver..., listillo.

—A dos tortolitos, que aletean las pestañas con más frecuencia de lo normal —dice Lola que entra en ese momento.

—Y tú, ¿qué haces aquí?, no decías que hoy librabas, abuela. No lo puede remediar, ¿verdad Miguel?

—Tranqui, Oli, tú haz como si no estuviera, la pobre debe de pensar que estamos destrozando su cocina y que se la dejaremos llena de churretes.

—¿Qué es eso de hablar de mi como si no estuviera?

—Se llama, «hacernos los locos», y ya que parece que tú si que has terminado, te toca poner la mesa.

—De eso nada, cuando libro, libro y yo me sentaré a mesa puesta como una señorona.

Ya sentados los tres, entorno a la mesa, continúan las puyas a Olimpia por parte de ambos con el tema «Héctor».

—Tú Miguel, sigue metiéndote conmigo, ya veras, cuando te aleteen las pestañas y suspires, te voy hacer la vida imposible.

—Chicos, haya paz.

—No te preocupes abuela, solo son fantasmadas de enamorada.

—Bueno..., mucho pedir y aquí nadie dice nada, solo zampar y zampar...

—Si Oli, están deliciosas, y la ensalada una pasada Miguel, vamos que estoy planteando librar todos los días.

—Vale abuela, yo mañana hago las «super-hamburguesas», ¿puedo?

—Sí Miguel, no faltaba más, aunque con estos menús que os montáis nos vamos a poner redondos.

Tras la comida, recogen, Olimpia comienza a prepararse para ir al teatro, aunque hasta la hora de la representación no tiene que estar allí, pero le apetece ver los ensayos de primera hora de la tarde y ver si anda por allí Héctor.

Ha bajado a los camerinos, ha charlado con unos y otros y cuando se dirige al patio de butacas pasa por el hall principal, y a quien se encuentra es a Ramón.

—Hola Ramón, ¿como estas?

—Bien, bien, he venido a traerle el móvil a mi padre que lo olvidó en casa, tú no tienes ensayos ¿verdad?, ¿te apetece ir a tomar algo?

Olimpia duda, pero quiere de alguna manera resarcir al pobre chico por la tunda que le dieron.

—De acuerdo.

No obstante, Oli mira en su entorno, Héctor no está. Salen del teatro, Ramón no para de hablar, a ella le cuesta seguir su plática que da saltos de un tema a otro. Entran en un café.

—¿Nos sentamos?

—Vale, pero no puedo estar mucho tiempo

—Sí, sí, lo entiendo.

El pide un carajillo y ella un té negro.

—¿Que te dijo tu padre?

—Imagínate, no me creyó ni una palabra, los padres a veces se ponen..., vamos, que no hay quien los aguante.

—Yo no opino igual, ellos tienen que jugar su papel y lo normal es que a veces, pues eso, no haya entendimiento.

—Mi caso debe ser extremo, nunca lo hay.

—Pues tendrías que hacértelo ver, una relación del tipo que sea es cuestión de dos, y si no funciona, ambos son responsables.

—Eso es teoría, ¿te pasa algo con tu novio?

Olimpia da un respingo, este chico...

—No, no me pasa porque no tengo novio; pero si me pasara, yo sería corresponsable.

—Eso se arregla si el tipo del que te enamoras te tratará como a su reina y besará el suelo por donde tú pasas.

—¡Huy!, suena a cuento romántico, nada real.

—Pues yo a mi enamorada la trataré así.

—Entonces tú sí que tienes novia.

—No, o mejor dicho sí, pero ella aún no lo sabe.

—Eso no puede ser, o la tienes o no la tienes.

—Tienes razón, pero no pasa nada en poco tiempo ella también lo sabrá, te lo aseguro.

Olimpia no se siente cómoda con el tono que va tomando la conversación, se da cuenta que el timbre de voz de Ramón es cada vez más seductor y su lenguaje corporal es sumamente insinuante, por ello mira el reloj con descaro.

—Lo siento Ramón, pero es que me tengo que ir, tú quédate, no tengas prisa.

Se despiden, Olimpia se apresura, a ponerse en pie, esquivo las intenciones de Ramón que pretendía darle un beso. No sabe bien que es, pero hay algo en él que no termina de convencerle.

Secuestro - Cautiverio

Nadie aprende, nadie aspira, nadie enseña a soportar la soledad

Nietzsche

Otro día más de trabajo que finaliza y en el teatro solo están Olimpia, Candela y Fernando que andará por ahí, como siempre, ellas están terminando los preparativos finales, como arreglar el camarín, quitarse el vestuario y etc.

—Candela, te puedes ir, ya termino yo lo que falta.

—¿Estás segura?, ¿no quieres que te espere?

—Tranquila, sé que tienes que irte a casa.

—De acuerdo, nos vemos mañana.

Candela se dirige a la salida del teatro mientras Olimpia se toma su tiempo para terminar de hacerlo todo con tranquilidad. Cuando está todo listo, ella sale del camarín, apaga las luces y camina por los pasillos oscuros, por eso utiliza su teléfono como linterna para moverse hacia la salida con más facilidad. En su trayecto oye algo, como pasos, y de forma refleja frena, pero no ve a nadie, continua su camino como si nada hubiera escuchado.

Cuando está a diez pasos de la salida guarda su móvil en el bolsillo del pantalón, respira hondo algo aliviada por haber logrado salir de aquel laberinto en la oscuridad, ya que creía conocer los entresijos del teatro. Cuando está apunto de salir quiere gritar, pero es inútil, alguien le ha tapado la boca con un trapo impregnado en algún tipo de producto, todo ante su vista se va desvaneciendo.

Después de unas horas, Olimpia se despierta un poco atontada y en cuanto recupera totalmente la consciencia observa el entorno. Está oscuro, pero parece un sótano muy polvoriento y pequeño. Ella intenta levantarse, pero se da cuenta de que tiene las manos y piernas atadas a una silla, cuando está intentando desatarse, escucha pasos yendo en su dirección, al mirar hacia la puerta ve a una persona enmascarada, que coge una silla y la pone delante de Olimpia. Se sienta apoyando los codos en las piernas, cerrando las manos, dejando descansar la cabeza en ellas, la mira con una mirada penetrante.

—¿Quién eres?, ¿eres el que está...?

—Puede... —Su voz está «robotizada», utiliza un dispositivo para cambiar su timbre.

—¿Qué quieres?

—Quiero que sepas que yo no soy el malo de esta historia.

—¿Cómo que no?

—Porque todo lo que hago es por ti, porque te amo.

—¿A eso lo llamas amor?

—Te lo explicare, pero antes necesito hacerte una pregunta, ¿sabes cómo murieron tus padres?

—Sí, fueron asesinados.

—Ya, pero eso no es toda la historia. Yo sé quién los mató, y las razones que tenía el asesino. —Una expresión de espanto se instala en la cara de Olimpia, ¿como aquel hombre podría tener toda esa información?, será que él...

—¿Los mataste tú?

—Ja, ja, ja, ¡no! Yo no soy tan viejo.

—¿Entonces quién fue?

—No te puedo dar muchos detalles, porque con solo un mal paso que de, puedo mandar todo a la mierda.

—Si no me vas a contar nada, ¿por qué has empezado a hablar de este tema?

—Tranquila, ya llegaré al fondo. No te diré quién fue, sino los motivos. Él nunca quiso matar a tu madre, pero ella por salvar a tu padre, saltó delante de él, no sirvió de mucho, porque después él lo mató también. Ese hombre buscaba venganza y quería a tu padre muerto.

—Eso no me dice nada.

—Es lo mismo, él lo hizo todo por amor, como yo ahora, pero con una pequeña diferencia Olimpia, yo jamás te hare daño, te amo hace tiempo.

—Sí tú estás enamorado de mí, como dices, ¿no sería más sencillo acercarte a mí como una persona normal?

—Es que a mí no me gusta las incertidumbres y voy a lo seguro.

—Y ahora, ¿qué harás conmigo?

—No te preocupes, tú estarás a salvo de lo que está por venir.

—¿Qué es?

—Ah, no quiero estropear la sorpresa. Pero mientras estés aquí no te pasará nada, ahora dime, ¿tienes hambre?, porque hoy dormirás aquí.

—No quiero nada de un lunático.

—Dices eso ahora, pero ya cambiarás de idea, ya verás. —Se levanta y se dirige hacia la salida, pero antes de cruzar el umbral, se gira para mirarla. —De cualquier manera, te traeré algo de comer.

Olimpia mantiene la calma, necesita pensar: ¿dónde podría estar?, ¿cuándo su familia la echara de menos?, ..., son tantas preguntas que la cabeza le bombea, pero ahora tiene que buscar una forma de huir; prueba alcanzar su móvil del bolsillo, pero en ese momento él regresa y Olimpia intenta mantener las apariencias.

—¿Crees que soy un amateur? Te quité el móvil hace tiempo. —Lo dice mientras se lo enseña. —Aquí tienes una hamburguesa y un refresco para acompañarla, voy a aflojar un poco tu mano derecha para que puedas comer, y no pienses que lograrás huir, porque yo estaré al otro lado de la puerta, no hagas ninguna tontería, por favor.

El hombre sale dejándolo todo sobre las piernas de Olimpia, ella aún no sabe qué hacer, pero no va a actuar sin medir las consecuencias, lo que ella necesita es un plan. Mientras tanto comienza a comer, no quería admitirlo, pero tenía mucha hambre. Cuando queda satisfecha deja caer al suelo el embalaje, apoya la espalda en la silla buscando una manera más cómoda para descansar y quizás dormir, tal vez todo aquello fuera apenas un sueño, lo que en el fondo desearía.

...

El día amanece, Miguel se despierta y se va a la cocina, donde ya está Lola, preparando el desayuno.

—¿Y Olimpia?, ¿aún sigue durmiendo?

—No lo sé, no la he visto hoy, ni tampoco ayer, debió de llegar tarde.

—Voy a su habitación a llamarla.

Miguel sube las escaleras de dos en dos, al llegar golpea la puerta, sin obtener ninguna respuesta, entra.

—Hermanita, venga... hay que levantarse.

Se detiene al ver que la cama está hecha y que no hay ninguna señal de que Olimpia hubiera vuelto a casa anoche, baja corriendo para hablar con su abuela.

—¡Abuela!, no está, y la cama está sin deshacer.

—Qué raro, ¿habrá salido más pronto? o ¿habrá dormido fuera?, mejor llamarla y si no coge hablamos con Héctor, tal vez él sepa algo.

Lola coge el teléfono y llama, pero no obtiene ninguna respuesta, no quiere empezar a preocuparse con antelación, como le pasa a Miguel, que ya está histérico, por eso llama al inspector.

—¿Sí?

—Héctor, soy Lola, por casualidad, ¿sabrías decirme algo de Olimpia?

—No, ¿por?, ¿ha pasado algo?

—Es que no conseguimos contactar con ella, y al parecer no regreso a casa ayer...

—¡Ya está bien!, no sé cómo es que estás tan tranquila abuela, pero yo no puedo seguir esperando sin más, voy a rastrear su móvil y punto.

Miguel se levanta de la silla un tanto bruscamente y va hacia su ordenador, a través de una aplicación que comparte con su hermana, conseguían ver dónde estaba el otro, en cuanto tiene una respuesta vuelve a la cocina más tranquilo y respira:

—Ya sé dónde está.

—Qué cachondo eres, tanto ruido por nada...

—Lola, lola, ¿sigues ahí? —Es el inspector que seguía al teléfono.

—Perdona Héctor, se me había olvidado de que seguías ahí.

—Tranquila, pero es que decías que Olimpia...

—No nada, es que no teníamos ni idea de donde estaba, pero ahora ya lo sabemos.

—¿Y dónde está?

—Miguel, ¿dónde está?

—Es de lo más raro, está en el teatro. —Lola pone la llamada en manos libres para facilitar la comunicación entre los tres.

—¿Por qué es raro?, ese teatro es como su segunda casa para ella.

—Ya, pero hasta donde sé, ¿no es muy pronto para que esté abierto?

—Puede que ella haya dejado su móvil allí

—Pero si es así, aún no sabemos donde está y ...

—¿Por qué los dos no respiráis un poco?, yo me encargo de todo, voy al teatro a averiguar y os mantendré informados, ¿de acuerdo?

—Vale, lo dejamos en tus manos.

—En cuanto termine mis clases espero que tengamos una respuesta, sino me encontraré contigo y pensamos en algo.

—De acuerdo.

Cuelga, Lola no trasluce ninguna preocupación, mientras Miguel está explotando por dentro, no puede perder a su hermana, sería mucho. No es capaz de concentrarse en clase, es mucha información para procesar, aquello no le olía nada bien, él sabía que algo le había pasado a su hermana, incluso porque el «lunático» está desde el principio detrás de ella.

Héctor como ha prometido va al teatro y allí se encuentra a Manuel:

—Buenos días, ¿Está Olimpia?

—No, no ha aparecido en los ensayos hoy, algo muy anormal, nunca falta, después la llamaré a ver si está bien.

—Me han llamado desde su casa y al parecer no ha dormido allí, voy a su camarín, después hablamos.

Héctor ahora necesitaba averiguar otra cosa, el móvil, lo tendría que buscar, por eso se va al camarín de Olimpia, y encuentra a Candela.

—Candela, ¿qué haces aquí?, ¿no vienes solo por la noche?

—Sí, pero me llamó Lola y me quedé preocupada, creo que es culpa mía. —Se sienta en la silla, esconde el rostro entre sus manos para sofocar las lágrimas, Héctor se arrodilla a su lado para consolarla.

—Tranquila Candela, no nos precipitemos en las conclusiones, antes de nada, ¿has visto el móvil de Olimpia por aquí?

—No, ella nunca lo olvida.

—Muy bien, ahora cuéntame qué es lo que te preocupa, ¿por qué dices que la culpa es tuya?

—Ayer, ... la dejé sola aquí, ya era tarde y me tenía que ir, entonces ella me dijo que me fuera sin problemas, y yo me fui, como una tonta...

—Vale... no desesperes, tengo información de que ella puede seguir estando en el teatro, o por lo menos su móvil, pero como me dijiste que ella nunca lo olvida, hay dos posibilidades: o ella está por aquí o si alguien cogió su móvil, él es el que está aquí. No te preocupes, voy a llamar a mis compañeros para que inicien la búsqueda.

—Eso no va a servir de mucho, a no ser que lo que quieras es que se pierdan por ahí. —Dice Beatriz que se encuentra parada en la puerta. —La única posibilidad que tienes de encontrarla es que nosotros la busquemos, porque nadie conoce esos pasillos mejor que nosotros.

—Tal vez tengas razón, pero tendré que hablar con Manuel.

—Ya hablo yo con él, vosotros dos podéis empezar a buscarla.

—Muchas gracias; Candela, ¿vamos?, porque sin ti, sera como buscar una aguja en un pajar.

—Sí, vámonos.

Los dos se levantan y marchan por los pasillos, yendo de puerta en puerta.

Perspicacia

Valiente es aquel que no toma nota de su miedo.

G. Patton

Olimpia se despierta con el ruido de la puerta y una tenue claridad entra desde fuera al pequeño recinto.

—Buenos días mi reina, ¿cómo has dormido? —Ella extraña lo de “mi reina”, ya escuchó aquello antes, ¿pero de quien?... piensa...

—¿Qué crees?, mírame cómo estoy, atada a una silla de madera sin poder moverme, tengo las espaldas hechas un cristo... ¿Cuándo me soltarás?

—Lo siento, ¿te hago un masaje?, así a lo mejor...

—¡No!, lo que quiero son respuestas concretas.

—Todo a su tiempo, ahora lo que podemos hacer es divertirnos un poco...

Él se acerca a ella, le recoge el pelo, alejándolo de su cara, empieza a acariciarle la mejilla, se levanta un poco el pasamontañas y la besa en el cuello y llega a la boca, pero Olimpia gira la cara bruscamente, no antes de haberse fijado en el lunar que tiene en la mejilla derecha, necesita recordar todos los detalles posibles.

—No te preocupes, no haré nada impropio sin tu permiso, si quisiera haber echo algo así, lo habría hecho mientras estabas inconsciente.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Poder, puedes, pero no sé si te la podré contestar.

—Dices que me amas... ¿nos conocemos personalmente?, si es, si, ¿desde cuanto tiempo nos conocemos? y ¿porqué me amas?

—Fueron tres preguntas, pero te las contestaré. Sí, nos conocemos. Yo crecí oyendo historias de tu familia, tuvieron un final trágico, eran famosos, quise saber algo sobre sus hijos, de como estarían viviendo ese drama, y fue así como te conocí, creo que me enamore a primera vista, te observaba, te vi realizar tu sueño de ser actriz, hasta eres protagonista de una obra, y con cada detalle de tu vida hacía que mi amor por ti creciera aún más, amo tu sonrisa, tu piel clara, ese pelo rizado pelirrojo y esos ojos verdes que me fascinan, y por supuesto tu personalidad, se que tienes una alma generosa y noble.

—Creo que hablas de otra persona, porque yo no soy esa, el amor te está cegando.

—Mis ojos no me engañan.

—Me gusta la manera con la que me ves, ¿pero no crees que estás exagerando mucho? Hablas de un amor que ni siquiera sabes si será correspondido.

—Por ti vale arriesgarse.

—¿Y qué pasará si no te acepto?, ¿matarás a todo dios para conseguirme?

—A eso no se contestarte, creo que dependerá mucho del estado emocional del momento.

—Deberías ir a un psicólogo.

—Soy consciente de las consecuencias.

—¿Pero estás listo para afrontarlas?

—Supongo.

—Entonces no eres del tipo que dice: «Si ella no es mía no será de nadie»

—No.

—¿Aceptaras mi felicidad, aunque no sea a tu lado?

—Lo intentaría.

—Si piensas así, nada de lo que haces tiene mucho sentido.

—Ya te he dicho, que no me gustan las cosas sencillas, quiero que veas todo lo que soy capaz de hacer por ti, hasta matar, para poder tenerte a mí lado.

—Una manera un poco loca de demostrar tu amor, pero bueno...

—Estuvo bien la charla, pero ahora me tengo que ir.

—Antes de que te vayas, quería ir al baño.

—No puedes salir del recinto, pero te soltaré, hay un cubo allí, lo puedes usar.

—Gracias.

—Cuando termines me llamas, estaré al otro lado de la puerta.

—De acuerdo... Listo —Él vuelve a entrar. —Ya lo sé, me atarás de nuevo...

—No me queda más remedio.

...

El personal del teatro seguía buscándola, pero nadie encontró una pista. Las clases de Miguel ya habían terminado, y se dirigió al teatro, con la aplicación de rastreo podría usarla de nuevo para encontrar a ella o al móvil. Al llegar ve a Héctor en la entrada.

—Te estaba esperando, me alegro de que estés aquí.

—Ven conmigo. —Ha abierto la aplicación y vigila la pantalla, se da cuenta que la persona que tiene el móvil se está moviendo, y está dentro.

Se encaminan a los sótanos y siguen el movimiento del teléfono hasta que lo encuentran, están justo detrás de él, lleva una capucha, y parece haber notado la presencia de Miguel y Héctor, porque acelera el paso saliendo por la puerta trasera del teatro, y cuando los dos salen a la calle no le ven, pero la aplicación les indica que está allí, por eso miran hacia abajo, y ven el móvil en el suelo, aquel tipo era más listo de lo que ellos pensaban. Ahora han perdido todas las oportunidades que tenían, vuelven al principio, deciden regresar al camarín para ver si se habían dejado pasar algo.

...

Olimpia, mientras esta sola, observa todo el entorno, ve un trozo de cristal en el suelo, lo coge y lo esconde entre la ropa, lo podría usar para cortar las cuerdas y así lo hizo, debe de haber tardado horas, pero por fin estaba libre, ahora solo quedaba salir de aquel lugar. Camina de puntillas, se dirige hacia la puerta, pone el oído en ella por ver si escucha algo, como no oye nada, sale, y se sorprende al ver que seguía en el teatro, aprovecha que no ve a nadie y sube corriendo a su camarín, al llegar abre la puerta, la cierra tras ella y se deja caer en el suelo, cierra los ojos con fuerza y trata de controlar la respiración.

—¿Olimpia?

—Héctor, Miguel, ¿qué hacéis aquí?

—Buscándote, ¿dónde te has metido? —Le dice su hermano.

—¿Dónde estabas? —dice Héctor. —El personal del teatro y yo te estuvimos buscando toda la mañana.

—Estaba en el sótano encerrada y creo que pocas personas conocen ese lugar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ayer alguien me secuestró, llevaba un pasamontañas y un distorsionador de voz, me drogo y cuando desperté estaba en una habitación oscura, es ahora cuando me he enterado que estaba en los sótanos del teatro. Él me habla de mis padres y de las razones de su muerte, según me conto fue por amor, y que él hacía lo mismo, pero la diferencia es que no me iba a matar, y algo importante me fije que tenía un lunar en la mejilla derecha cerca de la boca.

—¿Cómo sabes tú eso? —Le pregunta Miguel

—Porque en un momento se le desplazo el pasamontaña.

—Nos podemos ir a casa, necesito una ducha caliente y una cama urgentemente. Está noche fue un infierno para mi.

—Pero como has logrado escapar, le pregunta el inspector.

Olimpia le narra lo sucedido con todo tipo de detalles.

—Olimpia, ahora tú no podrás estar sola en ningún momento.

—De acuerdo.

...

Miguel y Olimpia cogen el coche y se van a casa.

—Por cierto, toma tu móvil.

—¿Cómo lo encontraste?

—Larga historia, ahora es mejor que llames a la abuela.

—Tienes razón, debe de estar preocupada... ¿Abuela?

—Olimpia, ¿estás bien mi niña?

—Sí, ya estamos yendo a casa.

—De acuerdo, os espero.

Ellos llegan y lo primero que hace Olimpia es ducharse, mientras el agua cae por su espalda, reflexiona sobre todo lo que ha pasado, la manera como el secuestrador se abrió con ella, lo que el hombre afirmó que estaba por venir o lo que le contó de sus padres, tiene que hablar con su abuela del tema, y preguntar por las antiguas relaciones amorosas de su madre.

Puzzle completo

No procuro conocer las preguntas, procuro conocer las respuestas

Confucio

Olimpia continúa tumbada en la cama mirando hacia el techo estrellado, aún no cree que fuera secuestrada, pero ahora estando más tranquila, empieza a pensar y juntar todas las piezas de información que había recolectado, como: «mi reina», el lunar, la altura y estructura corporal del hombre. Tiene en la punta de la lengua el nombre, pero está como obtusa, se dice así misma: «estaba oscuro, estoy viendo cosas, debe ser las ideas de Beatriz que he archivado en mi cabeza, todo tonterías», porque en el fondo hay algo que no cuadra, el atentado a Ramón, por eso decide averiguar para estar al cien por cien segura. Y empezará hablando con Lola sobre su madre.

Baja las escaleras un tanto soñolienta aún, hoy no tiene que ir al teatro, porque el director le ordeno que se quedará en casa, por lo que aprovecho para dormir un poco más.

—¡Abuela!, ¿dónde estás?

—¡Aquí! —Está en el despacho dando los toques finales del cuadro.

—¿Podemos hablar?

—Claro cariño, ¿estás bien?

—Sí, pero yo necesito saber algunas cosas de mamá relacionadas sobre su vida amorosa.

—¿Y eso por qué?

—Es complicado, ¿pero me lo podrías contar?

—Sí, pero ya te digo, tu madre no tuvo muchos novios, por lo menos, que yo sepa, solo hubo dos que fueron serios, tu padre y Fernando.

—¿Fernando?

—Sí, ellos se conocieron en la primaria, estaban muy unidos, después perdieron el contacto, pero en la universidad se encontraron de nuevo, ahí se hicieron novios, estuvieron dos años juntos, hasta que apareció tu padre.

—Espera, ¿mi madre conoció a mi padre estando aún con Fernando?

—Sí.

—¿Pero no me dijiste que cuando le conoció no paraba de hablar de él?

—Y así fue.

—Que lio.

—Ya, yo hasta creía que ellos habían cortado, porque tu madre dormía en casa de Fernando, y cuando volvía a casa es porque estaban peleados, pero aquel día llegó con una sonrisa en el rostro... y al día siguiente habían terminado, parece que Fernando la siguió y ella lo vio, después de ese día se alejó de todos, hasta que un día Axel fue tras ella para saber cómo estaba, tardaron unos dos meses para que estuvieran juntos como pareja.

—Que raro, ¿te acuerdas del apellido de Fernando?

—Si no me equivoco es Giménez.

—Fernando Giménez... ya he oído ese nombre...

—Niña, ¿seguro que estás bien?

—Sí abuela, muchas gracias por la información, pero ahora tengo que irme.

—¿Adónde vas?, hoy libras.

—Ya, pero tengo que ir al teatro, se me olvidó algo allí.

Olimpia siente que todas las piezas van encajando, pero, aunque estuviera en lo cierto, no tiene ninguna prueba concreta, por eso necesita confrontar su hipótesis con Fernando. No sabe si está pensando con claridad, ha tomado una decisión y no hay quien la haga cambiar de idea, por eso se viste y se encamina al metro. Al llegar a la puerta del teatro choca con un rostro conocido.

—¿Inspector?, ¿qué haces aquí?... ¡ah!, ya sé... Lola.

—Me llamó, me dijo que estabas muy rara, ¿sé puede saber lo que se te pasa por esa cabeza?

—Nada. Solo vine a comprobar una cosa.

—¿Puedo saber que es?

—Creo que mi respuesta no importará mucho, me seguirás de cualquier manera.

—¿Que puedo hacer?, es mi trabajo.

Olimpia no pierde el tiempo en contestarle, pasa a su lado siguiendo su camino, ignorando su presencia.

—Olimpia, ¿puedes parar un poco?

Ella sigue caminando sin más, entonces él la coge del brazo, la atrae hacia sí y le da un beso.

—¿Porque has hecho eso?, ¿estás loco? y ¿si alguien nos viera?

—No me importa, te veo muy acelerada, tu corazón va a mil por hora y ese beso ha sido para que te tranquilices.

—Perdóname, es que mi cabeza está... tengo que confirmar una cosa con Fernando.

—¿Porque no me cuentas lo que ocurre?

—Es que no tengo ninguna prueba, por eso quiero comprobar algo.

—De acuerdo, te acompaño, pero a paso normal, por favor.

—De acuerdo.

Caminan por los pasillos, y pasan cerca de donde Olimpia estuvo encerrada un día, ahora hay una banda policial en la puerta, de aquellas amarillas súper extravagantes, ella se detiene.

—Está clausurado, al fin y al cabo, se trata del lugar de unos hechos que constituyen por sí una prueba.

—Me pregunto, ¿qué pensó el tío cuando se entero que había huido? Eso me preocupa, por que me alertó que algo está por venir, y no tengo ni idea de lo que puede ser.

—No me has contado esa parte.

—Me habré olvidado, lo siento, ¿seguimos?

Vuelven a caminar hasta que encuentran a Fernando.

—Fernando.

—Si Olimpia, ¿te puedo ayudar en algo?

—En realidad sí, tengo que preguntarte una cosa, ¿fuieste novio de mi madre?

El asombro se refleja en la cara de Fernando, realmente no esperaba esa pregunta, carraspea e intenta ganar tiempo y pensar en una respuesta, ¿qué sería mejor?, mentir o decir la verdad.

—Novio de Liliam Rojas, ¿yo?

—Si, hoy mi abuela me informo del novio que mi madre tuvo antes que mi padre, y que se llamaba Fernando Giménez, quise confirmar, por curiosidad, nada más. —Olimpia intenta disimular que la pregunta no indica que sospecha de él, si no que quiere saber más sobre su madre.

—Si estuvimos saliendo, pero no fuimos novios.

—¿Porque nunca me lo contaste?

—No sé.

—Y ¿la madre de Ramón?, nunca me has hablado de ella.

—Estamos divorciados, ella se fue del país cuando Ramón era muy pequeño.

—Que lastima.

—Ya, ¿pero era solo eso lo que querías saber?

—Si, muchas gracias y perdón por hacerte perder tu tiempo.

—Para nada.

Héctor observaba como si fuera un águila, las expresiones faciales, los gestos, el tono de la voz, ... Después del dialogo esclarecedor, los dos van al camarín, Olimpia siente un alivio en los hombros, como si acabara de librarse de un peso muy grande, pero ahora viene lo más difícil, conseguir pruebas.

—Muy bien, ya que estamos aquí ¿me puedes contar lo que acaba de pasar?

—Vale, ... —Olimpia le cuenta todo, y como llego a estas conclusiones.

—¿Estás segura de eso?

—Creo que todas las pistas indican eso, solo que no tenemos pruebas, o sea, no tenemos nada aún.

—Eso es cierto, habrá que buscar...

—Solo de pensar ya me canso, no soy capaz de unir tanto cabo suelto.

—¿Porque no te vas a casa?, has tenido un día muy agitado para ser tu día libre.

—Es que no se ser de otra manera, creo que tienes razón, tengo que relajar un poco mis neuronas.

—Pues sí ¿Nos vemos mañana?

Antes de salir del camarín Olimpia se sienta en sus piernas y ahora es ella quien le da un beso, más intenso y prolongado, Héctor la sujeta por la cintura, hasta que una mano atrevida le aprieta las nalgas.

—Ahora estamos en paz.

—Me tienes loco.

—Así te dejo con un gustito, «quiero más», para cuando resuelvas el caso.

—Con esta motivación, terminó el caso mañana mismo, o si me apuras dentro de un rato.

—Así me gusta, hasta mañana guapo. —Lo dice mandándole un beso que Héctor le devuelve.

Lo que está por venir

El miedo del peligro es diez mil veces más terrorífico que el peligro mismo

D. Defoe

Ramón nota, cómo le tiemblan las manos, como le tiemblan las piernas, como tiembla todo él, de una rabia incontenible, desde el preciso momento que abre la puerta donde esperaba encontrar a Olimpia y comprueba que no está. Se obliga a moverse, no puede permanecer ahí, en cualquier momento le descubrirán y todo se ira a la mierda, sale precipitadamente del cuartucho. Son las tres de la madrugada, el espacio vacío del patio de butacas se ha convertido en un refugio abierto para Ramón, ha permanecido escondido hasta que su padre ha cerrado, tras conectar la alarma, que él se apresuró a desconectar para moverse libremente.

Permanece sentado en la primera fila, a sus pies una bolsa de deporte; finalmente abandona esa postura de aparente relajación y se agacha, comenzando a sacar utensilios que va colocando como si estuviera componiendo una escena bélica, cuando lo tiene todo preparado va ensamblando cables, temporizadores y tubos de gas. Al finalizar comprueba que tiene doce artefactos, saca de su bolsillo trasero una hoja con un rudimentario gráfico del teatro y unas cruces rojas que señalan los lugares donde situará sus sorpresas, una cruda sonrisa cubre su rostro de pura satisfacción por lo que a de venir.

Ha ido recorriendo cada uno de los lugares señalados depositando bien camuflados los elementos, que en la tarde del día siguiente harán su cometido. Cuando finaliza, con la bolsa en una mano, va hacia una salida lateral de la que tiene la llave, conecta la alarma y sale, una fría calma le envuelve, está amaneciendo.

El timbre suena por segunda vez, avisando el comienzo de la representación en breves momentos, los rezagados se apresuran a ocupar sus butacas, las luces van perdiendo su intensidad y el murmullo de los espectadores desaparece cuando el telón sube y la orquesta emite los primeros compases.

A escasos quince minutos del inicio, un clarísimo violín desafina estrepitosamente, tras el cual se escucha un violento golpe en el foso, para posteriormente el cese total de la orquesta; en el escenario un humo de diversos colores comienza a elevarse desde diferentes puntos, el público no reacciona, los intérpretes van cayendo como marionetas a las que se le han cortado todos sus hilos, se escucha desde la parte posterior del patio de butacas como las puertas se abren y el público que parece haber comprendido la gravedad de la situación se va precipitando hacia la salida sin control alguno, unos caen por el efecto del gas, que ha comenzado aparecer, en el entorno, los tropiezos, pisotones y gritos inundan todo el teatro. El caos es total.

Héctor ha llegado a las puertas del teatro en pocos minutos, tras la llamada del director, el entorno se ha llenado de policías, ambulancias, todos tratan de ayudar, pero parece que el caos se magnifica según va pasando el tiempo, nadie habla, solo se escuchan gritos que intentan emitir órdenes que parece que nadie atiende.

En la acera de enfrente un hombre apoyado en el muro de un edificio no pierde detalle, la cara de satisfacción de Ramón es inmensa, a pesar de que sus planes se precipitaron por la huida de Olimpia, todo está saliendo a la perfección.

Le gustaría ver la cara de ella frente a tan majestuoso espectáculo, pero eso no será posible, ella no está, hoy ha librado y esa ha sido la señal para llevar al cabo sus planes.

—Manuel, ¿está usted bien?

—Sí, perfectamente, pero por casualidad, no hacía ni cinco minutos que había subido a mi despacho una vez que arrancó la representación, ¡esto es el final!

—No diga eso hombre, a todo más un pequeño parón, le aseguro que vamos a coger al responsable.

—¿Y la gente?, hay muchos heridos...

—Tiene usted razón, no es muy buena propaganda, pero los que solo han inhalado el gas se van a recuperar enseguida. Los heridos se han producido por el tumulto que se ha formado, pero de momento, según me han informado, ninguno de gravedad.

—¡Gracias a Dios!

—Cuando el registro termine, nos encontraremos en su despacho, ahora vaya usted a ver a su personal y tranquilícelos, los más afectados, la orquesta, ya han sido evacuados, pero le repito, no corren peligro.

—Gracias inspector por todo.

Manuel gira sobre sí mismo y se encamina al teatro, un policía le franquea el paso al reconocerlo. Héctor hace una marcación rápida en su móvil y espera.

—Hola Héctor, ¿pasa algo?

—Más que algo Olimpia, ha habido un atentado en el teatro, no te alarmes, está todo bajo control. Nuestro hombre está tensando la situación cada vez más.

—¿Estás seguro?, ¿hay heridos, muertos?

—No, solo heridos leves, ya sabes, histeria colectiva, empujones y pasa lo lógico, pero de momento nada grave, eso sí mucho ruido, ha querido montar espectáculo y me temo que lo ha conseguido.

—Héctor hazme un favor.

—Dime.

—¿Estás fuera?

—Sí, en este momento sí, ¿que quieres?

—Mira a tu alrededor, con disimulo, ¿ves por ahí a Ramón?

Héctor da unos pasos despreocupados y gira, aparentemente su movimiento parece acompañar la conversación, cuando enfoca por unos segundos la acera de enfrente, le ve.

—Sí, está enfrente, me parece que se ha dado cuenta de que le he visto, y se marcha.

—Ya, ahora ve a ocuparte del follón que me imagino que tienes, hablamos luego.

—Te llamo.

Al colgar Héctor vuelve a mirar, ya no está, a él ese tipo no le da muy buena espina, pero no hay ni una sola prueba que lo incrimine, salvo que ronda el teatro a todas horas.

Da media vuelta y entra en el edificio, todo parece controlado, comenta con unos colegas la línea de actuación a partir de ahora, para luego dirigir sus pasos al despacho de Manuel.

Intuición

Lo importante es no dejar de hacerse preguntas.

A. Einstein

—Manuel, ¿podemos hablar?

—Por supuesto, entra.

—Gracias.

—¿Qué me cuenta? —Dice Manuel mientras el inspector toma asiento.

—Creo que debemos ampliar la seguridad del teatro después de este follón, porque según mi teoría la persona que lo planeó debe tener acceso fácil al teatro, ya que no encontramos ninguna señal de que se hayan forzado alguna entrada, ¿quién son las personas que tienen las llaves y contraseña de la alarma?

—Hasta donde sé, solo yo y Fernando. Y estoy de acuerdo con usted, habrá que poner cámaras y lo que sea necesario, pero no creo que él esté detrás de todo lo sucedido.

—Bueno, tendré que averiguar, pero por seguridad sugiero cerrar el teatro por una semana y hacer algunos cambios, como cambiar: la contraseña de la alarma, las cerraduras, adicionar cámaras y será mejor que se mantenga esta información solo entre nosotros. Mientras se hace los cambios, mis compañeros y yo nos pondremos a buscar huellas que el responsable puede haber dejado.

—De acuerdo, haré lo necesario para mantener la seguridad.

—Muy bien, ahora si me permite, tengo que hablar con Fernando.

—Hasta luego.

Héctor, después de esta conversación, está más seguro de las teorías de Olimpia, todo está encajando perfectamente, son muchas las coincidencias y tiene que confirmarlas, antes que alguien salga mal parado. Camina por los pasillos desiertos en busca de Fernando, a ver si logra obtener respuestas más concretas.

—Fernando, nos encontramos de nuevo.

—¿Con que le puedo ayudar ahora?

—Necesito hacerte unas preguntas, ¿de acuerdo?

—Si.

—Pues mire, creemos que el que está haciendo todo esto tiene total acceso al teatro, tendrá la llave de alguna puerta y sabrá la contraseña de la alarma, pero Manuel me ha dicho que solo usted y él tienen acceso a todo lo referente a seguridad, ¿sabría decirme que otra persona pueda tener acceso?, ¿sospecha de alguien?

—No me viene nadie a la cabeza. —Fernando intenta claramente mantener las apariencias, pero rezuma una rabia incontenible, imaginando en la mierda que su hijo parece empeñado en meterle.

—¿Me podría decir donde estaba desde las ocho de la noche de ayer a las nueve de la mañana de hoy?

—En casa.

—¿Tiene alguien que pueda confirmarlo?

—Mi hijo, él estaba conmigo.

—Muchas gracias y perdón por las molestias; si se percata de algo, no dude en comunicármelo, se lo agradecería.

Cuesta saber ahora quién será más rápido en contactar con Ramón, el padre o el inspector, esto puede ser importante en cuanto al rumbo que tomará la investigación. Como Héctor no tiene su teléfono llama a Olimpia.

—Olimpia, ¿tienes el número de Ramón?

—Si.

—Necesito que lo llames rápido, todo depende de eso.

—¿Y qué le digo?

—No sé, pero intenta averiguar donde estaba desde las ocho de la noche de ayer a las nueve de la mañana de hoy.

—De acuerdo...

—Cuelgo, estoy yendo a tu casa.

—Pero... —Héctor ya había colgado y Olimpia se queda con una expresión de confusión, pero le hace caso y llama rápidamente, porque según Héctor, eso marcará la diferencia, aunque no sabe porque.

—Hola.

—Olimpia, ¿a que debo esta gran sorpresa?

—Estaba un poco aburrída aquí en casa y quería hablar con alguien.

—¡Ah! Eso debe ser porque nos has ido al teatro hoy.

—¿Como sabes?

—Mi padre me contó lo que pasó, ¿estás bien?

—Si, un poco conmocionada aún, pero bien. ¿Y tu que andas haciendo estos días?

—Nada emocionante, tengo la costumbre de irme de bares por la noche para evitar a mi padre, ya sabes, problemas familiares.

—¿Ayer también?, ¿vosotros dos peleáis mucho?

—Casi todos los días hago eso, porque me viene bien para respirar. Nosotros somos como el perro y el gato, no nos entendemos ni llegamos a acuerdo alguno, ¡es un rollo!

—Yo no tengo esos problemas, primero no tengo padres y segundo me llevo súper bien con mi abuela y hermano, en ese sentido somos muy afortunados.

—Te envidio.

—No digas eso, estoy segura que tu padre te quiere mucho... ¡Bum! —El rostro de Olimpia muestra enojo ante el ruido imprevisto que Héctor ha provocado al entrar en su habitación, y al ver la cara de Olimpia, deja escapar un ¡Ups!

—¿Qué fue eso?

—Mi hermano que se olvida a veces de la educación y entra abriendo la puerta con fuerza sin llamar antes. —Habla con sarcasmo mirando a Héctor con cara de: «te lo juro bonito»

—Ja, ja, ja,...

—Lo siento te tengo que colgar.

—Ok, hablamos otro día.

—Adiós... —Cuelgan. —¿Estas loco?

—Lo siento, creo que exagere un poco...

—¿Llamas a eso poco?

—Lo hice sin pensar, no me imagine que seguías hablando con él... duró mucho...

—Ya... no quería levantar sospechas, por eso le estuve haciendo preguntas discretas.

—¿Qué información has conseguido?

—Me dijo que siempre sale por la noche y se va de bares, para así evitar a su padre, dice que pelean mucho.

—¿Entonces él no estaba en casa ayer por la noche?

—No, ¿por?

—Creo que tu y yo, ya sabemos quién está detrás de todo, solo nos hace falta pruebas, pregunté a Manuel quienes tenían acceso a las llaves, y me dijo que solo él y Fernando...

—¿Y?

—Después fui hablar con Fernando, y le pregunte donde estuvo por la noche y me dijo que, en casa con su hijo, pero ahora ya sabemos que miente... en breve tendré que pedir una orden judicial para hacer un registro en su casa.

—Es una buena idea.

—Una cosa, ya sé que me lo contaste, pero qué fue exactamente lo que te hizo sospechar de que era Ramón.

—Fueron pequeños detalles: primero, salimos el otro día y me estuvo contando que en breve diría a su amada que la quería, al día siguiente me secuestro; segundo, dijo que la trataría como una reina, y cuando el secuestrador me fue a despertar dijo «buenos días mi reina»; tercero, cuando me intento besar se levantó un poco el pasamontañas, no logre ver mucho porque estaba bastante oscuro, solo note el lunar, y me pareció familiar; cuarto, él hablaba como si conociera al asesino de mis padres y su deseo venganza hacía mi padre, y Fernando era el ex de mi madre, y la «perdió» por mi padre... no sé... ¿qué opinas?

—Primero es un accidente, segundo es coincidencia, tercero es un patrón y cuarto es suficiente para un mandato judicial.

—Ahora solo tendremos que esperar hasta encontrar pruebas en el teatro o en su casa, porque Ramón parece ser muy profesional, nunca deja rastros concretos hasta ahora.

—Debe de haber aprendido el oficio del padre.

—No creo, por la manera que habla, no parecen llevarse nada bien, supongo que a estas alturas son más rivales que padre e hijo, lo único que los une debe ser el deseo de no ir a la cárcel.

—Esperemos también que no sospechen, pues si no es así podrían huir.

—Sí, que ganas tengo de que todo esto termine de una vez...

—¡Ni que lo digas!, me muero de deseos ahora...

—¿No podemos hacer una excepción, por haber descubierto quién está detrás de todo? Podría ser

nuestra recompensa.

—Te encanta provocarme.

—Mucho.

Olimpia se levanta de donde está sentada y toma de la mano a Héctor, llevándolo a la cama, tras tumbarlo algo bruscamente, se pone encima de él, le besa mientras le estruja el pelo con una mano y posa la otra en su pecho, él se permite dejarse llevar por el momento, abre su camisa y la arroja al suelo, se acarician ávidamente, hasta que el cambia de posición quedándose arriba.

—Eres preciosa, no consigo resistirme.

—Pues no te resistas.

—No quiero alarmar a tu familia, mejor dejarlo para cuando tenga una orden de arresto y cerremos la historia de una vez.

—Tienes razón, pero dame un último beso, o ¿no es oportuno? —Se besan apasionadamente.

Se vuelve a poner la camisa un poco decepcionada, pero en el fondo lo entiende, y se sienta en la cama como si nada hubiera pasado.

—¿Quieres hacer algo: como ver una peli? o ¿ya te vas?

—Creo que una peli no estaría nada mal.

—Pues vale, escogeré una para que la veamos.

—De acuerdo.

Comprobación

Yo no busco, yo encuentro

P. Picasso

El equipo de forenses que por horas han invadido el teatro, comienzan a recoger todos los utensilios y las muestras recabadas; Héctor acaba de hablar con el jefe de la unidad, el pesimismo y la confusión se refleja en sus rostros.

—Las únicas huellas que hemos encontrado esparcidas por doquier, pertenecen al personal; hemos revisado el foso una y otra vez, y nada, el sujeto debe ser muy cuidadoso y aparte de la máscara debe llevar guantes, no encuentro otra explicación.

—Gracias por todo Rodrigo.

Dirige sus pasos al despacho de Manuel.

—¿Sí? —contesta tras el toque de Héctor.

—¿Como van los cambios?

—Bien, bien, he contactado con una empresa de seguridad de toda mi confianza, la lleva un buen amigo mío y ya está planificándolo todo. No queda nadie del personal, incluso le he dicho a Fernando que se fuera a su casa, no le ha gustado nada, su cara de confusión lo decía todo, veo que se siente dolido por mi decisión.

—Es lógico, pero tiene que ser así, nadie, absolutamente nadie aparte de nosotros debe saber de los cambios realizados.

—No se preocupe inspector, eso está asegurado.

—Yo ahora me voy a la comisaría, no dude en llamarme ante cualquier duda.

—Descuide.

Héctor sale del despacho, en el trayecto comprueba cómo un grupo de operarios ya han iniciado los trabajos, el equipo forense ya se han marchado. Al llegar a la comisaría va directamente a secretaría.

—¿Ha llegado ya?

—Si Héctor, eres un suertudo, en menos de veinticuatro horas consigues una orden de registro, espero que te sea útil.

—Gracias Ángeles, eso espero yo también.

Recoge el sobre que ella le entrega y se dispone a contactar con el equipo forense de Rafa, que ya estará a la espera.

—Buenas tardes chicos, ¿listos?, ya tenemos la orden.

Sin más preámbulos se dirigen al aparcamiento, ocupan los dos coches ya preparados con todo el equipo y parten.

Héctor va de copiloto de Rafa, ve pasar las calles, las gentes, trata de concentrarse ante lo que se avecina cuando Fernando le abra la puerta de su casa, ¿qué decirle?, se plantea comunicarle que los registros se llevarán en todos los domicilios del personal, aunque teme que no le va a creer.

Cuando llegan, Héctor plantea a Rafa que subirán solo los dos de momento, tras buscar en el portero automático el piso, aprieta el botón.

—¿Sí?, ¿quién es?

—EL inspector Ramírez, nos puede abrir.

No se escucha nada más que el chirrido que hace la cerradura al ser desbloqueada; toman el ascensor cuando llegan al descansillo de la sexta planta, Fernando los espera en el quicio de la puerta de su casa que permanece abierta.

El rostro de Fernando manifiesta una ansiedad que a duras penas controla, tras una sonrisa forzada.

—Venimos hacer un registro de su domicilio.

—¿Y eso por qué?

Héctor le suelta lo que traía preparado, y efectivamente la cara de Fernando le trasmite que no se lo cree, no obstante, no pone ninguna pega y les franquea la entrada.

—¿Está solo?

—Sí, mi hijo anda por ahí, no se donde.

—Voy avisar al equipo para que suba.

—Pero... para hacer esto, ¿no precisan de una orden judicial?

—Perdón, aquí la tiene.

Fernando toma el papel que Héctor le tiende y lo revisa.

—De acuerdo.

—Le sugiero que sería más cómodo para usted irse a tomar un café, no tardaremos mucho.

—Sí, no es mala idea, pero por Dios no destrocen nada.

—Tranquilo, iremos con cuidado.

Según sale Fernando de su casa se topa con cuatro agentes que salen del ascensor, cargados con sus maletines.

Una vez que están todos, Héctor distribuye el trabajo, él y Rafa se han adjudicado el cuarto de Ramón. Tras un minucioso registro lo único que han obtenido son unos guantes gruesos más propias de un invierno crudo que de una cálida primavera y que parecen fuera de lugar.

—Inspector venga.

—¿Qué hay?

—Esto, las he encontrado ocultas en el aparador del salón. —Según habla le muestra un fajo de cartas sujetos con gomas.

—¡Estupendo!, buen trabajo.

Se aparta en un rincón del salón para revisar esa correspondencia que no ha viajado a ninguna parte, abre el primer sobre. «Olimpia, Olimpia, hoy te he visto, te he podido contemplar a mi antojo...», Héctor interrumpe la lectura, para precipitadamente ir abriendo sobre tras sobre y comprobar que todas van dirigidas a Olimpia, emite un amplio suspiro, algo es algo.

Una vez finalizado el registro se van, quedando solo Héctor y Rafa a la espera de que regrese Fernando.

El timbre suena, Rafa abre dando paso al decano de la casa.

—¿Y bien, han encontrado algo?

—Me temo que sí, tenemos que hablar.

—Lo que usted diga.

—Antes de nada, ¿tiene trastero en el garaje?

—Sí —la respuesta de Fernando ha sido espontánea, él se da cuenta del error que acaba de cometer.

—¿Le importa darme la llave?

Fernando se dirige al taquillón que preside la entrada y de un pequeño cajón, tras revolver un manojo de llaves localiza la adecuada y se la entrega al inspector.

—Espérenos aquí.

Héctor y Rafa bajan al sótano, tras localizar la puerta de acceso al trastero la abren, ambos se quedan atónitos ante la cantidad de cosas apiladas en precario equilibrio.

—Aquí tenemos para un rato, no se tendrían que haber marchado el equipo.

—¿Quieres que los llamé, Héctor?

—No, arremángate y a la faena, ¿qué prefieres derecha o izquierda?

—Da igual, de cualquier manera, podemos salir descalabrados como vuelquen algunas cajas de arriba, que a saber qué contienen.

Sin más se aprestan a la faena, cuando Rafa separa un cajón de la parte superior con la intención de revisarlo arrastra algo que estaba detrás, cayendo al suelo.

—¡Bingo Héctor!, la máscara.

Rafa se agacha y la recoge, la revisa para entregársela a Héctor después, este la mete en una bolsa de plástico y la precinta.

—Habrá que comprobar con la testigo si es la misma que llevaba el secuestrador, si es así, hemos dado un gran paso. —Dice Héctor.

Continúan con el registro, al rato al abrir una caja de zapatos, en cuyo interior hay una lata de galletas, que por supuesto, su contenido no se corresponde a su etiquetado, en su interior lo que se encuentra es una pistola envuelta en una servilleta vieja.

—Me pregunto si cuando subamos encontraremos a Fernando o ya habrá puesto pies en polvorosa, esta pistola le pone en un grave aprieto.

—¿Quieres que suba Héctor, por si acaso?

—No, si se ha largado ya lo ha hecho hace un buen rato.

Continúan con la búsqueda minuciosamente, finalmente encuentran un distorsionador de voz, un taco de tarjetas, un peine bastante peculiar, todo lo empaquetan y lo precintan. Cuando dan por finalizado el registro, tras cerrar la puerta suben al piso, llaman y se ven sorprendidos cuando un Fernando apocado les abre. Se dirigen a la sala y tras tomar asiento, Héctor comienza hablar.

—Fernando, hemos encontrado objetos que nos remiten a hechos delictivos, por lo que le sugiero que guarde silencio, todo lo que diga podrá ser utilizado..., y con calma le lee sus derechos; Fernando clava la vista en el suelo y cabecea afirmativamente muy sutilmente, parece resignado ante las circunstancias.

—Tendrá que acompañarnos a comisaría, me sabe mal Fernando, pero queda usted oficialmente arrestado.

Se levantan y Rafa espos a Fernando, mientras Héctor hace una llamada solicitando agentes que se

apostaran en el entorno de la vivienda a la espera de que aparezca Ramón para arrestarlo.

En el coche, camino a la comisaría, el silencio es total, Héctor observa por el espejo retrovisor a Fernando que ha clavado la vista en la ventanilla y apenas parpadea, el hermetismo en el que se ha refugiado es integral. No deja de asombrarle el ser humano, a pesar de la experiencia, las sorpresas no desaparecen.

Conquista laboral

Sed lentos en resolver y pronto en ejecutar

Isócrates

Las pruebas que se encontraron en la casa son suficientes para arrestar a Ramón y a Fernando y llevarlos al calabozo de la comisaría, hasta que llegue el día del juicio, pero con el interrogatorio que está por llegar, pueden ocurrir dos cosas que confiese o que lleguen a un acuerdo con el juez. Cada uno ahora mismo se encuentra en una sala diferente, aguardando al inspector...

Héctor está con el papeleo, necesita tener su informe completo para poder presentarlo al juez, y a los abogados defensores para solicitar la prisión preventiva. Al terminar, se va primero a interrogar a Fernando.

—Buenas tardes Fernando, ¿sabe por lo que está siendo acusado?

El silencio se instala en el ambiente.

—Pues se lo diré entonces; está siendo acusado por el asesinato de Liliam y Axel Velasco y cómplice de Ramón Giménez en todos sus actos, ¿lo confirma?

—No hablaré nada sin mi abogado presente.

—Muy bien, lo llamaremos... Juan, quédate aquí que voy a la otra sala, a ver si tengo más suerte, cuando llegue su abogado avísame.

—De acuerdo Héctor.

Se va a interrogar a Ramón, aunque sabe, a ciencia cierta, que él no dirá una palabra siquiera.

—Buenas tardes, Ramón.

—Pierdes tu tiempo viniendo hablar conmigo. —Lo dice con sarcasmo.

—Es mi trabajo, y la manera como lo haga dependerá de usted, puedo ser poli bueno o malo, usted decide.

—No me importa que papel te plantees, solo dime de una vez lo que tienes contra mí.

—Es de suponer que ha sido un fallo de mis compañeros por no decirle el motivo por lo que estaba siendo detenido.

—Podrías dejarte de rodeos, no quiero pasar toda la noche aquí.

—Mire, encontramos pruebas en su casa que le incriminan a usted y a su padre por dos asesinatos distintos.

—¿Pruebas?, ¿como que?

—La navaja dentro de un abrigo que coincide perfectamente con el arma utilizada para matar a Arturo, el pasamontañas que cuadra con la descripción que nos hizo Olimpia cuando fue secuestrada, el distorsionador de voz y unas series de cartas de amor dirigidas a ella.

—¿Y cómo sabéis si eso es mío?

—Estaban en su casa...

—Alguien pudo haber colocado estas evidencias, ¿habéis encontrado mis huellas?

—Las cartas tenían su letra.

—Por favor inspector..., ¿nunca has visto a nadie que supiera copiar la letra de otra persona?

—Héctor, el abogado de Fernando ha llegado. —Dice Juan que entra en la sala de interrogatorio.

—Muy bien, voy. —Se levanta de la silla y cuando estaba apunto de salir:

—Adiós inspector, nos vemos, te deseo suerte. —Habla Ramón como si hubiera acabado de ganar una batalla, pero por toda respuesta recibe un portazo.

“Este caso en breve terminará con mi paciencia y mis neuronas,” piensa al entrar otra vez a hablar con Fernando. Saluda a su abogado y toma asiento.

—Buenas tardes inspector, ¿podría decirme de que es acusado mi cliente?

¡Uf!, otra vez tengo que repetir todo, le dan ganas decir esto, pero lo que acaba diciendo es: —Por supuesto, aquí tiene todo el dossier, pero de cualquier manera se lo voy a aclarar, su cliente está siendo acusado por el asesinato de Liliam y Axel Velasco y por ser cómplice de Ramón Giménez en otros delitos.

—¿Con qué pruebas?

—Encontramos en su casa el arma del crimen cometido hace doce años, es del mismo calibre, y a diferencia del hijo, dejó huellas, por eso, creo podríamos hablar de un acuerdo, si su cliente confiesa y nos dice que sabe de los actos de su hijo, se puede hablar con el juez e intentar que se reduzca la pena, quizás quitando las acusaciones de cómplice, pero a cambio él tendrá que declarar contra su hijo Ramón en el juicio.

—Muy bien inspector, si me da permiso, necesito ahora hablar con mi cliente a solas.

—De acuerdo, cuando tengan una respuesta me llama.

El interrogatorio le está machacando por completo, necesita tomar aire, en algún momento se perdió, ahora tiene que recuperar la voz de la razón, mantener la calma, ante todo, si no consigue resolver el caso habrá dos potenciales asesinos en la calle, y eso no se lo puede permitir, tendría que ser por encima de su cadáver.

—Inspector, te llama el abogado.

—De acuerdo, han sido rápidos.

Así como le dijo Ramón, Héctor necesita ahora de una gota de suerte.

—¿Han decidido?

—Aún no, necesitamos saber una información antes, ¿de cuántos años estamos hablando?

—Eso varía mucho, además es el juez el que decide, pero por asesinato son entre quince a veinte años, pudiendo salir antes con buen comportamiento o puede aumentar a veinticinco años por haber sido dos homicidios. Y por complicidad él recibiría la misma pena que Ramón, o sea, más veinte años por asesinato, más seis a diez años por secuestro..., sumando todo, puede llegar a cincuenta y cinco años o más, depende si encontramos algo más del hijo.

Fernando y el abogado intercambian una mirada, sabiendo ya la respuesta que darán a Héctor.

—Bien, aceptamos el acuerdo, pero mi cliente solo confesara cuando tenga el documento oficial del juez firmado, confirmando todo lo acordado. ¡Ah!, y él tiene otra petición, quiere ir a una cárcel distinta a la de su hijo.

—De acuerdo, ahora mismo me encargo de todo.

Se despiden dándose la mano, mientras unos policías encaminan a Fernando a los calabozos. Ahora el inspector tiene que tener unas últimas palabras con Ramón para poder dar un final a todo aquello.

—Ramón, esta es su última oportunidad de confesar, tenemos pruebas y testigos suficientes para incriminarlo por varios crímenes distintos, como: asesinato, secuestro, ataque a la señora Candela, envenenamiento a Laura y atentado al teatro.

—Creo que prefiero probar suerte.

—¿Tiene abogado?

—Sí.

—¿Le quiere llamar?

—Ahora no me hace falta.

—Usted mismo, pero de momento se va al calabozo, hasta que el juez determine prisión preventiva, y decida a qué cárcel te envía. Juan, lléveselo.

Héctor terminó lo que había prometido a Olimpia, ahora prepara el acta para mandársela al fiscal que tiene que dar el visto bueno para pasarlo a continuación al juez y ordenar la prisión preventiva de Ramón y Fernando. Después de finalizarlo, pide a un compañero que se lo lleve en mano, y cuando reciban una respuesta que le avisen.

Viaje loco

Ni una palabra asoma a mis labios sin que haya estado primero en mi corazón.

A. Gibe

Cuando sale de la comisaría, tras finalizar todo el papeleo que remitirán al juez, cae en la cuenta que es viernes y el lunes es fiesta, así que hasta el martes..., es en ese momento cuando se le ocurre una genial idea, dirige sus pasos al aparcamiento mientras marca una llamada a Olimpia.

—Hola, ¿ya has terminado?

—Más o menos, hasta el martes no hay nada que hacer.

—¿No vais a acudir al juez de guardia?

—No, por las características de los dos casos, se seguirá el proceso normal; pero yo te llamaba para otra cosa.

—Dime.

—Cómo es fin de semana y el lunes es fiesta, te propongo que prepares una bolsa con lo indispensable, yo te paso a recoger y carretera y manta, ¿qué dices?

—¡Qué es una locura!

—Ya, pero a saber cuando se nos presenta otra oportunidad así, tu no tienes que trabajar y yo he delegado todo lo delegable hasta el martes.

—De acuerdo, te espero.

Héctor que ya está sentado al volante, prende el motor, una amplia sonrisa ilumina su rostro, matizando las huellas de cansancio y la falta de sueño acumuladas en los últimos días.

—¿Que te vas?

—Sí abuela, me ha llamado Héctor, y vamos hacer una escapada de fin de semana, ¿no es estupendo?

—Sí, todo lo estupendo que tú quieras, ¿y a donde vais?

—Ni idea, solo ha dicho: «Carretera y manta».

—Eso está bien niña, a veces improvisar es la mejor manera de que las cosas salgan bien.

—¿No te importa?, verdad.

—¿Por qué debiera importarme?, ya eres mayor y estas en tú derecho a decidir lo que mejor te parezca y ese chico te tiene absorbida la sesera, así que está bien que os vayáis los dos solos a cualquier parte, sin abuelas, sin hermanos, sin perros y por supuesto sin asesinos.

—Esos últimos, sobre todo abuela.

Según lo dice mira su cama, donde ha ido echando todo lo que cree que necesitará para el fin de semana.

—¿Crees que falta algo?

Lola echa una ojeada y se muestra conforme, pero cuando se dispone a salir del dormitorio de su nieta da media vuelta y ...

—Si falta algo, añade un vestido bonito, seguro que irás a cenar a algún sitio elegante, y yo añadiría también un bañador, por si acaso, hace muy buen tiempo y como no sabes donde vas...

—¿Tu crees?

—Si ninguna duda.

Olimpia ya está preparada, mientras espera la llegada de Héctor. Para aplacar la ansiedad que ha ido creciendo desde su proposición, se dirige a la cocina, allí están Lola y Miguel preparando la cena y junto a ellos Percy devora un succulento bol de comida.

—¡Que bien huele!

—Hermana, abstente de meter la manita.

—¿Ni un poquito?, son las diez y me muero de hambre, anda no seas malo..., una croquetita solo...

—Aunque lo pongas en diminutivo no vas a lograrlo.

—Miguel compórtate y deja de chincharla, toma corazón, en mi cocina nadie puede estar hambriento —con delicadeza pone en la boca de Olimpia una pieza, qué ella saborea extasiada.

—Algún día cuando sea mayor haré unas croquetas tan ricas como las tuyas abuela.

—Pues ya te puedes poner manos a la obra a no ser que guardes tus futuras habilidades para la jubilación.

—Como eres abuela...

El timbre del portero automático emite un zumbido seguido de otro.

—Ahí está tu enamorado, hermanita, no le hagas esperar.

—Buenas noches, disculpas por las horas, pero es qué, ¡qué bien huele!

— Son las croquetas de la abuela, tienes que probarlas, pero pasa.

Ya todos en la cocina, parados al lado de la encimera y con una copa de vino, van haciendo desaparecer una a una las croquetas que reposaban en la bandeja.

—Gracias, pero esto no es posible, nos estamos comiendo vuestra cena.

—Déjate de tonterías, Héctor, hace un rato he proclamado a los cuatro vientos que en mi cocina nadie pasa hambre.

—Yo ya estoy preparada, gracias abuela, con este tentempié, vamos mejor, ¿verdad Héctor?

Se despiden en la puerta, tras cerrarse tras ellos, se dan un beso tierno, labios contra labios, después sus lenguas se rozan levemente y Olimpia se siente desfallecer entre sus brazos.

—¿Nos vamos?

—Sí, ¿tienes hambre?

—Ahora menos, con el picoteo...

—Si te parece cogemos carretera y en un rato paramos en un sitio que conozco y está muy bien.

—Vale, ¿pero a dónde vamos?

—¡Sorpresa!

—Qué poco original, ¿vamos a Benidorm?

Héctor eleva los hombros y junta los labios en un gesto de ignorancia. A la hora aproximadamente, Héctor se desvía, al llegar a una estación de servicio, tras llenar el depósito, mueve el vehículo y lo aparca frente al mesón.

Han cenado frugalmente, las croquetas de Lola han hecho un buen trabajo, ahora toman café para

afrontar la carretera bien vigilante. El coge una mano de ella con la suya y las enlaza sobre la mesa, en ese momento un denso silencio crece entre ellos, dentro de él, se sienten seguros.

Ya en el coche, Olimpia va seleccionando CDs, cuando la música comienza a sonar, sube el volumen y los dos corean una canción de Sabina a pleno pulmón y una alegría rítmica se instala entre ellos. A las dos de la madrugada, están exhausto de cantar y reír. Olimpia pone un CD de baladas y guardan silencio. La carretera está desierta, ahora conduce Olimpia, Héctor la observa risueño, ella sospecha que habla demasiado, cuando se lo comenta Héctor ríe sonoramente.

—Soy más de escuchar que de hablar, deformación profesional ¿Quizás?

—Puede.

Cuando llegan a Valencia, Héctor le indica el camino a tomar, se dirigen al puerto, una vez allí se ponen a la cola de los coches que esa madrugada esperan para subir al ferry rumbo a Ibiza.

—¡Estas loco!

—Eso no lo sé, pero podremos echar una cabezada en una tumbona y llegaremos frescos.

Ya instalados, han charlado un rato para después quedarse ambos profundamente dormidos, con un sueño profundo libre de pesadillas y que las gaviotas interrumpen cuando llegan a puerto, al despertar se dan cuenta que la mayor parte del pasaje ha desembarcado, se miran sonrientes y cogidos de la mano van en busca del coche.

Héctor conduce, al cabo de media hora aparca frente a un pequeño hotel enclavado en un acantilado, la mañana se presenta radiante. La habitación es acogedora, Olimpia tras dar un par de vueltas por el recinto se tumba en la cama de golpe.

—¡Que gusto!, ven, prueba...

Héctor se tumba a su lado, pasándole un brazo por los hombros, la aproxima hacia él, ella descansa su mejilla sobre su pecho, el golpeteo rítmico de su corazón le llega nítidamente. Por las cortinas descorridas se proyecta una media luna de luz; el acaricia su pelo, ella escucha la cadencia de su corazón, se quedan transpuestos.

Cuando despiertan es casi mediodía, Olimpia busca con la mirada a Héctor, hasta que le ve asomado en el balcón, de un salto sale de la cama y se acerca a él.

—¿Te apetece un baño?, mira allí abajo, ¿no es una cala espectacular?, ¿bajamos?

Se cambian, salen al exterior y comienzan a bajar unas empinadas escaleras que les conduce al paraíso, ya en la playa corren hacia el mar, tras chapotear, reír, Héctor la abraza por la cintura, ella rodea sus caderas con sus piernas y así abrazados se dejan mecer por las olas.

Héctor besa su cuello, su cara, hasta que sus bocas se funden. Olimpia se zafa del abrazo y se sumerge tirando del bañador de él, que sale a flote unos segundos para después ser arrastrado por las olas hacia la orilla. Héctor ríe, risa que se ve interrumpida cuando Olimpia nuevamente se aúpa a él y vuelve a besarlo y así, mecidos por las olas, en aguas cristalinas, hacen el amor sin prisas, deleitándose en cada pliegue y rincón de sus cuerpos.

Cuando salen del agua, sin preocuparse de sus bañadores, se tumban desnudos uno junto al otro, el sol acaricia su piel, una leve brisa hace que se erice levemente.

—¿Comemos?

—Vale.

—Vamos a ir a un pequeño restaurante del pueblo, te va a encantar. Comieron completamente solos, excepto una mujer que leía el periódico en la barra.

Los días transcurrieron plácidamente, playa, baños, comidas y cenas en pequeños locales, excursiones en busca de otras calas paradisíacas, conversaciones interminables. La única llamada que realizó Olimpia fue a Lola, contándole atropelladamente todos los sucesos.

—¿Con quién hablas?

—Con mi abuela, te manda saludos.

—Gracias, pero como nos vamos esta noche y nos deprimiremos, ella puede ayudarnos con unas de esas ricas croquetas.

—¿Le escuchas?, abuela, pues ahí queda.

—Escucho, venid con cuidado.

—Sí, abuela, no te preocupes, cuando llegue hablamos.

Pecado

La justicia es la verdad en acción

J. Joubert

Fernando está en la cárcel, reunido con su abogado para determinar los últimos preparativos para el juicio, que será en pocos días, todas las partes llegaron a un acuerdo con respecto a sobreseer la acusación por ser cómplice de su hijo. Héctor ya había vuelto de su viaje y ahora estaba trabajando con el fiscal, para el juicio de Ramón, y poder convocar a los testigos: Fernando, Olimpia, Candela y él mismo, porque tenía que mandarle esta relación con antelación al juez, así como al abogado de la defensa; con esta información las dos partes podrían preparar los interrogatorios.

El jurado está compuesto por nueve ciudadanos titulares, dos suplentes y un magistrado de carrera. Pero, cada uno es independiente con respecto a sus opiniones sobre el caso, como de la conclusión a la que lleguen. Por lo tanto, los abogados necesitan saber la opinión de cada uno de ellos para asesorarlos convenientemente de si el acusado es culpable o no. En el juicio de Fernando no habrá jurado, puesto que él ya a confesado y le impondrán la pena que el juez determine a través de las evidencias.

Llega el día del juicio de Fernando y todos se encuentran en el tribunal, esperando al juez.

—Todos en pie —El juez entra, toma asiento y da inicio al juicio golpeando el mazo.

—Muy bien, empecemos. ¿Cómo se declara el reo por las acusaciones del asesinato de Liliam y Axel Velasco?

—Culpable, señoría. He tomado muchas decisiones terribles en la vida señoría, no sé decir que consecuencias son justas o no. Pero estoy listo para asumirlas.

—Por las evidencias que se han presentado en este tribunal de sus crímenes, se le condena a veinticinco años de cárcel. Se levanta la sección, pueden retirarse, ¡bang!, suena el mazo cuando golpea.

El juez es el primero en retirarse del estrado, enseguida entran dos funcionarios que esposan a Fernando y lo llevan al coche patrulla que se encargará de trasladarle a la cárcel de la Torrecica en Albacete.

...

—Ramón, tiene una visita, acompáñeme.

El guardia le acompaña por los pasillos de la cárcel de Soto del Real, Madrid, hasta las dependencias de la zona de visitas, donde Ramón encuentra con su abogada Julia, la amiga de Liliam Velasco.

—Hola Ramón, ¿cómo estás?

—No puedo decir que esta cárcel sea un paraíso, aquí todos los tíos son unos chapados locos.

—Pediré una audiencia con la jueza para ver si se puede cambiar de cárcel.

—¿Eso quiere decir que seguiré en prisión?, tu trabajo es exculparme.

—Mira, lo haré lo mejor que pueda, aunque no me siento muy cómoda trabajando en este caso, sabes que solo lo hago porque eres mi ahijado.

—Tú sabes que no te metería en este lío si no supiera que eres la mejor abogada del mundo. Y hablando de eso, ¿cómo está Marcos?

—Muy bien.

—Me alegro.

—Ahora, hablemos, cuéntame todo lo que te puede incriminar.

—Lo único que ellos tienen es mi ADN en el pasamontaña y en los guantes.

—Eso no es difícil de contrarrestar. ¿Pero sabes que tu padre fue convocado para testificar?

—No creo que él sea un obstáculo para mí, no tiene ninguna prueba, se basa solo en su intuición, por lo que será su palabra contra mía. Es un criminal que está en la cárcel, ¿por que fiarse de su declaración?

—Esto nos dará una ventaja en el juicio, sin contar con la testigo que yo presentare.

—Ya sé quién es, ¡una idea genial!

—Muy bien, ya tenemos todo listo para el juicio, estate preparado mañana, será a las tres, te traeré ropa para que te cambies.

—De acuerdo, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Ramón vuelve al patio «con sus compañeros», contando las horas para irse de aquel lugar horrible. Al despertarse intenta distraerse para que el tiempo pase lo más rápido posible, hasta que llegue la hora de ir al tribunal. A las dos lo llaman y lo llevan a un reservado, donde se cambia de ropa, después es esposado y se dirigen al tribunal.

Ramón con su abogada se acomodan a la izquierda, mientras el fiscal, a la derecha, cerca del jurado. Los testigos: Olimpia, Héctor, Miguel, Lola, Candela, se encuentran fuera a la espera de ser llamados. La jueza entra:

—¡Todos en pie! —Toma asiento dando inicio al juicio.

—¿Cómo se declara el reo? —Ramón se levanta y dice:

—Inocente, Señoría

—De acuerdo. Fiscal, puede empezar.

—Señoras y señores del jurado, estamos aquí para dirimir si, Ramón Giménez es un asesino, un secuestrador, responsable de un atentado y otros cargos. Él no parece tener un perfil de este tipo delincuente, su apariencia es de una persona equilibrada, normal. Sin embargo, después de que escuchen las evidencias que presentaremos y las declaraciones de los testigos. Quedará demostrado, que Ramón Giménez es merecedor de estar ante este tribunal y ser condenado por sus delitos.

—Julia, el jurado se está creyendo esta tanda de chorradas.

—Tranquilo Ramón, ya me encargaré.

—Ahora la fiscalía llama a la primera testigo, una víctima de Ramón...

—Protesto, está especulando.

—Ha lugar, por favor fiscal, prosiga sin más.

—Llamamos a Olimpia Velasco.

...

—Héctor, estoy nerviosa, no sé si conseguiré dar mi testimonio con él allí enfrente, mirándome.

—Tranquila, lo harás bien. No lo mires, habla mirando al fiscal o a la jueza, olvídate de que él está

allí.

...

Ella entra en la sala y se dirige al estrado donde realiza el juramento con la mano sobre la constitución.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Sí, lo juro.

—Señorita Velasco, ¿nos puede relatar todo lo que recuerde del secuestro?

—Sí. Yo estaba en el teatro a punto de salir, cuando alguien me puso un trapo en la cara que me cubrió la nariz y la boca, y perdí el conocimiento. Cuando me desperté estaba atada a una silla, el secuestrador apareció después, usaba un pasamontañas, guantes y un distorsionador de voz y comenzó a decirme cosas raras...

—¿Nos las podía aclarar? —Olimpia asiente con la cabeza y prosigue:

—Dijo que me amaba desde hace mucho tiempo, que creció oyendo historias de mi familia y del fin que tuvieron. Después de que mis padres murieran él me observaba, y se fue enamorando poco a poco de mí. Dijo que sabía quién había matado a mis padres y el motivo que llevó al asesino a hacerlo, me explicó que fue por amor, así como él lo hacía conmigo, pero que había una diferencia, que él no me mataría, hablaba con familiaridad, como si conociera quien fue él que los mató. Después de esa conversación se fue y me trajo comida, me dijo que aquella noche yo dormiría allí, porque estaría a salvo de lo que iba a pasar.

—¿Qué es lo que iba a pasar?

—Supongo que lo del atentado al teatro.

—Muy bien, continúe por favor.

—Al día siguiente volvió y me intentó besar, en ese momento se levantó un poco el pasamontañas, confieso que no vi mucha cosa porque estaba un poco oscuro, pero vislumbré un lunar en la mejilla derecha, y después me di cuenta de que me era familiar. Estuvimos hablando un rato sobre cosas insignificantes, hasta que le dije que quería ir al baño, me dio un cubo y salió, en ese momento cogí un trozo de cristal del suelo y lo escondí entre la ropa, para cortar las cuerdas, si podía y huir si se presentaba la ocasión y así fue.

—Muchas gracias por su testimonio, ahora le quiero hacer una última pregunta. Este es el pasamontañas que encontramos en la casa de Ramón Giménez. —Se lo dice mostrando una foto al juez, al jurado y a Olimpia. —¿Podría decirme si es el mismo que usó el secuestrador?

—Sí, el que usaba era igual a ese.

—Sin más preguntas.

El fiscal se sienta dando voz a la abogada defensora, que se levanta.

—Señorita Velasco, en ningún momento de su declaración ha afirmado que el secuestrador fuera Ramón Giménez, ¿siento una pizca de duda por su parte?, ¿está segura de que era él?

—No, sí.

—Protesto, está confundiendo a la testigo.

—Ha lugar, por favor, manténgase a los hechos.

—Ha dicho que él usaba un pasamontaña, — se gira y se dirige al jurado, —Díganme señores del jurado, ¿no se puede comprar uno igual en cualquier tienda? cualquiera de nosotros podíamos tener uno. Y con respecto al lunar, muchas personas tienen un lunar en la mejilla derecha, por lo que ninguna de las declaraciones puede ser constitutivas de pruebas determinante, si así fuera, ¿cuantos sospechosos tendríamos?

—Pero...

—No hay más preguntas. La testigo puede retirarse.

Olimpia se siente un poco decepcionada consigo misma, por no haber podido hacer una declaración más contundente para demostrar la culpabilidad de Ramón, pero ahora, ¿qué hacer? Nada. Habrá que esperar que los demás testigos logren con sus declaraciones convencer al jurado.

—Tranquila Oli, fuiste la primera en testificar como víctima, ahora toca presentar todas las pruebas.

—Ya Héctor, pero podría...

—No lo pienses más..., veremos qué pasará ahora.

—Vale...

—La defensa llama a Fernando Giménez para testificar.

Fernando entra en el recinto acompañado por un guardia, toma asiento y hace el juramento.

—Fernando Giménez, ¿es usted el padre de Ramón Giménez?

—Sí.

—¿Qué padre testificaría contra su propio hijo?

—El tipo de padre que quiere reparar sus errores.

—¿Errores?

—Yo soy la razón por la que mi hijo, se ha vuelto un psicópata.

—Entiendo, pero ¿cómo podemos fiarnos de su palabra, si usted es un asesino confeso? Señoras y señores del jurado, este hombre confesó dos asesinatos, ¿por qué su palabra a de valer más que la de mi cliente?, que hasta ahora es inocente. Todos los ciudadanos son inocentes hasta que se demuestre lo contrario, y de momento, nadie presentó una prueba determinante de que demuestre que es culpable.

—Puedo ser un asesino, pero también soy su padre, y tengo obligaciones como tal.

—Sin más preguntas.

—Fernando Giménez, ¿está seguro de que su hijo es el asesino de Arturo, secuestrador de Olimpia y de todo por lo que se le acusa? —Dice el fiscal.

—Protesto, esta dirigiendo al testigo.

—No ha lugar, conteste la pregunta, por favor. —Dice la jueza dándole la palabra a Fernando

—Sí.

—¿Nos puede explicar por qué está tan seguro?

—Como ya he dicho, todo fue por mi culpa, él creció oyendo repetidas veces la historia del amor de mi vida, Liliam Rojas, y del error que cometí al matarla, yo buscaba venganza porque creía que Axel me la había robado, pero no fue así, ella me dejó porque era un celoso patológico. Me di cuenta que

mi hijo estaba involucrado en esto, cuando un día en el que yo estaba cerrando las puertas del teatro escuché un ruido y yo sabía que mi hijo llevaba días merodeando por el teatro sin mi permiso y al llegar a casa él no estaba. Cuando llegó le pregunté si había estado en el teatro ese día y me lo confirmé, le dije que no cometiera los mismos errores que yo y como respuesta me dijo: Papá no la mataré, ¿lo ves? ¡aprendí de tus errores!

—Señoras y señores del jurado, ¿notan alguna coincidencia con el testimonio de la señorita Olimpia Velasco? Ambos dicen lo mismo, pero con distintas palabras: «No mataré a Olimpia, no voy a cometer ese error». ¿Creen que miente? Él no estaba presente mientras la señorita Velasco testificaba.

—Protesto, pueden haber llegado a un acuerdo para declarar lo mismo. —Laura empieza a ponerse nerviosa con el rumbo de las declaraciones.

—No ha lugar, prosiga señor fiscal.

—Fernando Giménez, ¿tiene algo más que declarar?

—Sé que mi hijo lo hizo todo porque me lo confesó. Al principio, yo quería estar al margen, no quería que me metiera en este lío, pero miren ahora dónde estoy... en la cárcel por su culpa.

—Protesto, el testimonio de Fernando Giménez es claramente una venganza, hacia su hijo por estar él en la cárcel.

—No ha lugar.

—¿Ha contado a alguien más el asesinato de Liliam y Axel Velasco? Padres de la señorita Olimpia Velasco.

—No, solo mi hijo lo sabía.

—Protesto, Está especulando.

—Ha lugar, por favor testigo, conteste sin más.

—No.

—Sin más preguntas señoría. El testigo puede retirarse.

—Hagan pasar al siguiente testigo, Candela Ortiz.

—Señora Ortiz, un día alguien entró al camarín de la señorita Velasco y le golpeó a usted en la cabeza, ¿verdad?

—Sí.

—¿Nos podría describir ese suceso?, por favor.

—Me golpearon por detrás, vi poca cosa antes de perder el conocimiento. Al caer vi que era un hombre, vestido todo de negro y que me sacaba una cabeza de altura por lo menos.

—La declaración que usted realizó después del ataque, es que algunas cosas desaparecieron del camarín, ¿cuáles fueron?

—Las tarjetas de las flores que Olimpia había recibido el día del estreno y un peine.

—¿Por qué cree usted que esas tarjetas eran importantes?

—Supongo que él buscaba una específica.

—¿A qué se refiere con eso?

—Olimpia recibió muchas flores con tarjetas, y una de ellas decía algo sobre un príncipe azul que la amaría, hoy y siempre, mientras que la señorita Beatriz recibió otra pero con una amenaza, y la

caligrafía de las dos tarjetas eran exactamente iguales.

—Señoras y señores del jurado, tengo en mi mano las dos tarjetas que acaba de comentar la señora Candela Ortiz, y las cartas de amor que encontramos en casa de Ramón Giménez acerca de Olimpia. Si comparan la letra, verán que son idénticas. ¿Esto es una coincidencia?, no lo creo. Sin más preguntas.

Laura se levanta pensando en las preguntas que debe hacer, pero no le viene nada a la cabeza, esta bloqueada, entonces improvisa:

—Señoras y señores del jurado, me figuro que sabrán que hay personas capaces de imitar cualquier letra. Todo esto es un plan para incriminar a mi cliente. Pruebas como estas, no pasan de ser simples coincidencia. Fernando Giménez, es un hombre que tiene los medios y los motivos para esto, ¿quién nos puede garantizar que todo esto no ha sido un plan suyo?

—Protesto, esta especulando.

—Ha lugar, abogada

—No tengo más pregunta.

Se escucha un rumor sin fin en la sala.

—¡Orden en sala, orden! ¡blam, blam, blam!

Todos guardan silencio y dirigen la mirada hacia la jueza.

—Haremos un receso, continuamos mañana a la misma hora.

—Señoría, ¿me puedo acercar? —Dice Laura, y la jueza asiente con la cabeza. —¿Ha considerado mi solicitud para cambiar a mi cliente de cárcel?

—No veo ninguna necesidad de cambio en este momento, esperaré hasta que finalice el juicio para tomar una decisión, si es inocente no habrá motivo, si es culpable, veré qué puedo hacer.

—Sí, Señoría.

—Se levanta la sesión. ¡blam!

Laura al dar media vuelta ve que Ramón es llevado a la salida y que el público se ha levantado. Al salir se encuentra a Lola en el pasillo.

—Laura, ¿de verdad eres tú?

—Hola Lola, ¿cómo estás?

—Un poco sorprendida la verdad, no te esperaba ver por aquí.

—Es mi trabajo y cobro por ello.

—Ya, pero no me imaginaba verte metida en un caso que involucra a la hija de tu mejor amiga.

—Ramón es mi ahijado, no lo puedo dejar de lado.

—Abuela, ¿la conoces? —Olimpia se acerca a las dos.

—Era la mejor amiga de tu madre, supongo que no te acuerdas de ella, pero fue al entierro de tus padres.

—No, no me acuerdo,

—Olimpia, que guapa eres, te pareces mucho a Liliam.

—Gracias, abuela, ¿nos vamos? —Lola asiente.

Glorioso amanecer

No es difícil ser elocuente cuando la causa es buena

Eurípides

Anochece, el calor del día va decayendo, una suave brisa los envuelve.

—Que agradable es esta hora para pasear.

—Sí, tienes razón, lo que pasa Raúl es que siempre me da pereza salir a esta hora.

—¿Llamaste a los chicos?, Lola.

—Sí, Miguel llegará más tarde por no sé qué compromiso que tenía, Olimpia vendrá directa del teatro.

—¿Cómo ves a Olimpia con todo este lío del juicio o mejor dicho de los juicios?

—Alterada, lo niega, pero está alterada, sobre todo después del juicio..., ¿sabes?, si de mi mano estuviera le decía a Héctor que se la volviera a llevar por ahí, cuando regresaron parecía otra.

—¡Anda, pero eso no tiene mérito!, si tu me raptas de esa manera yo también parecería otro.

—¿Insinúas algo?

—¡No! que va, ¿tu que crees?

—Pues la verdad no estaría mal, ¿pero soy yo la que te tengo que seducir?, normalmente es al revés.

—Mira Lola, el orden.... no altera el producto, como comprenderás a mi me da exactamente igual.

—¡Hecho!, cuando terminen los juicios, y todo vaya sobre ruedas me raptas.

—¿Sobre ruedas?, ¡huy!... me temo entonces...

Lola rompe a reír, su tono cantarín contagia a Raúl que la mira embelesado, tantos años enamorado de aquella mujer como un colegial y aún no sabe cómo llevar a buen puerto sus planes sin que ella se los boicotee.

Guardan silencio, cogidos del brazo dirigen sus pasos a una de las terrazas del paseo de Rosales. Tras tomar asiento y haber pedido dos horchatas.

—Y tú, ¿cómo te sentiste en las sesiones?

—Nerviosa, pero no por mi, ¿sabes?, lo pase fatal cuando Olimpia estaba allí en el estrado declarando y la bruja de Julia defendiendo a ese desgraciado que tan mal se lo ha hecho pasar a mi niña.

—Pero esa Julia, ¿no era amiga de tu hija?

—Sí, mira las vueltas que da la vida, dice que lo hace porque es su ahijado, chorradas.

—¿Pero lo hace bien?, porque al fin y al cabo eso es lo que importa.

—No se que decirte, tiene fama de super-abogada, pero la verdad, a mi no me lo parece.

—Pues ya está, si a ti no te gusta, meterá la pata y asunto resuelto.

—Que fácil lo ves todo, Raúl, pero sí, eso es lo que va ocurrir, ese tipo estará en la cárcel por siempre...

—Lola aquí no hay cadena perpetua además con las rebajas por buen comportamiento..., puede salir, de ser condenado, antes de lo que te imaginas.

—Eso no va ocurrir, ¿qué es lo que sucedería si en dos días está en la calle?, la vida de mi nieta

quedaría confiscada por ese psicópata.

—¿De qué psicópata habláis?

Olimpia de pie al lado de la mesa que ocupan ambos, los mira sonriente, ha llegado quedamente.

—¿De quien va a ser?

—Me imagino, pero ese está de momento a buen recaudo, y hoy nos vamos a relajar, de momento, y para empezar me voy a tomar una rica horchata como la vuestra, de solo verla, se me hace la boca agua.

—Eso está muy bien, aquí se está divinamente, tu hermano tardará un poquito, toma un chupito de la mía mientras.

La luz va menguando, los farolillos de la terraza se encienden, la brisa es cálida y relajante.

—Tienes razón abuela esto es el paraíso.

—¿A que has ido al teatro?

—La verdad que, a poca cosa, ya está todo preparado para iniciar las representaciones la próxima semana, ¿sabéis una cosa? que no hay entradas para dos meses, Manuel está que no cabe en sí.

—Suele ocurrir, tras el pollo que montó el Ramón, la gente se pone morbosa; pero son buenas noticias, ya era hora. El efecto llamada va a ser espectacular.

—Ojalá Raúl, pues desde el estreno no han dejado de suceder cosas, vamos que dan ganas de salir corriendo.

—Tranquila niña, todo parece por fin estar bajo control, ¿qué te comenta Héctor?

—Él está seguro que será condenado, y no con una pena menor, me dice que es probable que le pongan la «revisable», que no es perpetua, pero..., por cierto, le he comentado que había quedado con vosotros y a lo mejor viene, no os importa, ¿verdad?

—No, nos importa. Hola Héctor.

Olimpia se gira y ve tras ella a Héctor.

—Anda, si ya estás aquí.

Héctor tras saludar, toma asiento junto a Olimpia y pide una caña.

La conversación regresa al juicio donde cada uno desgrana sus impresiones. Al rato llega Miguel, cuando están ya todos se plantean cenar allí mismo a base de tapas, el tiempo y el lugar acompañan para una buena velada.

La conversación y los intereses han tomado otra deriva desde que han decidido quedarse allí.

—Calamares a la romana, ¡imprescindibles! —dice Olimpia.

—Siempre quieres calamares Oli, y sabes que a mi no me gustan.

—Tranquilos chicos, tú Miguel pide otra cosa, la carta es extensa, ¿no crees!

Todos ríen ante la expresión de Lola

—Hola, buenas noches.

—Anda Manuel, ¿que haces por aquí? —Olimpia le mira intrigada.

—Cumplir con mis obligaciones, pirata no perdona su paseo nocturno y menos hoy que le he tenido toda la tarde en el despacho del teatro.

—Pobre Pirata..., —comenta Olimpia haciéndole carantoñas al dálmata imponente.

—Manuel, ¿ha cenado? —pregunta Lola.

—No, vengo directo del teatro.

—Pues no hay más que hablar, cene con nosotros, ya ve a base de tapas, pero aquí las elaboran para chuparse los dedos ¿Verdad pirata que ya has paseado bastante? Además, algo habrá para que tú también te relamas.

Manuel se acomoda, pirata se aleja de él y se sitúa al lado de Olimpia.

—Este perro tiene mucho morro, mirad como se coloca donde más le conviene, Oli, le tiene súper mimado y aunque la regañe no hay nada que hacer, forman los dos un tándem infranqueable, y para pirata solo cuenta ella.

—Ni te molestes Manuel, es tozuda como una mula.

Manuel no puede contener la risa ante las palabras de Lola.

—Mula o no, es una excelente profesional, así que haga lo que quiera con Pirata, y él con ella, me trae sin cuidado —todos estallan en una carcajada.

Dirección alternativa

Busca la luz y la encontraras

M. Arndt

Héctor tenía solo dos días para encontrar nuevas pruebas que incriminaran a Ramón y, por ello, decide empezar por aquello que aún no le cuadra: la paliza que le habían dado delante del teatro. Por lo que reúne a sus compañeros para que empiecen a trabajar en esa dirección.

—¡Atención todos!, necesitamos más pruebas para presentar contra Ramón en el juicio y es urgente. Por lo tanto, no quiero a nadie de palique.

—¿Qué es lo que tienes en mente? —Le pregunta uno de sus compañeros

Héctor apunta hacia una foto colgada en el corcho.

—Esta foto fue sacada desde una cámara que se encuentra delante del teatro, el día en el que le dieron la paliza a Ramón, es nuestra única pista de momento. Tenemos que encontrar a este tío, — dice señalando al agresor—. Jorge y yo vamos hacer el camino a través de las cámaras, y visualizar el trayecto que hizo aquel hombre, mientras, Juan y Mara van a comprobar el recorrido de Ramón, después de haber salido del hospital. Carla intenta encontrar informaciones sobre Mercedes Flores, que es la testigo que ha convocado la abogada de la defensa y los demás, revisar el caso, por ver si nos estamos olvidando de algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo— dicen al unísono.

—Si encontráis alguna pista poneos en contacto conmigo inmediatamente.

Toman asiento en sus ordenadores dispuestos a localizar pistas. Héctor y Jorge, empiezan a visualizar los movimientos del presunto agresor, a partir de las ocho de la noche, la hora en que terminó la representación y el momento en el que a Ramón le dieron la paliza. El hombre caminaba encorvado y miraba continuamente hacia atrás por ver si alguien lo seguía, después de diez minutos se detuvo y entra en un centro comercial, cerca de la estación Príncipe Pío, pero las cámaras en ningún momento consiguieron registrar su cara, haciendo imposible escanear su rostro.

—Tendríamos que pedir una orden judicial para tener acceso a las cámaras del centro comercial, aún tenemos un día, el juez tendría que autorizarla lo más rápido posible.

Con el escaso éxito en su investigación, Héctor va a ver cómo van los demás.

—Chicos, ¿alguna pista?

—Héctor, hice lo que me pediste, he buscado información sobre Mercedes.

—¿Qué has descubierto?

—La verdad es que nada en concreto o sospechoso para el caso. Tiene 27 años, estudió Psicología, vive en Madrid, tiene una consulta privada donde atiende a sus pacientes, al parecer no esta apegada a su madre, pero sí a su padre. Pues tras el divorcio de ellos, ella se fue a vivir con su padre.

—Psicología..., tal vez Ramón diga que ella es su psicóloga y será la testigo que pueda ratificar que él no tiene problemas mentales. Intenta descubrir quiénes son sus pacientes, si es necesario ve a su clínica.

—De acuerdo.

—Juan y Mara, ¿habéis encontrado algo?

—Sí, Ramón después del hospital, cogió un taxi en la plaza del Cristo Rey, el taxi bajó por Princesa

y al llegar a la Plaza España se detuvo, Ramón se bajó y a buen paso se dirigió a la estación de Príncipe Pío y entra en el centro comercial.

—Centro comercial... eso sí es una pista, los dos han entrado en el centro comercial, ahora solo hay que esperar la orden judicial para que podamos tener acceso a las cámaras, pero eso solo será posible mañana. Los demás, ¿habéis descubierto algo?

—Tenemos una idea.

—¿Cuál?, ilumínanos, que falta nos hace.

—A través de las cámaras, se puede también comprobar si Ramón estuvo en aquel parque cuando Arturo murió.

—Pero seguro que mucha gente andaba por aquel parque, no sería una prueba muy determinante.

—Ya, pero si hay muchas personas, a lo mejor alguien vio algo...

—Tenemos muy poco tiempo, hacer esas comprobaciones ahora, creo que no sería nada productivo ¿Tenéis algo más?

—Bueno, sabemos: que Ramón estaba con Olimpia en el teatro, que él no durmió allí, por lo tanto, en algún momento salió del teatro, si seguimos sus movimientos puede que revele su cara a las cámaras.

—Esa idea me parece prometedora. Vosotros os encargáis de esto, tengo que mandar una petición urgente al juez, tenéis hasta mañana para darme una buena noticia, estamos yendo contra reloj.

Héctor va a su mesa donde empieza a redactar el escrito, al terminar pide a uno de sus compañeros que se lo lleve al juez con la máxima urgencia.

—Héctor.

—Sí.

—He buscado la lista de los pacientes de Mercedes, pero como es de suponer no logré nada, fui a su consulta. Me dijo que era información confidencial y que solo nos la enseñaría con una orden judicial. Aproveché para preguntarle si conocía a Ramón Giménez y a lo que me respondió, que ella no estaba obligada a contestarme porque la amparaba el secreto profesional.

—Volvemos a dar un paso atrás. Acabo de mandar al juez la petición de una orden judicial para las cámaras del centro comercial, hago otra y después la llevas en mano, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Si acepta las dos peticiones, te encargas tú de ir a la consulta.

—Ok.

—Gracias, Carla.

—De nada. —Héctor acelera aún más el ritmo para escribir la segunda petición al juez.

—Chicos, por hoy esto es todo, mañana seguimos, esperaré ansioso las noticias. Carla, toma, aquí está la petición.

—La llevaré enseguida.

Héctor se va a casa sin dejar de pensar si está dejando pasar algo, tal vez tendría que haber dejado el caso cuando descubrió sus «sentimientos» por Olimpia, hubiera sido más prudente, pero ahora es tarde para arrepentirse, tiene que seguir adelante.

...

Al amanecer, Héctor ya se encuentra delante de la comisaría, respira hondo, esperando recibir alguna información valiosa a lo largo del día, y que sus compañeros hayan descubierto algo más, sin contar con las peticiones que había solicitado al juez, entra confiado, con paso decidido.

—Ángeles, dime que han llegado.

—Si Héctor, ya sabes que tu con esto, siempre tienes suerte. —Lo dice mientras le da dos sobres.

—Muchas Gracias. —Héctor se dirige a la sala de reuniones donde ha convocado a sus compañeros. —Chicos tenemos las órdenes judiciales, Carla ya sabes que hacer.

—Marchando.

—Los demás, ¿habéis logrado descubrir alguna pista?

—Estuvimos siguiendo los pasos de Ramón después que salió del teatro, pero no se fue a casa, se quedó en un bar toda la noche y por la mañana seguimos vigilando sus pasos, sin embargo, cuando su cara apareció, por fin, en una cámara, salía de una tienda y su ropa era distinta, por eso no hay como comprobar que él que entro antes, era Ramón.

—Bueno, lo que podéis hacer es ir a aquel bar y preguntar si alguien se acuerda de él. Pero, si pensáis en algo más me lo comentáis cuando vuelva, porque ahora me voy al centro comercial con Jorge.

—De acuerdo.

Héctor coge el coche con su compañero, marchan hacia el centro comercial, dirigiéndose posteriormente a la sala de seguridad para ver las grabaciones de las cámaras.

—Disculpen, no pueden entrar aquí —Dice el guardia.

—Policía. —Dice Héctor enseñando su placa y la orden judicial. —Queremos ver las cámaras del día quince de junio desde las ocho de la noche.

—De acuerdo, tomen asiento, para ver las grabaciones, yo estaré en la otra sala, para cualquier duda que tengan me llaman.

—Gracias.

Los dos se acomodan y se preparan mentalmente para ver miles de imágenes una tras otra. Empiezan a ver la grabación de las cámaras desde las ocho y diez que fue cuando el agresor entro en el centro comercial, le ven dirigiéndose a la segunda planta donde se acomoda en un asiento aproximadamente por una hora, hasta que llega Ramón. Dentro del centro comercial, Ramón da un sobre al hombre, que lo abre y saca el contenido para comprobar si está todo correcto, y cuando lo hace, Héctor y Jorge, ven el contenido, hay dinero dentro, no obstante, los dos se mantienen muy discretos, siempre cabizbajos. Sin embargo, se puede usar como prueba el hecho de que Héctor vio a Ramón entrando en el taxi, este hecho le convierte en un testigo, para posteriormente enseñarles al tribunal la grabación de las cámaras.

—Toc, toc —Héctor llama a la puerta del guardia.

—¿Sí?

—Necesitamos copia de esta grabación, que va: desde las ocho hasta las nueve y media, ¿nos la puede copiar en este pendrive?, por favor.

—Por supuesto, deme un minuto.

—Muchas gracias.

—Héctor, por fin tenemos algo.

—Si Jorge, y además tenemos el informe de la central de taxis, por suerte llega mañana antes de la hora del juicio.

—Aquí tienen la grabación.

—Muchas gracias.

—No hay de que.

Vuelven a la comisaría donde encuentran a Carla en la entrada.

—Carla, ¿todo bien?

—Si, acabo de llegar.

—¿Alguna novedad?

—Tengo la lista de los pacientes, toma. Pero no vas encontrar el nombre de Ramón

—¿Crees que lo quito?

—A lo mejor al estar él en la cárcel, lo hizo para dejar claro que él no es su paciente.

—Puede, si eso llama a la cárcel de Torrecica y pide hablar con Fernando, pregúntale si sabe algo sobre el tema.

—De acuerdo.

Se dirigen a la sala de interrogatorio, donde encuentran a los demás compañeros detrás del espejo, hablando.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí charlando en vez de estar trabajando?

—Te estábamos esperando jefe, el barman del bar está ahí.

—¡Hum!, Mara y Juan, tengo una tarea para vosotros; aquí está la grabación del centro comercial, quiero que hagáis un video del trayecto de Ramón hasta el centro comercial y después juntáis con lo que está grabado aquí, si podéis poner el efecto que haga que pase más rápido mejor, tendréis también que añadir una imagen enseñando al agresor entrando en el centro comercial, en esa parte podéis pedir la ayuda de Jorge. Cuando terminéis hacéis una copia para mandarla al fiscal, pero antes me la enseñáis.

—Nos ponemos a ello.

—Gracias, ahora voy a ver lo que me dice el barman. —Entra y se sienta en la silla frente a él. — Buenas tardes.

—Buenas.

—Tengo que hacerle algunas preguntas, ¿algún problema?

—No para nada.

—¿Reconoce a este hombre? —Le enseña una foto de Ramón.

—Si, iba al bar casi todos los días, hace ya unas semanas que no le veo.

—Es porque está en la cárcel.

—No lo sabía.

—No hay problema. ¿Sabría decirme si él fue al bar el día diecisiete o dieciocho de junio?

—¡Uy!, con una fecha tan exacta, es un poco difícil.

—Intente hacer memoria, fue hace tres semanas, nada más

—¡Puf!, ¿no sería más fácil ver las cámaras del bar?

—Sería, pero no tenemos tiempo de pedir una orden judicial, el juicio es mañana.

—¡Ah!, tal vez pueda ver el registro de los pedidos, sin duda habré apuntado su nombre.

—Eso sería perfecto. ¿Le importaría testificar mañana?

—Sin problemas.

—Muchas gracias. Cuando tenga el comprobante de que él estaba en el bar, me avisa y mando alguien a buscarlo, tengo que mandarlo al fiscal.

—Descuide.

Se despiden, Héctor ahora con una sonrisa en el rostro por haber logrado una pista importante.

—Héctor.

—Dime Carla.

—Hable con Fernando, me dijo que Ramón nunca hizo terapia, o por lo menos, que él sepa y también dijo que no conoce a Mercedes Flores.

—Eso es raro... ¿qué estarán maquinando?

—Ni idea, ¿necesitas algo más?

—No Carla, buen trabajo, puedes irte a casa, eres la mejor, pero ¡chsss!, no se lo digas a nadie que te dije esto, ya sabes...

—De acuerdo, jefe, hasta mañana.

—¡Héctor!, el video está listo.

—Muy bien, déjame verlo. —Tras algunos minutos de visionar el video se refleja una alegría en la cara de Héctor. —Genial chicos, ya lo podéis mandar al fiscal.

—De acuerdo, ahora mismo lo mandamos.

—Gracias, cuando terminéis podéis ir a casa.

Héctor se sienta a su mesa aliviado, todo ha salido conforme a los planes, ahora solo necesita esperar la confirmación del barman para que el día sea perfecto. Mientras aguarda hace una llamada.

—Hola.

—¿Cómo estás guapo?, ¿tienes más pelos blancos por el stress?

—Jajaja... que graciosa eres, creo que debías dejar los musicales para hacer comedia.

—No seas bobo...

—Bueno... ¿como va todo por casa?

—Tranquilo, bien ¿Habéis logrado algo?, estuvisteis trabajando mucho estos dos días.

—Por suerte sí, solo estoy esperando una cosa y me voy a casa, mañana el día será largo.

—Ni me lo digas...

—Venga, descansa, nos vemos mañana.

—Vale, que duermas bien.

—Tú también, besitos.

—Besitos. —Cuelgan.

—¡Héctor!

—Voy Ángeles. —Se levanta y se dirige a la entrada de la comisaría donde encuentra al barman, que finalmente se lo ha traído en mano.

—Inspector.

—Hola. —Se dan la mano brevemente.

—Aquí está lo prometido.

—Muchas gracias, pero no hacia falta que viniera usted. ¡Ah!, la hora del juicio es a las dos, en los juzgados de la Plaza de Castilla, tenga el pase, ahí ya le indica la sala.

—Muy bien, allí estaré.

—De acuerdo, hasta mañana.

—Adiós y buenas noches

Héctor va al ordenador para escanear la hoja de los pedidos de Ramón del día diecisiete, al terminar manda la copia al fiscal. Su trabajo allí ha terminado y se va a casa. En ese momento lo único que necesita es tumbarse y descansar, este caso le ha dejado exhausto, pero ahora puede relajarse, si todo sale bien, mañana pondrán el punto final a todo.

Sed de justicia

Las pruebas pesan más en la balanza de la justicia que los más elocuentes discursos.

B. Jonson

Todos han llegado a la sala del tribunal, se acomodan en sus sitios. El fiscal se levanta y se dirige a la mesa donde están sentados Julia y Ramón.

—Todavía tiene una oportunidad de llegar a un acuerdo. —Dice el fiscal a la abogada.

—Solo nos lo está planteando porque sabe que va a perder.

—No estaría tan seguro de ello.

—¡Todos en piel!

—¡Blam!, pueden empezar.

—La defensa llama a Héctor Ramírez, a testificar.

Se levanta y va hacia el estrado donde realiza el juramento.

—Héctor Ramírez, ¿se ve cualificado para llevar a cabo la investigación de este caso?

—Sí, pero no comprendo...

—¿En ningún momento pensó en renunciar al cargo de inspector?

—¿A qué viene esto?

—Conteste por favor. —Le indica la jueza.

—No, nunca pensé en renunciar.

—Señores y señoras del jurado, el inspector tiene una relación afectiva con la testigo Olimpia Velasco, la que dicen ser la principal víctima del caso. ¿Les parece correcto que él estuviera al mando de esta investigación?, ¿no les parece que hay un contundente conflicto de intereses? Es por ello que su investigación está contaminada.

—Siempre mantuve la investigación en lo profesional, exclusivamente.

—Ya, pero mantener o no la investigación en lo profesional no anula sus sentimientos, ¿los anula?

—Aún así, dejé lo personal a un lado para hacer un buen trabajo, esto no resta méritos a la investigación.

—Si lo dice... —Se da media vuelta y va en dirección a su asiento, pocos segundos antes de que se sentara dice: —Sin más preguntas.

—Señores y señoras del jurado,—dice el fiscal—, tengo aquí en mis manos un vídeo, que después de que lo visionen les aclarara muchas cosas. —Va a su mesa, donde conecta el pendrive en el ordenador que está unido a su vez un proyector, transmitiendo la imagen en la pared blanca que está delante.

Tras terminar de ver el vídeo en el que Ramón, después de salir del hospital, va a encontrarse con su propio agresor, el fiscal sigue con su discurso.

—Algunos de ustedes pueden estar pensando: que en ningún momento se muestra la cara de los dos hombres, ¿cómo asegurarse de que es Ramón Giménez? Si se han fijado al principio del vídeo, vemos a Héctor Ramírez y a Olimpia Velasco dejando a Ramón Giménez en un taxi, por lo que se convierten en dos testigos fiables, de que aquel era Ramón. Si aún tienen dudas, podrán comprobarlo con este informe de la central de taxis. Sin embargo, le haré la pregunta directamente al testigo.

Héctor Ramírez, ¿el que entró en el taxi aquel día era Ramón Giménez?

—Sí.

—Pero ¿qué tiene que ver el hecho de que él se haya encontrado con el agresor después? —Protesta Julia.

—Abogada espere su turno. —Dice la Jueza

—Significa que esa agresión fue acordada entre los dos, Ramón Giménez pagó para que le dieran una paliza.

—¿Cuál es la correlación de todo esto con el caso? —Dice la abogada defensora,

—Estoy en ello abogada. Héctor Ramírez, ¿nos puede contar el testimonio que realizó Ramón Giménez en el hospital?

—Tengo aquí mis notas, las voy a leer: «El tipo, él que me ha atacado, no dejaba de proferir amenazas contra ella, Olimpia. Eran frases sueltas, él sabía que mi padre trabaja en el teatro, decía que no iba a quedar nadie, que solo era cuestión de tiempo y mentaba a Olimpia, Arturo, Manuel..., era como si quisiera que yo fuera el que debiera dar la alerta, eso sí, no entiendo porque se ha liado a hostias conmigo, siempre se ha dicho que no se debe matar al mensajero».

—Por lo tanto, señores y señoras del jurado, ¿por qué Ramón Giménez se iría a encontrar con alguien que pronunció estas palabras?, ¿habrá querido probar algo?, me parece muy improbable que haya sido ese el motivo. Ahora, quiero preguntarle a Héctor Ramírez, ¿qué otras pruebas han encontrado en casa de Ramón Giménez, sin contar con las que ya se mostraron antes?

—Encontramos la navaja, el arma usada en el asesinato de Arturo Santiago, en el laboratorio forense ha sido encontrado resto de sangre de la víctima y huellas de Ramón Giménez, sin contar con el distorsionador de voz usado en el secuestro de Olimpia Velasco, todo esto estaba escondido en el trastero de la casa. —Mientras Héctor habla, el fiscal les va enseñando las fotos al jurado y la jueza.

—Sin más preguntas... Ahora la fiscalía llama a Pedro García a testificar.

Él cambia de asiento con Héctor y hace el juramento antes de que empiecen las preguntas.

—Señores y señoras del jurado, voy a mostrarles otro vídeo, del día en que la señorita Olimpia Velasco fue secuestrada. —Le da al play del reproductor y sigue hablando: —El secuestrador salió del teatro y no fue su a casa, seguimos sus pasos a través de las cámaras de tráfico, él se encaminó a un bar, donde estuvo toda la noche. El barman del local puede confirmar que el hombre que ven de espalda, todo vestido de negro, es Ramón Giménez, en mi mano tengo una nota del pedido del día diecisiete de junio, y en la parte superior de la hoja hay un nombre: “Ramón”. —Lleva la nota que tiene en las manos y se la enseña al jurado y a la jueza. Pedro García, ¿puede confirmar que este hombre estaba en el bar el día diecisiete?

—Sí, estaba, iba casi todos los días al bar.

—Gracias, sin más preguntas. —El fiscal se retira dando voz a la abogada de la defensa.

—Señores y señoras del jurado, han visto en el vídeo que había más de una persona en el bar, puede que mi cliente estuviera allí, pero eso no indica que él era aquel sujeto vestido de negro. Ramón Giménez tiene muchos problemas con su padre, sobre todo en la convivencia, esa es la causa de salir por la noche y solo regresar a casa por la mañana, que era cuando el padre se iba al trabajo. Pedro García, ¿puede asegurarnos al cien por cien que aquel hombre vestido de negro es Ramón Giménez?, recuerde de que está bajo juramento y el perjurio es un delito grave.

—No...

—Sin más preguntas. Ahora me gustaría llamar a la testigo final, Mercedes Flores.

Ella entra en el recinto y camina con elegancia como si estuviera en un desfile de moda, se sienta en el estrado y con la mano en la constitución hace el juramento.

—Srta. Flores, ¿nos puede decir cuál es la relación que tiene con Ramón Giménez?

—Sí, soy su novia.

Al escuchar estas palabras en la sala, por la sorpresa, se intercambian palabras y miradas, se muestran desconcertados con aquella información.

—¡Blam! ¡Orden en la sala!

El fiscal se dirige a la jueza, para hacerle una petición.

—Permiso Señoría, nos puede dar un pequeño receso para que nos preparemos para esta testigo, no se nos había informado de su comparecencia.

—Concedido, volvemos en treinta minutos. —Sale de la sala y se escucha un murmullo entre el público asistente.

El fiscal llama a Héctor para hablar, tienen que pensar en alguna estrategia.

—¿Qué coño es eso?

—Ni idea, Carla no me dijo nada sobre esto, espere, que la llamo. —Teclea su número y hace la llamada. —Carla.

—Sí, inspector.

—Cuando estuviste investigando sobre Mercedes Flores, ¿había alguna información de que tenía pareja?

—Ninguna, ¿por?

—Por nada, gracias.

—De nada. —Después de colgar se quedan los dos mirándose, pensando en qué hacer ahora.

—¿Estará mintiendo?

—Tal vez sí o tal vez no, ¿puede ser que se trate de una relación abierta?

—¿Pero, esto qué tiene que ver?

—Tal vez ella conozca los sentimientos de Ramón por Olimpia, pero si es una relación abierta ellos pueden vincularse con otras personas, por eso en sus redes sociales no hay ninguna mención de que tiene pareja.

—Si es así, eso no le impediría a Ramón obsesionarse por Olimpia como un loco.

—No.

—Ese puede ser un buen camino por donde tirar en el interrogatorio.

—Haré eso. Tomare esa línea en el interrogatorio

—¡Todos en pie!

—¡Blam! La defensa puede proseguir.

—Mercedes Flores, como decía usted antes, se declara la novia de Ramón Giménez, ¿verdad?

—Sí.

—Sé que es psicóloga, ¿en algún momento en su relación con él, notó alguna peculiaridad en su personalidad?, ¿diría que su novio es capaz de matar?

—Nuestra relación siempre fue tranquila, nunca tuvimos ningún problema, él no es celoso, ni posesivo, siempre me daba el debido espacio, es un amor de persona, por lo tanto, no, no le veo capaz de matar a nadie.

—¿Capaz de secuestrar a alguien?

—Tampoco.

—¿Capaz de envenenar?

—No.

—¿Y de cometer un atentado en el teatro?

—Por supuesto que no, ¿que ganaría él haciendo esas cosas?

—De acuerdo con su diagnóstico profesional, ¿cómo describiría a Ramón Giménez?

—Una persona dulce, que tiene algunos problemas familiares, como cualquiera. Creo que la mala relación que él tiene con el padre es porque su madre los abandonó, cuando aún era muy pequeño y el padre lo tuvo que criar solo. Pero estas circunstancias no harían que él se convirtiera en una mala persona, siempre quiere demostrar que es un buen hombre, tal vez, porque no quiere que lo comparen con su padre, un asesino confeso.

—Protesto, ¿Mercedes Flores no está aquí como perito psicólogo, sino como novia del acusado?

—Ha lugar, por favor señoras y señores del jurado, no consideren el testimonio que acaba de dar Mercedes Flores, porque ella no ha sido convocada como perito. Fiscal puede iniciar su interrogatorio.

—Srta. Flores, usted afirma ser su novia, ¿con qué frecuencia se encuentran?

—Una vez a la semana, más o menos, trabajo mucho, lo que nos impide estar juntos con más frecuencia.

—¿Por qué no hay ninguna foto de ustedes en sus redes sociales?, ¿se trata de una relación abierta?

—No me gusta que la gente sepa de mi vida privada, y no, no es abierta.

Tras esta última declaración, el fiscal y la defensa hacen sus correspondientes alegatos

—Ahora el jurado se retirará para deliberar y tomar una decisión, sobre la inocencia o culpabilidad de Ramón Giménez.

Tanto el jurado como la jueza se levantan y salen.

...

—Héctor, ¿crees que tenemos oportunidad de ganar el caso? —Le comenta Olimpia

—Creo que llevamos las de ganar, aunque Mercedes sea efectivamente la novia de Ramón, el fiscal ha conseguido darle la vuelta a la argumentación en su alegato final.

—Eso espero...

—Tranqui Oli, ve con tu familia, tengo que hablar con el fiscal.

—Vale. —Da media vuelta y se sienta al lado de Miguel y de Lola.

—Hermanita, ¿dónde está esa sonrisa?, ¿ya te has olvidado de nuestros planes?

—¿Qué planes?

—¡Ay!, te lo juro bonita, hemos quedado que, cuando todo esto terminara, nos íbamos los dos al Caribe, y que cogríamos un poco de la herencia de nuestros padres.

—¡Es verdad!, lo vamos a pasar genial, aún más porque estamos en verano, pero... aún no ha terminado el juicio.

—Eso solo es una cuestión de tiempo y no te preocupes de nada, yo ya lo estoy organizando, tu como si fueras el equipaje.

—¡Ah!, qué bonito, ¿a mí no me invitáis o qué?

—Abuela, no te pongas así, estoy seguro de que aprovecharás mucho nuestra ausencia... ¿qué me dices de Raúl y tú?... ¿eh?,

—No hay nada.

—Abuela déjalo ya, que ni Olimpia ni yo estamos cegatos, jaja. Dale una oportunidad, venga, os se la merecéis.

—Hummm...

—Sin contar... que alguien tiene que cuidar a Percy...

—Tendrás morro.

—No seas mala, abuelita...

—Venga, abuelita. —Olimpia ayuda a Miguel a convencerla.

—Vale, ¡uff!

—Te amamos.

—Ya, me amáis mucho lo sé...

—¡Todos en pie!

—¡Blam!, ¿el jurado ha llegado a un veredicto?

El bedel recoge el sobre que le entrega el representante del jurado y se lo pasa a la jueza, una vez que lo ha abierto y leído, da el permiso al portavoz para que lo lea en voz alta. El portavoz se levanta de nuevo para dar el veredicto.

—El jurado declara al reo culpable.

—¡Mierda!, ¡Pum! —Ramón da un fuerte golpe en la mesa, rezuma rabia.

—Si usted no se tranquiliza, tendré que desalojarle de la sala y rechazaré la petición de cambio de cárcel.

—Perdón, Señoría.

—En este juicio, llegaron pruebas concretas de asesinato, secuestro y la agresión dirigida a Candela Ortiz, yo condeno a Ramón Giménez a veintitrés años y tres meses de prisión revisable. Si se encuentran nuevas pruebas, que demuestren el atentado al teatro y el envenenamiento a Laura Sánchez, convoquen otro juicio. Él cumplirá la sentencia en la Cárcel Herrera de la Mancha. Se levanta la sesión. ¡Blam!

Al fondo se escucha a todos celebrándolo, mientras Ramón está que se muere de rabia, sus ojos

echan chispas. Un guardia entra, lo esposa y lo lleva a su nueva «residencia».

...

—Oli, al llegar a casa ya puedes hacer tu maleta.

—Tú también.

—¿Maleta?, ¿a dónde vas?

—Nos vamos de vacaciones al Caribe mi hermano y yo.

—Tranquilo, Héctor, no te sientas excluido, que a mí tampoco me invitaron.

—Dejad de tonterías, esto es algo entre hermanos, ¿a que sí Oli?

—Sí, hermanito.

—¿Cuándo os vais?

—Aún no lo sabemos, hay que comprar los billetes antes.

—Pues aprovechar, y disfrutar mucho, porque cuando vuelvas salimos tú y yo.

—¿Ya te estás despidiendo? ¿o qué? No me voy a ir hoy, y tú nos podrías llevar al aeropuerto, ¿o no?

—De acuerdo. Pero ahora me tengo que ir a comisaría, a resolver unos últimos detalles.

Se despiden con un beso y Héctor se va.

—Uy, uy, uy...

—Miguel, no empieces, que sé que tú también estás saliendo con alguien...

—Ah, ¿sí?, ¿por qué soy siempre la última en saber todo?

—Abuela...

—No, no quiero saberlo. —Se da media vuelta y se va enfurruñada.

—¿Estará enfadada?

—No, está fingiendo, verás que en casa ya no sigue interpretando.

—Hum, culpa tuya, has dicho lo que no debías. —Olimpia le saca la lengua, lo abraza por el hombro y salen contentos de los Juzgados.

Recompensa

Los viajes, en la juventud, son una parte de la educación, y en la vejez, una parte de la experiencia.

F.Bacon

El intenso ruido de los motores se deja sentir cuando el avión enfile la pista de despegue. Olimpia y Miguel se cogen de la mano como han hecho desde que eran pequeños, para después ya en el aire emitir el saludo que crearon cuando eran unos adolescentes y reír sin asomo de recato.

—¿Cómo se te ha ocurrido ir a Cuba?

—Oli, yo cogí toda la responsabilidad, querías ir al Caribe, pues yo te llevo al Caribe.

—Ya..., pero Cuba

—Tranqui hermanita, que vas a flipar.

—Si tu lo dices...

—Tenemos por delante quince días, te aseguro que no te vas aburrir, además ha salido muy económico, si somos cuidadosos y no te encaprichas de todo lo que veas, apenas hemos dado un pellizco al dinero de la herencia.

—Y, ¿por qué tanto ahorro?

—Para tener solvencia para otros proyectos.

—¿Qué proyectos?

—Más viajes.

—Estas loco.

Tras cenar, se acomodan para ver una película que han decidido entre los dos, pero ninguno es capaz de llegar al final, se quedan profundamente dormidos, los días previos han sido agotadores para ambos; Miguel presentándose a los exámenes finales y obteniendo muy buenos resultados, Olimpia con las representaciones y los juicios.

Se despiertan con los ruidos del ambiente sin saber muy bien donde están; la azafata al llegar con el carrito del desayuno a su altura, les pregunta qué desean.

—Café, pero solo —dice Olimpia, que le cuesta aún mantener los ojos abiertos y reposa su cabeza lánguidamente en el hombro de su hermano.

—Lo mismo.

Una vez que tienen el desayuno en las mesitas frente a ellos lo miran como si se tratara de un sortilegio.

—¿Tú tienes hambre?

—Muchísima, si tu no quieres algo me lo pasas.

—Nunca he entendido cómo puedes abrir los ojos y lo primero que se te ocurre es comer, si has dormido todo el trayecto y no has gastado energías.

—¡Huy hermanita!, lo dicho, si no quieres, no te preocupes que yo me lo apañó.

Al rato anuncian por la megafonía que están circunvalando la isla, y que en breve se iniciará las maniobras de aterrizaje, las azafatas se apresuran en recoger. Cuando se inicia el descenso se vuelven a coger de las manos, se miran y una amplia sonrisa se abre camino en sus rostros.

Nada más salir del aeropuerto tras recoger su equipaje y aguantar una hora de cola en el control policial, les azota un calor húmedo y bochornoso.

Olimpia se dirige a la cola de los taxis.

—¿A donde vamos?, Miguel.

Miguel da la dirección y el vehículo se pone en marcha, ambos en el asiento trasero miran por la ventanilla, no se quieren perder nada.

Al cabo de media hora el taxi ha enfilado por el malecón habanero, los carritos propulsados a veces a pedal y otras a motor, invaden el entorno, el taxi frena detrás de uno, a simple vista el habitáculo reservado para los pasajeros es pequeño, como para dos personas, pero Olimpia y Miguel no salen de su asombro cuando cuentan hasta seis preciosas muchachas que se apean del vehículo entre risas y chanzas.

—¡Increíble!

—No crea señorita, a veces son capaces de subir más, si las dejan, claro.

Llegan al pie del hotel, tras bajar el equipaje y hacer el registro en la recepción, suben a la habitación.

—El hotel es precioso Miguel, pero como se nota dónde estamos.

—¿Por qué?

—Fíjate en las cortinas, son tan viejas que se transparentan, da la sensación que si las descorro me voy quedar con ellas en las manos.

—¡Exagerada!

—No, si no pasa nada, solo te comentaba una realidad.

Deshacen el equipaje, una ducha rápida, y ropa fresca y se lanzan a la calle dispuestos a descubrir todo lo que se les ponga a tiro de la Habana.

Suben por el malecón hacia la Habana vieja, les llama la atención las preciosas casas coloniales, casi en ruinas; no son conscientes pero sus andares son más parecidos a un baile, la música está en el ambiente, de forma continua y los paran ofreciéndoles de todo.

—Parece que llevamos una pegatina, «turistas».

—Sí Oli, es que, aunque no te lo creas somos pegatinas andantes.

—¿Por?

—Tu ropa, mi ropa, todo es una proclama al viento.

—Tienes razón, a mi se me van los ojos a los coches, son increíbles, por lo menos son de los años cincuenta y con ese colorido.

Se adentran por un callejón donde el gentío, sin prisa, va de un lugar a otro, ellos entran en una tasca

—Antes de ir a comer se impone un mojito.

—¡Hecho!, ¿y donde vamos a comer?, si se puede saber señor experto.

—No te preocupes, el guía se ocupa de todo.

Toman un carrito al salir de nuevo a la calle.

—¿A dónde quieren ir?

Miguel le da una dirección. —Es un paladar.

—Ya, lo conozco, pero los hay mejores.

Olimpia y Miguel se miran ante el comentario.

—¿Está usted segura?

—Hay mi hijito, si no lo estuviera mi negocio se arruinaría.

—Pues llevemos al que usted considere.

—¿Miguel que es un paladar?

—Son pequeños restaurantes en casas particulares, pueden tener entre tres y cuatro mesas y se come auténtica comida cubana.

—Interesante.

La comida ha resultado deliciosa y económica, a la salida de la casa les espera Nadia, la motorista que los ha llevado hasta allí y que a partir de entonces los llevará de aquí para allá, y ningún rincón de la Habana quedará oculto a su vista. Con ella vistan la Habana vieja, el Capitolio de la Harbak, el Castillo de los tres reyes del Morro...

A los pocos días abandonan la ciudad, exhausto pero felices y van a la costa. El resplandor de la playa casi los ciega.

—Es precioso, igual que en las pelis, bueno mejor dicho es mucho más.

Las mañanas las pasan en las playas, han salido de excursión marítima, con la posibilidad de nadar con delfines, navegar en barcos de vela, bucear para contemplar la biodiversidad marina, los arrecifes de coral. El fondo marino les muestra un arco cromático casi inimaginable, por ello han ido de un lado a otro de la isla. El espectáculo es infinito.

Recorren playa tras playa, Olimpia no sale de su asombro. Van a la playa Che Guevara en Punta Cana, en Cayo Largo, visitan la playa Paraíso. Miguel informa que, en el primer viaje de Colón en 1492, fondeo allí, incluso se desplazan desde Palma Rubia a Cayo Levisa, llegando a una pequeña isla en Ferry, donde se alojan en unas cabañas del único hotel de la zona. Está salida les da la oportunidad de disfrutar de Punta Arena y de la playa Ancon, consideradas las playas del Caribe por excelencia.

Las tardes se dedican a descubrir el entorno, localizan en un rincón de un parque un cenador donde preparan unas piñas coladas insuperables y difíciles de evitar y que no tienen nada que ver con la que los camareros les obsequian cada dos por tres en la playa. Por ello se convierte en una visita nocturna casi fija.

—A mi me gustan mucho, creo que a la abuela le encantarían.

Están en la carretera en un tenderete de un artesano que les muestra con orgullo la pareja de criollos que presentó hace unos años en un concurso mundial de escultura y de la que se llevó el primer premio. Ahora hace replicas de diferentes tamaños.

—Aquí no sé cuántas habrá, pero por el mundo están en muchos lugares, Francia, Inglaterra, USA, Japón..., yo se las empaqueto y llegan bien, lo único que les pido si no les importa, es que cuando les hayan encontrado su lugar me hagan una foto y me la manden, ya ven...

Hace un gesto hacia un tablón, donde hay toda una colección de fotos de diversos lugares y con protagonistas de todas las razas y edades, junto a los criollos.

—Ya ven, me hace ilusión saber donde van a parar.

—Descuide, recibirá esa foto, mi abuela se va a poner como loca cuando los vea.

Quedan para el día siguiente, para recoger los criollos, se tomarán una última piña colada y proseguirán el viaje.

Regresan a la Habana y llaman a Nadia que los recoge en el Hotel, aprovechan la mañana para visitar los lugares que no les dio tiempo, para terminar en un nuevo paladar antes de subir a bordo del velero que los llevará a Puerto Rico.

—¿Qué vamos a Puerto Rico?

—A ver Oli, en que quedamos, tú pedías Caribe, pues toma Caribe, ahora cuando llegemos desde un lugar que se llama Fajardo.

Según lo dice lo busca en el mapa que ha desdoblado y que con la brisa no hay manera de abrir por completo, cuando lo consigue.

—Desde aquí, tomaremos un Ferry a Isla Culebra, donde está la playa Flamenco, que está en la lista de las diez mejores playas del mundo ¿A que he hecho bien los deberes?

—No me cabe la menor duda hermano, lo has hecho genial.

Son sus últimos días caribeños, cuando llegan a Isla Culebra se instalan en un pequeño hotel, muy módico pero encantador, tras acomodarse, corren a la playa, es una playa virgen, sin ninguna clase de servicios, rodeada de manglares y verdes montañas, corren, chapotean para finalmente tumbarse en la arena, blanquísima con un tacto parecido al talco.

—Es fabuloso Miguel.

—Ya, pero aquí no hay nada que hacer, solo playa, sol, y vaguitar.

—También leer, Miguel, mucho libro en el equipaje y ahí están intactos.

—Buena idea, ahora nos toca descansar de las vacaciones, ja, ja.

Y así pasan los últimos días, paseando por la playa, tumbados leyendo durante horas y charlando sobre nuevos proyectos.

El vuelo de regreso desde San Juan, transcurre sin incidencias. Cuando aterrizan en Madrid los dos hermanos se sienten más unidos que nunca.

Tras recoger su equipaje de la cinta y traspasar las puertas de salida de llegadas lo primero que ven es a Lola con Raúl y a Héctor que los esperan. Lola los abraza efusivamente mientras, Raúl y Héctor se quedan en un discreto segundo plano.

—¿Qué tal niños? ¿Cómo os lo habéis pasado?

—Genial abuela, dice Miguel, ya te iremos contando, eso sí, Oli se ha saturado del Caribe.

Héctor ha aprovechado este receso y ha abrazado a Olimpia, el resto los miran con una amplia sonrisa.

—Creo que nos ha venido muy bien, Héctor; es la primera vez que estando juntos, hemos echado un cerrojazo al pasado lejano y reciente, y hemos vivido intensamente el presente, como si no existiera nada más.

—¿Ni yo Olimpia?

—Pues sí, ni tú, pero no te pongas ñoño pues ahora ya estas en primer plano.

—Ya sabes..., tenemos que...

—Sí nosotros, irnos, pero tengo una idea..., sería mejor en invierno porque...

La conversación prosigue de camino a los aparcamientos.

—¿Ya te quieres ir de nuevo?

—¡Huy! abuela, que oído más fino, y luego te quejas de que pierdes audición, tranquila no nos vamos a ir ya.

—¡Menos mal!, ya sabéis que hasta que no os veo de vuelta..., siempre me ha ocurrido y lo siento, pero no lo puedo remediar.

Todos ríen ante las palabras de Lola que los acompaña a su vez, sin sentir ni pizca de rubor.

Epílogo

—Corre, date prisa, que no nos podemos retrasar.

—Tranquila niña, habrá tiempo para todo.

—Pero abuela, aún me tengo que arreglar, no voy a tener tiempo.

—¿He oído la palabra «arreglar»?

—¡Candela!

—Aquí estoy, Lola, te voy a dejar hermosísima para este día, no tienes por que preocuparte.

—Contigo aquí me quedo tranquila, confío ciegamente en ti.

—Hmmm..., ¿y yo qué?

—Tú también abuela, no sé qué haría yo sin ti, es por eso que quiero que seas tú quien me lleve al altar, no encuentro a una persona mejor para ello, ya que fuiste tú, quien me cuidó durante la mayor parte de mi vida.

—¿En serio? —Al escuchar aquellas palabras se emociona.

—Sí abuelita...

—Pues será un placer llevarte al altar..., pero, y ¿Miguel?

—Beatriz y él son los padrinos.

—Que emoción.

Candela con sus manos de ángel me sigue arreglando como si yo fuera una muñeca, prueba un vestido y lo analiza, cuando no está muy convencida me lo hace cambiar por otro, hasta que encontramos el vestido, al parecer perfecto, yo había separado cinco alternativas para tener más opciones. El elegido tiene escote palabra de honor y mangas cortas, trae piedras incrustadas y transparencias en el regazo como en la espalda. La falda es suelta y voluptuosa con detalles de flores esculpidas, igual que el velo, garantizando el movimiento y un toque delicado.

Después de la elección del vestido, me lo quito para que Candela empiece a peinarme, me hace un trenzado repartido al medio, en un peinado despejado, para al final poner una mini orquídea blanca de adorno. Ahora faltaba el maquillaje, lo ha ido haciendo, en un tono ligero y luminoso, pero antes puso protector solar, ya que la ceremonia será al aire libre, en el campo, que en esta época está lleno de flores. Pone iluminador, con discreción, en las mejillas y en la boca, la sombra muy difuminada es de color pastel, elige un pintalabios rosado, dando al final un toque de blush coral.

—Estás preciosa Olimpia.

—Gracias abuela..., sabes, no se me va de la cabeza, me haría mucha ilusión que mis padres estuvieran aquí.

—Ya mi niña... pero ellos te están viendo desde el cielo.

—Lo sé, por eso he querido hacer mi boda al atardecer con la puesta de sol, porque mamá solía decir, «las personas se convierten en estrellas cuando se van», entonces estoy segura de que mis padres me estarán acompañando en este día.

—Sí mi niña, seguro.

—Abuelita, ¿sabes dónde están Miguel y Beatriz?, quiero saber si ya están listos.

—Miguel ya está listo, está dando un paseo con su novia por el jardín.

—Ah, je je je, este tío no pierde el tiempo.

—No, ¿verdad?, pero a que ellos hacen una buena pareja.

—Sí, una estupenda pareja de pipiolos.

—Hola, hola... ¿quién es la madrina más guapa del mundo?

—Bea, estábamos hablando de ti ahora.

—Es que soy un poco bruja y aparezco siempre en el momento adecuado.

—Ja, ja, ja..., pues bienvenida al club.

—Chicas, os vamos a dejar solas, no os importa, ¿verdad?

—Vale abuelita, gracias por todo.

—Oli, ya estás lista, solo falta que te pongas el vestido, si necesitas ayuda, llámame.

—De acuerdo, Candela, pero como está Beatriz aquí, ya me ayudará con lo que haga falta, puedes aprovechar el día, está precioso.

—En eso tienes razón.

—Oli, estás preciosa... voy a llorar, ¡Que majadera!, verdad, pero las bodas tienen un no se qué...

—Bea, déjate de tonterías, que nervios son los que me sobran

—¡Nervios, nervios! ahora venga, ponte el vestido que quiero verte.

—Ok.

Ella me ayuda a vestirme y me pone el velo, sujetándolo con la orquídea.

—Ahora sí, lista y requetelista.

—Bueno, ahora solo falta el ramo de flores, pero lo voy a coger después, antes quiero ver el local, aprovechar que aún no ha llegado nadie, solo vosotros.

—Pero chica, ¿qué hora crees que es?

—¿Las cuatro?

—No.... las seis menos diez...

—¿Qué?, ¿solo tengo diez minutos para salir?

—Mas o menos.

—Niña, estoy aquí, ¿estás lista?, dentro de poco sonara la música.

—Abuela, no sé, estoy nerviosa.

—Normal...

—Quédate conmigo que me tranquilizas.

—Me alegre, pero vamos.

—Espera, que cojo el ramo, y Bea, ¿no deberías estar ya en otro sitio?

—Joder, es verdad, que entro ahora con Miguel, voy. —Beatriz sale corriendo por la puerta del camarín y encuentra a Miguel esperándola al principio de la alfombra de color champán, se cogen del brazo y caminan hasta el altar.

—Niña, nos toca ahora.

—Vale, vamos abuela.

—¡Dios!, que cosa da pisar está alfombra, después de la fiesta estará hecha unos zorros.

—¡Que cosas se te ocurren abuela! Mira que preocuparte por el destino de la alfombra.

Con el ramo en las manos, que estaba compuesto de begonias de varios colores: blancas, rosas, salmón y lila y con mi abuela cogida de mi brazo, caminamos felices hacia el altar. El campo esta lleno de flores, por eso me quise casar en primavera, que es la estación más guapa, porque nos conocimos en esta época hace dos años. Ya ve a Héctor elegantísimo en el altar, lo veo tan guapo que si fuera caníbal me lo comería. Al llegar al altar, mi abuela se retira, pero antes le dice.

—Cuida bien a mi niña, si no lo haces te hago picadillo.

—Te lo prometo. —dice sonriendo.

Miro a los invitados y mis ojos se llenan de alegría, mi abuela se sienta al lado de Raúl, creo que no falta nada para que terminen juntos de una vez, y Percy, el portador de los anillos, espera pacientemente tumbado en la alfombra que no deja de lamer y no puedo más que sonreír al ver confirmado los augurios de mi abuela. Este día está siendo todo lo que había soñado, miré a mi hermano, que está a mi lado y parece entender exactamente lo que mi mirada está transmitiendo, sin ponernos de acuerdo los dos miramos hacia el cielo, y sabemos que nuestros padres están allí.

—Te amo...

—Yo también te amo Oli.

—¿Podemos empezar? —Nos pregunta el cura.

—Sí.

—Pues muy bien. Hoy estamos aquí para celebrar la unión de Olimpia Velasco Rojas y Héctor Ramírez Pérez ...

Índice

[Prólogo 5](#)

[Amor eterno 9](#)

[De polvo a las cenizas 13](#)

[Piedras preciosas 19](#)

[Remolino 25](#)

[Recuerdos ocultos 30](#)

[Particularidades 35](#)

[La triste memoria 40](#)

[Estrella 45](#)

[El jardín sombrío 49](#)
[León amenazado 55](#)
[Inquietud y tormento 61](#)
[De tal palo tal astilla 67](#)
[Fuera de control 72](#)
[Múltiples amistades 77](#)
[Mal presagio 86](#)
[Cháchara instintiva 93](#)
[Pretérito presente 99](#)
[Amor amigo 105](#)
[Destino 109](#)
[Venganza 116](#)
[Enmascaramiento 122](#)
[Chantaje emocional 127](#)
[Secuestro - Cautiverio 134](#)
[Perspicacia 141](#)
[Puzzle completo 147](#)
[Lo que está por venir 153](#)
[Intuición 158](#)
[Comprobación 165](#)
[Conquista laboral 171](#)
[Viaje loco 176](#)
[Pecado 183](#)
[Glorioso amanecer 194](#)
[Dirección alternativa 199](#)
[Sed de justicia 209](#)
[Recompensa 219](#)
[Epílogo 227](#)